

Noches de verano para seducir a lady Hearthry

Los Ward 2

MAR POLDARK

Selecta

Noches de verano para seducir a lady Hearthry

SERIE
Los Ward 2

Mar Poldark

Selecta

Para ese hermano menor
que considera que su historia
no tiene tanta importancia como la del mayor

Prólogo

La vida de Asher siempre había girado alrededor de la invisibilidad.

Cuando era niño lo consideraba un auténtico martirio. Después de todo, era muy frustrante buscar la atención de sus hermanos mayores para alejarse de las lecciones que tan aburridas le parecían. Tanto Dominic como Landon eran completamente ajenos a su existencia. Podría haberlo tomado como una justificación para elaborar un papel temible; meterse en líos y molestar a sus dos hermanas pequeñas. Pero había preferido jugar con los límites de lo prohibido, como si encontrar un ápice de emoción fuera lo único que necesitaba para vivir.

Durante su juventud disfrutaba ausentándose de sus deberes como lord de Downpour, la pequeña mansión que poseía a las afueras de la capital británica. Prefería hacer amistades no muy respetables cerca de los suburbios; disfrutar de sus primeras peleas clandestinas mientras su paladar se hacía al oporto y el coñac. Pero lo que más captó su atención fue la belleza etérea de las damas que acompañaban a sus amigos a fiestas; las que ansiaban captar su atención o que deseaban su compañía solo por su apellido.

Sin embargo, toda imagen idílica que poseía de las mujeres se reducía a cenizas en el momento en el que yacía con ellas. Era fácil dejarse llevar por el calor que recorría su cuerpo debido a un leve roce o efímera sonrisa. También le resultaban gratificantes los suaves jadeos que escapaban de sus cuerdas vocales, como una melodía que ni siquiera el piano podía transcribir. El siseo de las respiraciones se convertía en un silencioso vals en el que ambos cuerpos se unían en busca de una liberación, que siempre se evaporaba de una manera tan rápida que dejaba una amarga sensación de abandono en él.

Asher no dio voz a sus inquietudes. Tan solo se prometió a sí mismo que intentaría encontrar un placer lo suficientemente adictivo que le hiciese tocar las estrellas. Ese era uno de los motivos por el que se escabullía de lecho en lecho cada vez que una joven de familia adinerada intentaba atarse a él. Prefería disfrutar del título de «calavera» antes de lidiar con una fémina en la que no tenía ningún tipo de interés.

Su manera de ver la vida provocó que Dominic, el cabeza de familia, pusiera los ojos por primera vez en él. Y le resultaba tan divertido que disfrutaba plantando la semilla del rumor en cada lugar donde se dejaba ver. No podía decir que en la mayoría de las ocasiones no fuese cierto, pero era gratificante escuchar a su hermano mayor gritar su nombre cuando se enfurecía.

Él quería ser mirado como una deidad, y Asher seguía sintiendo que solo era un humano más que sabía jugar bien sus cartas.

Pero su trayectoria amatoria no duraría mucho tiempo. Por más que Dominic tuviera sus sentidos puestos en Wilhelmina Dohaerty, sabía que su perspicacia no se nublaba estando en el foco de todos los cotilleos de la temporada, pues su interés esta vez había recaído en una de las jóvenes debutantes de largos bucles rojizos, que

parecía saberse de memoria un papel que habían escrito para ella. Y solo el hecho de ser tan superficial le resultó interesante, no porque pudiera manipularla, cosa que a Asher le parecía de lo más aburrido, sino porque quería rascar sobre su interpretación solo para dar con la realidad escondida bajo su vestido.

Lástima que no fuera suficiente para nublar sus sentidos.

El punto cúlmine de sus fechorías avivó la ira de su hermano cuando el padre de Novallie Castelfield recriminó el motivo de sus decisiones, pues el Ward había considerado la oportunidad de tener cierta exclusividad con alguien. De esa manera era posible que esa fugacidad que no terminaba de complacerle desapareciera. Había oído a Dominic decir que la mayor exasperación de un hombre era no poder huir de una mujer temible, y la mayor de los Castelfield no destacaba por ser una muchacha idiota. Pero se le fue de las manos. Mucho destacaría si pudiera, ya que nadie quería escucharlo.

Así que se veía despidiéndose en silencio de los grandes edificios de Londres; con su ladrillo rojizo y su continua neblina. Vislumbraba a las damas y caballeros que se encontraban en sus calles, paseando sin ser el mayor problema que podría escribirse en los libros de historia acerca de los Ward. Aunque Asher seguía sin sentirse culpable. Quizá le apenaba que la pobre muchacha tuviera que esconder a la criatura, pero su hermano ya se había encargado de acallar todo inconveniente que pudiera perjudicar a la reputación de la familia: de una manera decente o con ciertos matices.

De lo que Asher estaba seguro era de que la ira de Dominic podía arder durante días, pero no solía ser duradera. Así que mientras el continuo repiqueteo del carruaje le llevaba a su rinconcito en la campiña inglesa durante la temporada, se preguntaba si podía tomarse su ausencia de Londres como unas pequeñas vacaciones. Le vendría bien alejarse de los murmullos de

los bailes; de las sonrisas que adoraba arrancar mientras las sábanas se deslizaban por su cuerpo. Y, especialmente, dejar atrás a toda señorita que había sido parte de sus largas noches en su habitación privada del club.

Aunque lo que más echaría de menos era molestar a su hermana Susan.

Capítulo 1

Regresar a Downpour tras años obviando su existencia fue un duro golpe para el ego de Asher, no porque echara de menos los enormes campos de rosas blancas que se había empeñado en cultivar en el jardín y que, en ese momento, estaban algo mustios para su gusto. Tampoco fue el color de las tejas que él había insistido en pintar de un azul índigo y que ahora parecía más un gris perla. Ni siquiera fue el cómo las enredaderas ascendían hasta la planta superior, escondiendo la fachada de ladrillo marrón y que proporcionaba *cierta* personalidad con sus pétalos de colores.

Era más bien que alguien había tocado lo suyo.

«Dominic, seguro», pensó mientras chasqueaba la lengua. Podría estar molesto, pero prefirió tener sobre la mesa todo cambio que el duque de Ward había ordenado.

Su camino hasta la entrada fue el que tendría alguien de más estatus. Su servicio agachaba la cabeza, orgulloso del regreso de su señor; con manos entrelazadas y pegadas al pecho. Pero no le molestaron los modales emblemáticos que poseían, sino que sus doncellas no estaban.

Ninguna de ellas.

La sonrisa de Asher se elevó en una mueca de disgusto. Tenía el personal adecuado para contentarlo cuando lo necesitaba; lo despertaba cuando requería y alegraba su vista cuando más lo necesitaba.

Y Dominic tenía que arruinárselo todo, castigándolo como si se tratase de un crío.

—Wallace —saludó con nostalgia. Siempre se encargaba de la casa en su ausencia—. ¿Dónde están Thélema y las demás sirvientas?

Él observó a su señor con aquel bigote ondulado que debía hacerle cosquillas en la nariz. Tenía el pelo largo, lo suficiente para repeinárselo hacia atrás. Estaba ataviado con un traje negro propio de su puesto de trabajo, pero siempre le había agradado que el movimiento de sus pasos estuviera acompañado del tintineo de las llaves que bailaban en su cinturón.

—Verá —comenzó con cautela buscando las palabras más adecuadas—. Su hermano ha sugerido que Downpour necesita una remodelación.

—Tengo ojos en la cara para ver que no has hecho tu trabajo correctamente —dijo enarcando una ceja—. Si todo en el exterior se encuentra *poco habitable,* no quiero saber cómo estará dentro.

—Hemos mantenido la mansión con los pocos recursos que ha invertido en ella —aclaró Wallace acariciándose su bigote un tanto inquieto—. Le recuerdo que ni ha venido ni ha proporcionado una inyección económica para que todo esté tal como recuerda.

—¿Y las sirvientas eran parte de ese cambio al que no se podía pagar?

—El duque ha sugerido que era buena idea que pasase un tiempo con una compañía un poco más *adecuada* a sus intereses.

—*Adecuada* —repitió con frustración—. Esa es la forma en la que mi hermano me priva de tono contacto femenino, ¿no es así?

—Tal vez, no estoy muy puesto en el tema de por qué el duque ha llegado a esa conclusión.

«Por supuesto que no. Nadie lamería el suelo por donde pisa Dominic con tal de conseguir un favor».

—Sería descortés si no me presentaras a toda persona que va a atenderme durante el tiempo que me encuentre aquí.

—¿Será mucho?

—Hasta que levanten mi castigo, me temo.

Wallace se mantuvo firme a pesar del tono burlón que usaba; lo conocía lo suficientemente bien para saber que decía todo lo que le molestaba sin pensar. Pero una chispa de diversión acarició la mirada ámbar del tercer heredero que escuchó una ligera risotada entre su nuevo servicio.

Asher giró sobre sus talones con las manos entrelazadas a su espalda. Llevaba un traje en color beis; de botones dorados donde la chaqueta cubría hasta la mitad de sus gemelos y que contrastaba a la perfección con su media melena castaña. A diferencia de sus hermanos mayores, él destilaba frescura mientras que los antecesores se ceñían mucho más a la prepotencia.

Sus pasos lo llevaron hasta los sirvientes, hombres en su mayoría, que le servirían durante su estancia en Downpour. No le hacía demasiada gracia que Thélema, la mujer que había aguantado sus caprichos, hubiera tenido que marcharse. Tampoco Martha ni Claudine. En su lugar, el duque había preferido que una plantilla masculina estuviera a su alcance por si necesitaba solventar alguna petición.

—¿Quién se ha reído?

El silencio al que se aferraron fue ensordecedor, como si abrir la

boca pudiera acarrear alguna consecuencia. Pero Asher no era de sancionar a los demás por gusto, solo deseaba una pizca de diversión para ayudarlo a contener el bostezo que lo acompañaría durante su larga estancia.

—Me temo que he sido yo, milord.

Un joven de pelo rubio y de delgada figura dio unos pasos hacia adelante. Parecía asustado, como si temiera una reprimenda por parte de su señor. Pero Asher no sentía ningún interés en dejarlo en vergüenza, lo único que necesitaba era un compañero de fechorías, o que simplemente pudiera ocultarlas bajo el felpudo.

—¿Cómo te llamas?

—Ambrose.

—Bien, Ambrose —continuó él dándole unas palmaditas en el hombro de manera amistosa—. ¿Qué te parecería ser mi ayudante de cámara?

—¡Milord! —protestó Wallace desde la puerta—. Es solo un muchacho que acaba de comenzar al servicio de los Ward.

—¿Y qué mejor que estar al lado de uno para curtirse?

Wallace descendió la escalinata, balbuceaba entre tal cantidad de discursos acerca de lo inadecuado que resultaba que Asher solo se limitó a elevar una de sus cejas.

—No considero que sea lo más adecuado en este momento.

—Oh, yo diría que sí —respondió él dando por finalizada la disputa—. No te separes de mí, Ambrie. Seguro que tu vida se vuelve bastante interesante a mi lado.

Asher le dedicó una mirada victoriosa a Wallace, que asintió con suavidad y le dio paso a su abandonado hogar.

Las horas pasaban tan lentas dentro de Downpour que Asher no supo si sería más efectivo volver a cerrar los ojos o contar cuántas fotos de la familia decoraban su salón.

No era demasiado grande. Contaba con una chimenea de ladrillo rojizo; sobre su estante descansaban un par de velas y un pequeño retrato de su hermana Susan cuando tenía solo ocho años. Le encantaba verlo allí, frente al sofá que se encontraba en la estancia. Así podía admirar el *agradable* ceño fruncido de Sue; la manera en la que torcía sus labios y, obligada, se dejaba el pelo suelto.

«Las veces que me he mofado de ella con esta reliquia nunca serán suficientes».

Y, bajo sus pies, descansaba una pieza de ciervo que utilizaba como alfombra a pesar de que el verano había entrado recientemente. La habitación aún conservaba el ligero olor a flores secas que lo habría acompañado en los últimos años. Wallace había pedido a uno de los jóvenes sirvientes que reemplazaran por rosas frescas los jarrones de la mesa de madera donde solía comer.

«Parece que ha estado congelada en el tiempo, como la casita de muñecas de Ireth».

—Milord. —Ambrose entró en el salón. Estaba nervioso. Lo notaba por la forma en la que temblaba la primera palabra entre sus labios—. Tiene correo.

—Veamos si mi hermano me permite volver a casa para la próxima temporada.

Asher rebuscó entre cartas de impago, quejas de los trabajadores y alguna misiva que carecía de interés; una sonrisa apareció en sus labios al leer el nombre de su hermana pequeña. Intrigado rompió el sello con el símbolo de los Ward y leyó:

> A mi querido Desterrado:
>
> Era evidente que tus fechorías no serían perdonadas ni por el propio Dominic. Prometo que he defendido con uñas y dientes tu causa, pero me temo que quiere darte

una lección. El campo nunca ha sido lo tuyo, hermano. Odias el silencio como yo puedo odiar un matrimonio concertado. Pero no te preocupes. Te aseguro que pronto te acompañaré en tu cautiverio o iré de visita.

Te amo.

Susan Ward

—Mi pequeña pantera. —Rio él a carcajadas—. Sé el dolor de cabeza que nuestro hermano mayor necesita.

—¿Son buenas noticias? —Se interesó Ambrose inseguro, no sabía si tenía derecho a ser cercano con su señor—. Perdón, lo lamento.

—¿Sabías que tengo cuatro hermanos?

Su ayudante de cámara lo observó con curiosidad.

—Todo el mundo conoce la historia y legado de los Ward —respondió con suavidad—. Dicen que cada hermano es tan diferente como un instrumento musical.

—Ninguno nos parecemos más allá de compartir la misma sangre.

—¿Tienen una buena relación?

Asher echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. No sabía cómo explicarle a alguien tan joven que los hermanos mayores solían ser igual de desesperantes: con o sin título.

—La que se espera, supongo.

Él enarcó una ceja al comprobar que una última carta provenía de la casa Castelfield. Dominic le había asegurado que se había encargado de su pequeño desliz. Era imposible que Novallie hubiera ignorado las peticiones del duque de Ward.

«Pero sin duda lo ha hecho».

A mi amor:

Me temo que la vida ha decidido ponernos nuestra historia difícil, milord. Le dije a mi padre que estaba encinta para tener la oportunidad de hablar con usted. Pasamos de vernos de manera fugaz a ser parte de un manto negro sin estrellas. Pensaba que, de esa manera, podríamos tener una oportunidad. Juntos. Como familia. Pero me mandan lejos, lo suficiente para que no pueda volver a verle.

Si recibe esta carta le ruego que vaya a Cornualles a mi encuentro. Sé que su hermano lo ha apartado de la sociedad durante un tiempo. Le prometo que...

No terminó de leer la carta. Cada línea le provocaba más incomodidad que la anterior. Cuando decidió que Novallie fuera su amante no dudó en exponer sus condiciones: nada de imposiciones, deberes ni historia juntos. Sin embargo, la mayor de los Castelfield había creado un romance alrededor de ambos que no conocía. Era cierto que en la cama funcionaban, no lo suficiente para retenerlo, pero pasaban buenos ratos en la compañía del otro. Pero él no quería ser una copia de Dominic ni tampoco de Landon. Él era él mismo y no iba a permitir que un error lo ahogara más en un papel pasivo dentro de su familia.

—Ambrose.

—¿Sí, milord?

—Que preparen mi carruaje —ordenó mientras se levantaba del sofá; le dedicó una última mirada a la misiva y dejó que el fuego la consumiera.

—El señor Wallace me ha advertido que no puede volver a Londres sin el consentimiento de su hermano mayor —respondió su ayudante de cámara, conteniendo todo el aire que podía en sus

pulmones—. No puedo hacer lo que me pide.

—Oh, no te preocupes. Mi intención no es volver aún. Primero tengo que hacer perder los estribos a mi hermano mayor para que decida venir a verme. —Sonrió Asher con un ápice de burla en su voz—. Nos vamos al pueblo. Espero que la taberna siga abierta para atender a un tercero hijo.

Capítulo 2

Dashford poseía un encanto especial. Cada vez que Addie intentaba encontrar la palabra exacta para referirse al pueblo donde había crecido, se debatía entre «nostálgico» y «apacible». Porque sus casas estaban construidas con piedra anaranjada, que con la luz del atardecer tomaba un tono miel. Los muros irregulares debido a las empedradas cuestas no mostraban sus mejores líneas, pero las flores trepaban a su alrededor en busca de ser más visibles. Los jardines saludaban desde la parte delantera de la casa, repletos de rosas, lavandas e incluso tulipanes. Pero lo que más amaba la joven Adeline Hearthry era perderse en las calles principales del pueblo y disfrutar del suave tintineo que le daba la bienvenida a la librería.

Su lugar favorito en el mundo.

—¿Ya estás de nuevo aquí, Addie?

Peter, el encargado de mantener en pie el establecimiento, era un hombre de unos cuarenta años que había vuelto de la guerra demasiado destrozado para ser parte de su país. Tenía una sonrisa cálida que nunca llegaba a sus ojos verdes, pero que invitaba a ser parte del negocio que su esposa había mantenido durante años.

Lamentablemente, Annabeth se encontraba en cama desde su regreso y no podía seguir sosteniendo los cimientos de la historia que se susurraba entre pequeñas hileras de estanterías.

—Pasaba por aquí y me preguntaba qué libro se marcharía conmigo esta vez.

Él soltó un suspiro mofándose de la pequeña inquietud de la joven.

—En solo tres días no puedo tener una nueva historia a la que puedas echar un ojo. —Hizo una breve pausa para sentarse; la cojera, aquel día de frío y humedad, le impedía caminar con normalidad—. Debes tener más paciencia.

—Es imposible cuando hay tanto que leer.

—Entonces te dejaré con tu habitual paseo por la librería.

—Gracias, Peter, lamento ser tan efusiva con todo esto.

Él negó con la cabeza.

—Me resulta agradable —admitió con suavidad—. Eres nuestra clienta habitual y nada me desagradaría más que eso cambiase. Solo espero que la librería continúe dando un mínimo beneficio para que no tenga que cerrar sus puertas.

—Las historias nos alejan de la vida real —respondió Adeline—; de nuestras inquietudes y deberes. Por eso no existirá motivo suficiente para abandonar un libro.

—Espero que tengas razón.

Addie reanudó su camino entre hileras de estanterías de un tono caoba que se oscurecía bajo el temblor de las lámparas de aceite, que danzaban sobre su cabeza. El ligero olor a papel, mezclado con un tono especiado que le recordaba a la canela, le transmitía tal calma que se permitió deslizar la yema de sus dedos sobre las cubiertas de cuero y terciopelo. Su corazón saltaba emocionado dentro de su pecho, como si el lugar le transmitiese una paz interior

que no conseguía encontrar en su hogar. Y no era porque se llevase mal con su tío, que la había cuidado desde que era bastante joven, sino porque su mente estaba ligada a una creatividad que jamás había dejado de explotar.

«Quizá ese sea el motivo por el que más de una persona en Dashford ha olvidado mi físico», pensó conteniendo una divertida sonrisa.

Curiosa buscó los últimos libros de astronomía. Era una apasionada de las estrellas, adoraba unirlas en su mente, creando figuras ajenas a las conocidas. Amaba la literatura, con sus largas tardes acompañada de Jane Austen y su obra *Emma*, que tanto le gustaba releer; lord Byron, con sus sátiras que tanto le hacían fruncir el ceño; y Kirk White, un nuevo novelista que narraba historias desde el punto de vista de las señoritas: su lugar como esposas, madres y mujeres enamoradas. Pero lo que más interesaba a Addie no tenía que ver con los demás, sino consigo misma.

Inquieta deslizó la mirada por las diferentes estanterías. Buscó entre autores que conocía y algunos que le sonaba su apellido de oídas hasta encontrar lo que tanto añoraba.

Bluebell.

Su seudónimo, o con el único que podía publicar si deseaba que sus libros vieran la luz.

Emocionada, deslizó el ejemplar con cubierta en tono caoba; las letras del título eran de un dorado tan intenso que tuvo que seguir el trazo con su dedo índice. El ligero cosquilleo en su piel le recordó que no era sueño y contuvo las lágrimas, emocionada.

Sombras en el altar.

Su última novela, la que tanto le había costado terminar, por fin estaba al alcance de toda dama que anhelase un poco de romance. Pero lo que más inquietaba a Addie no era que sus lectores tuvieran

su nueva historia entre sus manos, sino perder la adicción que sentían por cada personaje y relación que ella había creado, pues había escuchado en los últimos cafés a los que decidió asistir, cómo hablaban de la autora de *Una noche mágica*, que también era suya, criticándola de sosa y con falta de sentimiento.

«¿Y si estoy perdiendo el poder que reside en mis letras?», pensó preocupada.

Adeline no se consideraba una dama que encajara demasiado con la sociedad londinense. No le interesaba el matrimonio ni tampoco volver a la capital bajo las restricciones de su padre; prefería desertar de una manera nada sutil, vivir con su tío y disfrutar de los pequeños placeres que le brindaba la vida. Por eso no había buscado pretendiente ni tampoco tenía la intención de hacerlo.

—Mediocre.

Aquella palabra la despertó por completo de sus pensamientos. Confusa, miró a su alrededor. Era extraño que la librería estuviera concurrida a esa hora del día, pero cuál fue su sorpresa al descubrir la presencia de un caballero, que deslizaba uno de sus primeros libros de la estantería situada sobre su cabeza. Y no solo eso, estaba demasiado cerca de ella.

—¿Cómo ha dicho?

Él deslizó su mirada ámbar hasta ella. Addie pudo observar la picardía que brillaba alrededor de sus iris. Parecía muy seguro de sí mismo con aquella chaqueta en tono beis, decorada con botones dorados. Su melena castaña se aferraba con delicadeza sobre su frente, pero le dio la impresión de que tenía que hacerle cosquillas sobre las mejillas.

—La narrativa de Bluebell es pésima —respondió con tal seguridad que intentó no fruncir el ceño—. Describe los paisajes con

mucho esmero, pero las relaciones entre amantes o esposos son tan superficiales como un cuento infantil.

Adeline contuvo su deseo de replicarle. Estaba abierta a escuchar todo tipo de sugerencias, pero no soportaba las críticas de los caballeros que intentaban tirar por tierra todo su trabajo. Apretó con tanta fuerza el libro que sostenía sobre sus manos que tuvo que serenarse a sí misma.

—¿Y cómo la habría escrito usted? —inquirió ella, elevando sus finas cejas rubias—. ¿Con pasión o de una manera tan detallada que incomode al lector?

—Habría escrito *el acto* tal y como ocurre en un lecho, señorita. —La sonrisa que se dibujó en sus labios estaba repleta de picardía, como si estuviera intercambiando unas palabras en un lenguaje que ella debía comprender—. Sin vestidos a medio quitar ni detalles de la hombría masculina que omitir.

Addie contuvo el aliento.

—Si quiere puedo demostrarle lo bien que se me da grabar palabras invisibles en la piel.

Sus mejillas se tornaron tan rojizas como la grana. Era la primera vez en sus veintitrés años que un hombre le proponía un encuentro de ese tipo, aunque realmente nadie se lo había dicho con anterioridad. Pero estaba tan avergonzada por lo cerca que se encontraba de su cuerpo que incluso notaba un cierto matiz mentolado que le erizó la piel.

—Va-váyase al cuerno —dijo casi sin aliento—. ¿Cómo puede ser usted tan maleducado?

Él parpadeó perplejo. No esperaba una respuesta que se alejara de aquel interés poco romántico que le ofrecía. Después de todo, Asher Ward no tenía que suplicar para disfrutar del placer carnal durante la tarde.

—¿No le interesaría?

—¡No! —protestó ella dejando el libro en la repisa—. No se presenta, entra aquí como si esto se tratase de un club de caballeros y me ofrece algo descabellado.

—Quiero entender que si lee a esa aficionada —comenzó a decir señalando hacia sus libros— es porque le interesa un tórrido romance. Llevo poco tiempo en Dashford y el aburrimiento y yo somos grandes enemigos. ¿Qué mejor que un poco de calor para olvidar quiénes somos durante unos instantes?

«El muy canalla lo está diciendo en serio», pensó perpleja.

—Me temo que Dashford no funciona como la temporada londinense —dijo Addie con cierto retintín—. Aquí no necesito que ponga su nombre en mi carné de baile. Tampoco debo solventar las deudas de mi familia con un matrimonio ni deseo atarme a un esposo infiel al que llorar todos los días. Así que lamento su vergonzosa proposición, milord, pero solo está perdiendo el tiempo.

La sonrisa de los labios de Asher se fue mitigando poco a poco. Parecía perdido, como si intentase asimilar las palabras de la joven. Abrió la boca, dispuesto a protestar, pero un ápice de timidez que no solía existir en él acalló toda palabra que pudiera hacer vibrar sus cuerdas vocales.

¿Existía una mujer que se negara a él?

—¿Cómo se llama?

—No merece saberlo —resopló ella ofendida. Le regaló una incómoda reverencia que no tenía por qué hacerle y rozó su hombro cuando pasó por su lado—. Incluso un caballero debe aprender a merecerse las cosas, y parece que usted está acostumbrado a que se las den hechas.

—Solo le he pedido el nombre, milady, no que se quite el vestido —gruñó él sosteniendo con su diestra el brazo de la joven. Podía

intentar todo lo que deseara para controlar la situación, pero Asher era bastante astuto para saber que ese roce destilaba superioridad —. No sea descarada.

Addie se giró ofendida. Los dedos de aquel caballero no solo tocaban su piel como si tuviera algún derecho, sino que se atrevía a deslizar el índice sobre ella. Molesta, forcejeó un poco, pero no lo suficiente para alejarse de él.

—¿Y el suyo?

Suspiró.

—¿Vamos a entrar en ese estúpido juego? —inquirió Asher elevando una de sus finas cejas—. Bien. Soy Asher, el tercer hijo del difunto duque de Ward. Es un placer, señorita. Creo que ahora es su turno.

«¿Un Ward? He oído decir al tío Gilbert que controlan todo lo que ocurre en Londres desde que nuestra familia se marchó de allí».

—¿Y bien? —Presionó una vez más.

—Soy Adeline Hearthry, la única hija del duque de Hearthry —gruñó ella mientras se soltaba del agarre—. Y no tengo ningún interés en soportar su carácter unos segundos más. Así que que tenga un buen día. O no lo haga. Tampoco es asunto mío.

Con los labios torcidos en un aniñado mohín, Addie no le permitió continuar con la conversación; salió de la librería hecha una auténtica furia mientras se debatía en retomar su nuevo manuscrito o empezar de cero.

Capítulo 3

Un rechazo no debía ser una derrota, pero para Asher fue como un profundo vacío. Cada vez que lo pensaba, entre copas de oporto y misivas que se negaba a responder, se preguntó por qué Adeline Hearthry no había sentido ningún interés en conservar su compañía.

—¿Crees que soy apuesto?

Preguntó al aire mientras acomodaba las manos tras su cabeza. Estaba tumbado sobre el sofá, con los pies apoyados en el respaldo y un gesto pensativo. Asher podía poseer unos modales impecables como sus hermanos, pero le importaban poco cuando se encontraba a solas o lejos de la aristocracia.

—¿Es a mí? —preguntó Ambrose confundido—. No puedo opinar sobre la persona que me da el jornal, milord.

—Pero lo soy, ¿verdad?

El ayudante de cámara resopló un poco confundido. Su señor no llevaba ni medio año en Dashford y ya había provocado tal revuelo que se había atrincherado en la mansión. Se pellizcó el puente de la nariz pensando en cuál podría ser el mejor discurso que podía regalarle, pero se limitó a aferrarse a lo que todo caballero deseaba

oír.

—Por supuesto que sí, milord —comenzó a decir con la voz quebradiza—. No solo posee un apuesto físico, sino también unas grandes cualidades. Si me permite decirlo, no tiene por qué preocuparse. Si desea encontrar el amor, llegará a usted cuando menos se lo espere.

Asher no pareció escucharlo, seguía perdido en su encuentro en la librería con aquella joven que no tuvo pelos en la lengua para rechazarlo. A él. A un Ward. Molesto, frunció los labios en un mohín incómodo. Había hecho todo lo posible para olvidar aquel fatídico incidente donde su lengua había ido mucho más rápida que su impecable educación. Pero en vez de desechar el encuentro como algo que no quería volver a recordar, la joven de cabello rubio, peinado en un medio recogido del que escapaban unos cuantos bucles, seguía en su cabeza. Podía retener en su mente a la perfección el tono azul de su mirada, además del tono sonrosado de sus labios.

—¿Qué puedes decirme sobre los Hearthry que yo no sepa?

Ambrose frunció el ceño, extrañado.

—Los Hearthry eran una de las familias más pudientes de Londres —explicó su ayudante de cámara sin saber hasta dónde conocía—. Por lo que decía mi padre contaban con tierras en Escocia y parte de Cornualles. No les agradaba Londres y por algún motivo que nadie desea contar tomaron la decisión de esparcirse por cada rincón del corazón británico para no ser recordados.

—¿Aquí vive el duque con su hija?

Él negó en respuesta.

—En Dashford viven Gilbert Hearthry con su sobrina Adeline —respondió su ayudante una vez más sin saber por qué le resultaba tan interesante aquella familia—. Y por lo que sé, la princesa Sophie

de Austria está residiendo con ellos una temporada.

Asher sonrió al escuchar su nombre, se incorporó del sofá esperando a que continuara con la información.

—¿Qué más sabes de ella?

—¿De Adeline? —preguntó esperando la confirmación de su señor—. Todo el mundo sabe que existe, pero nadie la ha visto en mucho tiempo. Las malas lenguas aseguran que falleció hace años y su tío se aferra a su presencia. Otros dicen que protege su soltería con tal fuerza que no desea salir de la mansión. Y las más ofensivas excusan su ausencia con un físico demasiado desagradable para la vista.

«Y es todo lo contrario», pensó él recordando la diferencia de estatura de ambos, la suavidad de su piel y la molestia en sus ojos azules.

Ambrose le ofreció un poco más de oporto que terminó bebiéndose como si se tratara de agua. Sentía interés. Uno tan profundo que nublaba su escaso buen juicio y que le susurraba que su nuevo capricho, mientras estuviera recluido, sería ella.

«Estoy tan acostumbrado a lidiar con muchachas que ven en mí un apellido, que necesito la poca atención de alguien que solo ve a un hombre y no al Ward».

—Espero que hayas abierto mis baúles, Ambrie. —Ladeó la cabeza con diversión—. Debo elegir mis mejores galas para hacer una breve visita a los Hearthry.

La mansión de los Hearthry se encontraba a las afueras de Dashford. No destacaba por tener un aspecto imponente y aterrador, sino uno que transmitía una profunda calma. La fachada era de un tono gris perla con dos pequeños torreones terminados en cono; de pizarra oscura y propios de un cuento para niños. Las ventanas

rectangulares y de un blanco marfil daban un aspecto sombrío y elegante, pero no rozaba la incomodidad.

Asher se apeó del carruaje echando un último vistazo a la casa. Había estado de visita en otras más prestigiosas, pero aquella tenía algo que llamaba su atención. Caminó por el sendero de piedra blanca que conducía hasta la puerta; subió la pequeña escalinata que daba a la enorme puerta de roble oscuro y esperó a que lo recibieran.

Gilbert Hearthry no destacaba por ser un hombre demasiado ocupado. Con su cabello rubio peinado hacia atrás y sus perfiladas patillas de caballero intelectual, escribía en su despacho cartas a sus familiares. Decían que era la persona que controlaba todo el patrimonio de la familia, pero solo era una herramienta más dentro de una jerarquía donde todos hacían su función. En ocasiones se marchaba a Londres, Escocia e incluso a Francia, pero siempre prefería mantenerse alejado de todo rumor que confirmara que lo habían visto en algún lugar.

Detuvo su perfecta caligrafía cuando el repiqueteo de la puerta paralizó su rutina de la tarde. Gilbert solo susurró un breve «entra». No solían tener visitas ni tampoco organizaban fiestas. Para ellos la mansión era su residencia. Donde hacían vida, no un punto para tener contactos o amigos.

—Hoy deseo el té con leche, Gerda —dijo en un tono monocorde, hundió la pluma en tinta y continuo con sus quehaceres —. No demasiado caliente.

—Lamento no ser su petición del día, señor Hearthry.

Gilbert observó al invitado que descansaba sobre su alfombra roja con el mapa del Reino Unido dibujado sobre ella. Era la primera vez que veía a aquel caballero de traje almidonado y sonrisa curiosa, pero no le agradó que apareciera en su hogar sin ni siquiera avisar

de que tenía pensado hacerle una visita.

—Es mi residencia privada —respondió mordaz abandonando su carta. Molesto, entrelazó los dedos y lo miró con el ceño fruncido—. No necesito que venga a saludarme si ha decidido pasar el verano fuera de su residencia principal.

—Lo curioso es que mi casa esté aquí. —Presionó un poco Asher sentándose sin su permiso en la silla que había delante de él—. Después de todo, mi padre me dejó Downpour con el fin de que tuviera un hogar.

—¿Downpour? —repitió extrañado—. ¿Un Ward en mi hogar? No esperaba tal privilegio. ¿En qué puedo ayudarle?

—Parece que mi presencia no le agrada en absoluto. —Elevó una de sus piernas para acomodarla sobre la otra—. Quizá sea cosa mía.

—Está en lo cierto. No me gusta su presencia. Le recuerdo que nuestras familias están enemistadas desde hace bastante tiempo.

—Me aburre demasiado la historia familiar.

Gilbert arrastró la silla y se levantó. Apoyó su diestra sobre los botones blancos de su chaleco; los abrochó con suavidad sin perderse ni un detalle de él.

—Nosotros la protegemos.

—No me cabe duda —respondió Asher conteniendo su bostezo, solía desconectar de todo asunto que no le resultara entretenido—, pero no he venido a abrir heridas de años en los que seguramente no había nacido. Deseaba hablar con usted por otro motivo.

Él enarcó una ceja, extrañado.

—¿A qué se debe?

—Su sobrina Adeline —dijo con cautela—. He oído que vive con usted.

—Desde que tenía doce años. ¿Ha hecho algo para importunar su visita en Dashford?

Asher negó con las manos, no tenía ningún interés en buscarle un problema a Addie, sino todo lo contrario.

—En realidad me gustaría cortejarla —respondió él mientras se rascaba la punta de la nariz con sutileza—. Puede que mi estancia aquí no sea muy larga, pero me agradaría aprovechar el verano conociendo a una mujer tan fascinante.

—Adeline no está interesada en el matrimonio.

Él hizo una mueca, no muy contento por el rumbo que iba tomando la conversación. Pensaba que sería suficiente con hablarle de sus objetivos, pero no tenía ninguna intención de alejarse de ella.

—Soy el tercer hijo en una familia adinerada —comenzó a decir con seguridad—. No necesito un matrimonio para conseguir poder, pero sí necesito una esposa para perpetuar el linaje. Es posible que mis intenciones en estos momentos no sean llegar a ese punto, pero...

—¿Me está diciendo que quiere camelarse a mi sobrina? —Gilbert apretó los puños, tremendamente ofendido—. Porque si es así ya puede marcharse por donde ha venido.

—Deseo conocerla.

—Si se atreve a ponerle una mano encima, le aseguro que no tendré ningún reparo en coger una escopeta y apuntarle al corazón.

Asher se echó a reír a carcajadas, lo habían amenazado de muchas maneras, pero era la primera vez que alguien anhelaba dispararle.

—Dígame, señor Hearthry, ¿le parece bien que Adeline sea una solterona?

—Nada me gustaría más que encontrase su propio camino —respondió con sencillez—, pero es evidente que no hay nadie en el mundo que capte su atención por más de tres segundos.

—Entonces hagamos una cosa. —Asher se inclinó sobre la mesa,

pensaba jugar sus cartas con la suficiente astucia para que no pudiera negarse. Sonreía, no como un hombre asustado, sino como un jugador nato—. ¿Me permite entrar en su vida durante estos meses, acercarme a ella y, si no me elige, marcharme a Londres sin decir nada?

—¿Y qué gano yo a cambio?

—¿Acaso no es evidente? —respondió él con fingida sorpresa—. Su sobrina tendrá lo que anhela para ella. Además, estoy seguro de que no desea que nadie sepa que *los míos* conocen la ubicación de cierta persona que su familia intenta ocultar.

—¿Cómo dice?

—Beatrice Hearthry —anunció de manera casual, provocando un respingo en el hombre que tenía delante—. He oído que las asperezas entre nuestras familias vienen a raíz de cierto Ward que tuvo un romance con una joven de su familia, pero el muy canalla la abandonó a su suerte. Como nadie deseaba que se desatara la bastardía de esa parte de su legado, se mantuvo en secreto hasta nuestros días, pero sé que la última descendiente está en Londres, ¿no es así?

—¿De dónde ha sacado esa información?

—Bueno... me gusta fingir que no sé nada para poder tener una escalera de color siempre preparada en el bolsillo —respondió Asher triunfante. Se echó hacia atrás jugueteando con la silla—. Además, mi hermano Dominic documenta absolutamente todo. Es extraño que su despacho no posea todos los secretos de Londres de los últimos treinta años. Que me dice, ¿tenemos un trato?

Gilbert soltó el aire que contenía en sus pulmones, parecía frustrado como si hubiera estado durmiendo en un profundo sueño y emergiera de él tras tener una pesadilla. Para él Adeline era su debilidad, como podían serlo los cimientos que elevaban su familia.

Pero no quería que todo saliera a la luz de una forma caótica cuando el secreto seguía oculto en cada rincón del mundo.

—Está bien, pero con ciertas condiciones.

—No esperaba menos, milord.

—Le permitiré cortejar a mi sobrina —anunció apretando la mandíbula—. Puede venir a verla siempre que ella esté de acuerdo. Pero le aseguro que no es una mujer fácil; y si a usted le aburre lo cotidiano, a ella le exasperan los hombres que carecen de delicadeza. Las flores más hermosas son aquellas que sobreviven al temporal, y Adeline es como una rosa que permanece radiante tras el invierno.

Capítulo 4

Las letras se resistían a salir de su mente. No importaba el rumbo que tomaran entre sus dedos. Se alzaban en un fino trazo abrazadas unas a otras. Cuando conseguía encontrar sentido a cada una de sus palabras, Adeline tachaba frustrada. Volvía a intentarlo con una frase similar donde el caballero había sucumbido al placer de tener a su amante entre sus brazos, pero cuando intentaba describir la sensación que envolvía a la nueva protagonista de su historia, resoplaba frustrada y se hacía más pequeña en el sillón en el que se encontraba.

Su posición no era la más adecuada para una señorita, pues utilizaba el tresillo favorito de su tío como su lugar de creación. Addie tenía las piernas flexionadas y apoyadas en el asiento, sobre sus muslos descansaba papel de carta que utilizaba para sus largas sesiones de escritura. Tenía su pluma en la mano derecha y estaba tan pensativa que no se había fijado en que sacaba la punta de la lengua. Se había atado su cabello rubio en un moño improvisado del que escapaban algunos mechones cortos y algo revoltosos. Nadie que la viera se percataría de que era la hija de un duque, aunque ni

siquiera ella misma solía tenerlo en cuenta.

—¿La musa no desea visitarte?

Sophie, la hermana menor de la princesa Penélope de Austria, la observaba desde otro sofá. Tenía la vista clavada en un libro, aunque sentía más curiosidad por la inquietud de su anfitriona que de la propia historia. Llevaba viviendo en la mansión de los Hearthry desde que Jaime Rutherford consiguió que se aprobara una ley que protegía a las últimas hijas herederas. Así tenían la oportunidad de ser libres bajo la jurisdicción de un tutor y podían no solo educar a los niños de su entorno, sino también enriquecer su propio aprendizaje.

Un matrimonio no tenía que ser la única solución.

—Me temo que me odia tanto que no quiere dedicarme ni una sola palabra —suspiró acomodándose en el respaldo—. Mi conexión con mis libros es única. Suele acelerarme el corazón, pero no sé por qué últimamente no me transmite nada. Cualquier párrafo que escribo con ilusión termina perdiendo mi interés cuando vuelvo a retomarlo.

—Cuando me ocurre algo así intento conectar con el mundo que me rodea —explicó la princesa con una sonrisa comprensiva dibujada en sus labios—. A veces tocar una misma melodía puede provocar aburrimiento en personas como tú y como yo.

Sophie era una de las pocas personas que conocía el secreto de Bluebell, aunque Addie tampoco había hecho demasiado para esconderlo de ella. La fascinación por encontrar a alguien que sintiera un libro con el corazón era demasiado para sus sentidos, así que lo dijo un día mientras tomaban té con galletas de mantequilla y canela, como si fuera una extensión más de su personalidad. Y Sophie no lo tomó como un cotilleo jugoso al que dar luz, sino que vio en ella una mentora a la que admirar.

—Me frustra no sentir la escena —admitió ella con una pizca de decepción en su voz—. Es como si hubiera olvidado cómo se escribe.

—Eso vive dentro de nosotras, milady —respondió Sophie ganándose un gesto reprobatorio de su protectora—. Perdón, Adeline. ¿En qué estás sumida esta vez?

—La historia habla de un caballero caprichoso que jamás quiso casarse —comenzó a narrar con suavidad—, pero la presencia de la protagonista despierta su frustración, o eso cree él mientras se suman a una serie de inconvenientes que terminan reduciendo su distancia a cenizas. Terminan teniendo un desliz y la invita a su cama como amante y no como futura esposa. Quería transmitir la pasión, la sensación que siente cuando le tiene cerca e incluso esa vida donde considera que no le pertenece ni un trocito de él.

—Suena de lo más escandaloso.

—Lo es —rio Addie mientras se dibujaban los hoyuelos en sus mejillas—, pero si no escribimos nosotras sobre la realidad, ¿quién dará voz a situaciones como esa?

Sophie negó con la cabeza.

—Me temo que nadie.

—Por eso deseaba que esta vez la historia tuviera una pizca de re...

Las palabras de Adeline se evaporaron en el aire cuando las dobles puertas del salón se abrieron de manera estridente. Su tío sabía cuánto adoraba la literatura, pero no consideraba que fuera adecuado hablar temas de ese tipo con él.

El caballero que irrumpió la conversación entre las dos damas poco tenía que ver con Gilbert Hearthry. Era un hombre alto, de media melena castaña que se movía al compás de sus pasos. La sonrisa que portaba en sus labios no solo era divertida, sino que transmitía una profunda seguridad. Pero lo que captó la atención de

Adeline fue que era el mismo hombre que la había tachado de mediocre.

—¿Qué está haciendo usted aquí?

Él se detuvo de inmediato, deslizó el índice y el pulgar por su sombrero de copa regalándole una burlona reverencia.

—Ya veo que no se alegra demasiado de verme.

—En absoluto —dijo Adeline de manera tajante—. Ha interrumpido un momento de conversación que me estaba resultando de lo más interesante.

—Me encantaría unirme, pero lamento que solo he venido a verla a usted.

Addie y Sophie intercambiaron una mirada, ninguna de las dos sabía muy bien cómo enfrentar la situación.

—¿Quieres que os deje a solas? —intervino su aprendiz cerrando el libro que había terminado descansando sobre sus muslos—. Volveré más tarde.

—Seré breve.

Ella asintió, se despidió con un leve movimiento de cabeza y permitió que la conversación se evaporara en la sala. Ninguno de los dos dijo nada cuando Sophie cerró la puerta detrás de sí. Tan solo se miraban con la intención de que el uno cediera ante el otro, como si hubiera quedado pendiente alguna disputa.

—Ya veo que no soy bienvenido —rompió el silencio Asher. Hizo un pequeño barrido visual por el salón, no buscaba nada en concreto, tan solo avivar su posición dentro de la estancia como si él tuviera el control de la situación—, pero me resultó muy interesante nuestra conversación del otro día.

—Yo no lo llamaría «conversación», milord. —Addie enarcó una de sus cejas, no iba a ocultar lo mucho que le desagradaba su actitud—. Era más bien imposición de su opinión en mi lugar favorito

de Dashford.

Él deambuló como si nada sobre la alfombra favorita de su tío. Era de un color ocre con formas circulares con el emblema de su familia. Sobre ella descansaba una mesa de mármol con su bote de tinta, algunos papeles y libros amontonados.

—He pensado que usted y yo podríamos conocernos.

Addie abrió la boca para protestar, quiso callarse, pero su orgullo se lo impidió.

—¿Por qué tendría el más mínimo interés?

—Bueno. —Asher fingió una pose pensativa, se deleitó con las pequeñas pinturas que descansaban sobre el estante de la chimenea para después girarse en su dirección—. He sido un poco indiscreto y he escuchado la conversación. Imagino que su adoración por cierta autora la ha invitado a escribir para parecerse a ella.

«Todo sería de lo más correcto si la autora a la que ha criticado no fuera yo», pensó torciendo los labios con molestia.

—El tiempo fuera de Londres —continuó sin ni siquiera dejarla hablar— me resulta de lo más monótono. Estoy acostumbrado a una vida más inmediata, por eso necesito volver cuanto antes.

—Bien, pues lárguese.

Asher soltó una sonora carcajada que la pilló desprevenida. Habría esperado molestia e incluso que se sintiera ofendido, no de lo más risueño.

—Sería mucho más fácil si en mi hogar no fuera conocido como el desterrado por mi hermano mayor —dijo con fingida mofa—, pero hasta que no me reforme no me dejará marcharme, así que le propongo algo. Finjamos que durante este verano hemos sentido tal atracción entre nosotros que hemos tomado la decisión de casarnos.

—No gano nada ayudándolo —intervino Adeline recordando que su postura no era la más adecuada para atender a un caballero. Se

puso de pie carraspeando con sutileza mientras acomodaba la falda de su vestido—. Además, no sé cómo pretende que le explique a mi tío tal situación.

—Ya he hablado con él.

Adeline se mantuvo estática, lo observaba con sorpresa, pero en el fondo no se fiaba demasiado de él.

—Un Ward atando cabos con nudos mariposa para que no escapen de su control —respondió con lentitud—. No debería sorprenderme lo más mínimo.

—Lamento que no sea el caso.

Ella se mordió la punta de la lengua, debía contenerse para que la situación no se le escapara aún más de las manos. La seguridad que destilaba Asher Ward le erizaba la piel, como si poseyera el final de su historia sin necesidad de desarrollarla.

—Si volvemos al tema de la propuesta —comenzó a decir una vez más con interés—, usted fingirá que nuestra relación no depende solo de mí. La invisible Adeline Hearthry será vista con el tercer hijo del anterior duque de Ward. A cambio, yo le ayudaré con su pequeña narrativa.

Algo en los ojos azules de Adeline brilló con una pizca de curiosidad. No soportaba la idea de que sus escritos carecieran de calidad. Quería hacer todo lo posible para que sus novelas calaran en el alma de toda dama que necesitase ser comprendida. Y, si no era así, que disfrutase de la compañía de su historia todo el tiempo que durase entre sus manos. Pero algo le advertía de que entrar en el juego de Asher Ward solo supondría un rápido descenso al infierno. Porque los hombres como él desdibujaban los límites de lo estipulado solo para solventar sus necesidades.

—¿Por qué cree que su criterio es mejor que el mío? —inquirió ella.

—No se equivoque, milady. —Asher extendió la mano en su dirección dispuesto a cerrar el trato—. Considero que su opinión es igual de válida que la mía, pero quizá mi visión masculina de las artes amatorias haría a sus letras más cercanas a la realidad. Y, quién sabe, tal vez eso es lo que necesita para que su nombre gane cierta popularidad y esté por encima de dicha autora invisible careciente de calidad.

«No me sentiré nada culpable cuando descubra a quién ofrece tal ayuda, milord», pensó Adeline con el sabor de la venganza dulce en su paladar.

—Trato hecho —cedió Addie acortando la distancia para entrelazar sus manos—, pero le aseguro que si su forma de proceder me parece inapropiada no me bastará con echarlo de mi hogar; avisaré a su hermano de sus tretas.

—Me ofende, milady, suelo portarme bien con la compañía femenina. —Ladeó la cabeza con tan picardía que suspiró—. El único inconveniente del que suelen quejarse es que mi presencia tiende a ser una necesidad.

—Baje de las nubes, milord. —Hizo una breve pausa con la intención de soltarse—. Un tercer hijo no brilla tanto como el primero en la línea sucesoria.

Una fugaz tensión en su cuello captó la atención de Adeline, pero creyó haberlo imaginado cuando tiró del agarre en su dirección. Ella trotó de manera torpe hasta chocar con el pecho de Asher. Ambos se miraron en una competición invisible donde uno de los dos debía caer y no les importaba en qué batalla si terminaba a los pies de su contrincante.

—Tiene toda la razón, ¿cómo he podido olvidar ese pequeño detalle?

Capítulo 5

Las cálidas temperaturas en Dashford habían provocado que Adeline no pudiera dormir más allá del alba. Adoraba el verano, el bullicio que reverberaba por el pueblo; las largas tardes en la plaza leyendo a los más pequeños, pero no soportaba la capa de sudor que envolvía su cuerpo. Siempre le habían agradado más los días de invierno, donde se ataviaba su capa forrada de piel y disfrutaba de cómo sus pies se hundían en la nieve. Si el frío llegaba a ser desagradable recurría a un té con pétalos de rosa y disfrutaba de las vistas desde el salón de su casa.

—Estás más callada de lo habitual esta mañana.

La voz de su tío la despertó de su pequeña ensoñación. Estaba sentada en el tresillo de Gilbert como gesto de rebeldía. Sabía bien que no tenía edad para llevar a cabo una protesta tan aniñada, pero estaba molesta con él.

—Mis palabras carecen de sentido en esta casa —respondió con sencillez mientras sorbía su té. Su pelo estaba recogido en un moño improvisado para aliviar el calor que sentía en su nuca.

—Estás enfadada porque acepté que Asher Ward te cortejara —

concluyó Gilbert con un breve suspiro. Se acomodó en el sillón que tenía a su lado, con el cuerpo inclinado hacia adelante y las manos entrelazadas—. Y te pido disculpas por ponerte en esa tesitura, Addie.

Ella torció los labios, molesta.

—Es un canalla —enumeró Adeline apretando la taza entre sus manos—. Un libertino. Solo busca una nueva conquista que meter en su cama, ¿no te inquieta ese hecho?

—No. —Una breve sonrisa escapó de sus labios—. Eres una dama que posee una gran inteligencia, no considero que aceptes sus deseos solo porque sea un hombre influyente o apuesto.

—Entonces lo has hecho para ponerme a prueba —hizo una breve pausa—, por si cambio mi opinión acerca de casarme.

—He sido egoísta, lo admito —las palabras de Gilbert no destilaban ironía, eran sinceras como siempre lo fue con su sobrina —, pero estoy entre la espada y la pared en este momento. Necesito que me ayudes en esto, Adeline, solo por esta vez.

La expresión de su tío no era afligida. Intentaba por todos los medios mantenerse firme a pesar de que no fuera necesario.

—Pensaba que te agradaba mi presencia —comenzó a decir con suavidad mientras deslizaba la taza de té sobre la mesa—. Accediste a que viviera aquí de manera permanente porque comprendías que mi vida sería mucho más fácil siendo invisible.

—Así es.

—Entonces ¿cómo te ha amenazado Asher Ward para que hayas accedido a esta locura?

Gilbert guardó silencio durante unos segundos, ni siquiera había dado un sorbo al té que tenía delante. Se mostraba apacible, pero el brillo de molestia que iluminaba sus ojos hablaba de lo impotente que se sentía.

—Todo apellido posee un pasado y el nuestro está hilado al de los Ward desde hace mucho tiempo —relató con el ceño fruncido—. Si permito que salga a la luz, todo el prestigio que los Hearthry han construido con los años terminará reducido a cenizas.

—¿A qué te refieres? —inquirió ella.

—¿Recuerdas a Benjamin Ward?

Adeline levantó la mirada con cierta confusión.

—El hombre que engañó a la joven de nuestra familia —recordó Adeline abrazándose a sí misma, no le agradaba el matrimonio, pero tampoco tener que vivir acusada por una mentira—. Benjamin y ella tuvieron una aventura. Cuando el fruto de su pasión se gestó en su vientre la abandonó a su suerte. Pero los Ward no estaban complacidos con aquel error y durante años buscaron la rama de la familia que unía a la nuestra.

—Se creen dioses. —Rio su tío—. Intocables, prepotentes y capaces de tomar toda decisión sobre los demás. Así han sido para nuestra desgracia. Si la presencia de la última descendiente de dicha rama de la familia sale a la luz, no solo nos perjudicará a nosotros, sino también a los demás miembros de la familia.

«Mientras que cada pieza se mantenga en su posición, yo seré el único peón visible», pensó Addie con cierta inquietud.

—La presencia estridente de Asher Ward provocará que mi padre ponga su atención en Dashford —dijo en un breve susurro—. Se dará cuenta de que mi enfermedad es solo una mentira.

—Mi hermano jamás pondrá sus ojos en la campiña inglesa. —La voz de Gilbert fue tenue y calmada, quería alejar la inquietud de los pensamientos de su sobrina—. Llevas años bajo mi tutela y no se ha interesado en venir a por ti.

—Porque una hija poco agraciada y enferma no le resultaba nada útil.

Addie apenas recordaba sus días viviendo en la mansión principal de los Hearthry. Sus recuerdos se habían quedado estancados en las exigencias del duque. En las reprimendas, los agarres que dejaban rojeces en su piel y en su poco amor hacia ella. La última vez que lo vio, ella se encontraba en los brazos de su tío lidiando con una *enfermedad* que había inflamado su rosto y también su garganta. Gilbert se encargó de su cuidado con todo galeno que estuviera a su servicio hasta que su dolencia fue mitigando poco a poco. «No debe probar los frutos secos, milord. Es posible que la joven sea de estómago débil», había escuchado decir al médico a sus doce años. Y desde entonces todo postre o comida pasaba por las manos de su tío antes de ser preparada.

Por supuesto, su padre no lo sabía. Mientras los años pasaban, seguía pensando que su hija había sido desgraciada por el destino y no le servía de nada tenerla cerca.

—Adeline —susurró Gilbert su nombre.

Ella dibujó una sonrisa en sus labios que no llegó a sus ojos.

—Lo comprendo.

—No hay nada que comprender —respondió él levantándose de su asiento—. La situación en Dashford fluye de una manera diferente. Aquí nadie escribirá tu destino si tú no deseas que lo haga.

Addie lo miró de soslayo. Siempre había adorado a su tío. Fue como un padre para ella cuando no comprendía por qué no era lo suficientemente perfecta para estar en Londres. Derrotada, suspiró. Él le ofrecía la mano en silencio como símbolo de paz entre ambos y ella aceptó porque sus enfados no duraban más de unos instantes.

A excepción de su molestia a Asher Ward, por supuesto.

—Intentaré que la presencia del señor Ward no me consuma.

Gilbert posó sus labios sobre el dorso de su mano.

—No lo intentes, hazlo como siempre has hecho.

Dashford festejaba su décimo octava fiesta del vino. A pesar de que el otoño había quedado muy atrás, siempre se aprovechaba la presencia de los lores en sus casas de campo para celebrar toda fiesta que pudiera hacer crecer los beneficios del pueblo. Addie, acompañada del brazo de Sophie, deambulaba por los diferentes puestos que había alrededor de la plaza. Los comerciantes se beneficiaban del bullicio para sacar todos los recursos que no se habían vendido a un precio mucho más asequible. Addie adoraba pasear entre collares que no poseían la belleza de las últimas novedades; telas pasadas de moda que a ella le seguían agradando y fruta fresca que disfrutaba saboreando en el jardín delantero de su hogar a altas horas de la noche mientras el cielo se llenaba de estrellas.

—¿Hay algo que necesites? —preguntó Addie emocionada—. Sé cuánto amas las esmeraldas, quizá podamos...

—No, para nada —respondió Sophie de inmediato—. La hospitalidad de los Hearthry para mí ya es un privilegio.

Adeline soltó una pequeña carcajada que tapó de manera educada tras sus guantes. Sophie era una muchacha ilusionada con la vida y ahora que poseía libertad, observaba con miedo todo lo que consideraba que no merecía. Sin embargo, miraba con interés las telas que solía zurcir para improvisar pequeños atuendos para las muñecas que había llevado consigo desde Viena. Adoraba los detalles, lo había visto en la última vajilla en miniatura que había pintado para su casa de muñecas. Pero prefería contener su aspecto más adulto para que su familia olvidara que estaba en edad de casarse.

Cuando realmente no lo necesitaba.

—Dime, ¿cuántos años cumplirás el próximo invierno?

—Dieciocho.

—Entonces creo que puedes permitirte unos retales de color morado para los detalles de la cocina que montabas el otro día —dijo ella como si nada—, le vendría muy bien esa tonalidad.

Sophie deslizó su mirada hacia su mentora. Estaba ilusionada, como si aquel lado más risueño tuviera la oportunidad de emerger. Por lo que Adeline sabía, Nikolas, su hermano mayor, estaba muy centrado en perpetuar el linaje de su familia, tanto que ansiaba casarla cuanto antes. Por otro lado, Penélope deseaba que pudiera librarse de un destino que no había elegido. Por eso había conseguido que se aprobara la ley en la Cámara de los Lores junto a su esposo; para que su hermana pequeña pudiera vivir.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

Mientras disfrutaban de algunas compras, Adeline captó el sonido de unos violines. Curiosa, se giró para descubrir quiénes eran los causantes de tal melodía. Cuando dio con ellos, se percató de que los muchachos que trabajaban en el campo volvían con sus instrumentos solo para hacer más amena la fiesta. La gente del pueblo, animada por la melodía que se mezclaba con el breve chapoteo de la fuente que había en la plaza, bailó sin necesidad de protocolo. Unos con otros, disfrutando de unos retazos de libertad ajenos a sus deberes.

Ella los observó con el corazón acelerado, aquellos momentos eran los que más amaba de Dashford. La libertad que se respiraba en el ambiente, las carcajadas que se elevaban por encima de la música; los cantos a pleno pulmón con algunas canciones populares... y la poca importancia que se le daba a desentonar.

—Milady.

El tono tenue de aquella voz hizo que se alejara de aquella sensación de alivio. Con suavidad deslizó su mirada azulada hacia el caballero que tenía a su izquierda. No necesitaba buscar en su mente durante mucho tiempo para reconocer aquel tono juguetón con el que se dirigía a ella.

Asher Ward era inconfundible.

—Buenos días, milord.

—Una agradable fiesta, ¿no cree? —respondió él complacido mientras deslizaba su índice y pulgar sobre su sombrero de copa—. Parece que no se necesita un carné de baile para danzar con cualquier señorita presente.

—Lamento decirle que todos bailan con todos —aclaró mirando hacia la pequeña danza donde todos se sostenían de las manos, giraban de izquierda a derecha y rompían el círculo solo para encontrar a su pareja de baile—. No hay protocolos.

—No los echaba de menos, porque ya sabe, suelo romperlos.

Adeline soltó una pequeña carcajada mientras negaba con la cabeza. De todos los caballeros con los que se había codeado, Asher era el que menos escrúpulos tenía. Vestía su traje gris perla, de botones plateados y corbatín de la misma tonalidad, como si de todos los presentes fuera el más intocable.

—Irá de bruces al infierno.

Él rio de inmediato.

—Habrá merecido la pena —susurró él muy cerca de su oído—, pero mientras llega mi hora nada me agradaría más que invitarla a ser parte de la festividad.

Addie no se giró, sentía un cosquilleo cerca de su cuello que le erizaba la piel. El muy canalla rozó con fugacidad su cadera susurrando una breve disculpa que ni siquiera sentía.

—Estoy acompañada.

—Creo que su compañía está disfrutando de los abalorios pasados de moda de aquel puesto de allí. —Asher señaló a una de las tiendas improvisadas que tenía delante, al parecer Sophie seguía maravillada con algún collar que se debatía en comprar—. Así que parece que no tiene demasiada escapatoria.

—Nuestro trato no decía nada de bailar —Adeline intentó que su voz no temblara, pero era demasiado difícil cuando aquel caballero aprovechaba el bullicio solo para hundir cada roce un poco más en su piel—, solo de fingir un romance.

—Dentro de una decisión hay muchos matices. Este es uno de ellos.

Ella suspiró con molestia.

—Tendría que haber alargado su visita con su maldita escala de grises.

—Lamento que no esté al día de mis fechorías —respondió Asher con la misma suavidad que la seda—, pero si le contara cada uno de los vacíos legales que contienen los tratos no podría salir ganando.

«Sin duda es todo un canalla», pensó Addie avergonzada.

—Si me obliga a hacerlo le aseguro que será mi fuente de inspiración durante toda la tarde de mañana.

Asher fingió sorpresa.

—¿Eso era una amenaza?

—Sí.

—Tendré que correr ese riesgo.

Addie estuvo a punto de defenderse con alguna de sus palabras más mordaces, pero él no se lo permitió. Con la poca vergüenza que poseía entrelazó sus dedos con los de su pareja *forzada* de baile y la llevó hacia la improvisada pista.

«A este hombre le importan poco las apariencias».

Derrotada fue parte del círculo de gente que saltaba de un lado

a otro. Movió las piernas hacia el interior copiando los movimientos de los demás, pero unos segundos después ya conocía a la perfección los pasos que debía seguir. Su ceño fruncido empezó a mitigarse poco a poco, hasta que las carcajadas salían de sus cuerdas vocales entre risas, cantos y su propia diversión.

Era sencillo ser parte de la multitud. Era sencillo vivir bajo el manto de la invisibilidad si llevaba consigo aquellos retazos de felicidad.

Pero cuando más se confió en abrazarse a aquella libertad, el agarre en sus manos desapareció solo para dar paso a que los brazos de Asher la estrecharan contra su cuerpo. Fue un gesto sencillo, pero tensó cada uno de los músculos de Addie, no porque la distancia entre ambos fuera escasa, sino porque aquel hombre tenía muy claro que dentro de aquel juego era el vencedor.

Addie lo observó de manera retadora, no iba a dejarse llevar por la galantería de un Ward. Con delicadeza entrelazó su diestra con la suya, permitió que su compañero de baile volviera a hundir sus dedos sobre su cadera y giró con él. Podría haber sido un momento que habría acelerado su corazón, pero era una batalla en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.

Porque mientras Asher Ward tan solo deseaba tener una nueva conquista aquel verano, Adeline Hearthry tenía el único cometido de acabar su novela con la mayor calidad posible para hacerle tragar sus palabras.

Capítulo 6

De todas las estrategias que había utilizado para seducir a una mujer, leer sus escritos no estaba dentro de ellas. El motivo quizá no había sido otro que no necesitar hacer uso de ninguna palabra. Todo era más sencillo: unas miradas fugaces, una pícara sonrisa y un encuentro fortuito en un lugar lo suficientemente oscuro para no ser reconocidos.

Era evidente que Adeline Hearthry no tenía intención de ponérselo fácil.

Mientras esperaba que la joven se reuniera con él en su despacho, observaba con interés todo detalle en busca de algo que dijese un poco de su personalidad. Asher se percató de que era una gran amante de los colores cálidos, especialmente del azul cielo. La estancia olía a flores frescas y se mezclaba a la perfección con la estantería de madera de roble que tenía tras la mesa. La pluma que descansaba sobre ella era más grande de lo habitual; grabada como si se tratara de parte de un pavo real. Pero lo que más llamó su atención fue la hilera de libros apilados sobre el mueble; de maquetación aterciopelada y de autores que ni siquiera le sonaban.

«Deben ser historias escritas para avivar el interés marital en las damas de la alta sociedad», pensó con simpleza.

La puerta se abrió a su espalda alejándolo por completo de la curiosidad que le despertaba la mente de Adeline. Con lentitud giró su cuerpo fingiendo inquietud cuando realmente deseaba ver su ceño fruncido. La dama, ofendida por su presencia cuando no habían concretado una cita, le regaló el gesto, a lo que él chasqueó la lengua, divertido.

—Entiendo que mi presencia la deje sin palabras, milady —respondió él apoyando la parte baja de la espalda sobre la mesa—. Suele ser el efecto que causo en las mujeres.

—En realidad intentaba comprender por qué un Ward tiende a olvidar su educación.

Asher contuvo una sonrisa mordiéndose el labio inferior.

—Me perdería la lección.

Ella suspiró derrotada. A pesar de la molestia que se dibujaba en su rostro le regaló una breve reverencia, pues no olvidaba que su familia tenía más poder que la suya.

—¿Ha venido a cumplir su parte del trato tras nuestro improvisado baile?

Asher se encogió de hombros; sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

—Debo parecer un hombre de palabra, ¿qué se diría de mí?

Addie bufó de nuevo, pero no contradijo sus palabras. Era más fácil abrazarse al silencio antes de iniciar una discusión que quizá podía perder.

—Comencemos antes de que nuestra *clase* se alargue más que una taza de té.

—Siempre es una delicia gastar una tetera con grata compañía.

Ella suspiró. No dudó ni un instante en hacerse paso hasta la

silla de su despacho, se acomodó como una bailarina busca su lugar en el escenario; con elegancia y delicadeza. Después, sacó una pequeña llave en forma de trébol que utilizó en el cajón de su mesa. Asher supuso que sus escritos no estaban al alcance de su tío, porque si fuera así reduciría su libertad lo suficiente para que no convirtiera sus historias en realidad.

«Una lástima que yo no comparta ese pensamiento».

—Estoy segura de que no he perdido del todo mi esencia con la pluma —comenzó a decir ella mientras apilaba sus anotaciones sobre la mesa—, o quizá no comprendo con exactitud por qué parece que he olvidado escribir. De alguna manera me siento una novata que nunca ha empuñado su mejor arma.

Asher la miró de soslayo. Estaba de espaldas a ella y no podía deleitarse con la impotencia que destilaban sus palabras. Le costaba comprender el motivo de su desasosiego cuando debía ser una afición más. Todas las damas que había conocido se decantaban por el amor a la música; a sus largas tardes zurciendo en un rinconcito de una habitación o su gran organización para las veladas. Por el contrario, Adeline no se centraba en ser hospitalaria con sus invitados, al menos con él, claro estaba. Disfrutaba de la toma de decisiones sin tener que pedir permiso e incluso tomaba la iniciativa cuando no era propio de una dama.

—Léame una parte que le genere duda.

Adeline levantó la mirada de su novela a medio escribir un tanto inquieta de elevar la voz dando vida a aquellas breves líneas.

—Son un poco...

—¿Atrevidas?

Ella desvió la mirada.

—Inapropiadas para darles voz.

Él se movió con la misma cautela que un depredador. Quizá para

Adeline no era buena idea encerrarse en su despacho con él, pero no le quedaban opciones si quería que su seudónimo continuara corriendo por Reino Unido como la espuma.

—No es una palabra que me genere demasiada controversia. —Él se acomodó en la silla que había delante de ella, entrelazó las manos y colocó su pierna izquierda sobre el muslo derecho—. Le ruego que lea, soy un hombre ocupado.

Addie enarcó una ceja.

—¿Y cuál es el asunto que ruega por su presencia?

Él ladeó la cabeza provocando un respingo en la dama que tenía delante.

—Es demasiado poco inocente para sus oídos —respondió divertido.

En ese momento le habría encantado colarse en los pensamientos de Adeline Hearthry tras disfrutar de cómo ponía los ojos en blanco.

Su silencio hizo eterna su compañía. Parecía insegura de leer cada uno de los trazos que desde su posición era inteligible, pero para ella debía ser un mundo. Debía admitir que le agradaba la forma en la que engurruñía la nariz mientras procesaba sus propias palabras. También el ligero temblor de sus manos en un intento de parecer tan fuerte como quería hacerle creer. Pero lo que más le agradó fue ver cómo un mechoncito travieso le hacía cosquillas en la cara y ella lo apartaba entre soplidos.

—¿Estás preparado?

—Siempre lo estoy.

Addie se acomodó en el respaldo de su silla, buscó la postura más cómoda en la que poder hacerse pequeña y comenzó a dar vida a su historia con la voz:

—«La odiaba tanto como quería consumirse de nuevo entre sus

brazos —comenzó a leer temblorosa—. La agonía que sentía cada vez que la veía alejada de su presencia en cada fiesta le enfurecía y frustraba a partes iguales. Una vez que había probado el calor de la parte más sensible de su cuerpo era incapaz de tener sed de otra dama que no fuera ella. Por ello aprovechó la oscuridad de la sala para disfrutar a duras penas de su compañía; del sabor de sus labios y...».

—Es suficiente.

—¿Tan desagradable le ha resultado? —preguntó con un ápice de preocupación en su voz—. Creo que por parte de él destila más debilidad que pasión.

—Cuando me dijo que carecía de voz me esperaba frases inconexas —respondió Asher con sinceridad—, pero lo único que le falta a ese caballero es un poco de impenetrabilidad para las lectoras, si es que algún día llega a ver la luz. Transmite los sentimientos de la dama con delicadeza, pero falta intensidad.

Addie frunció su ceño, extrañada.

—En el párrafo el caballero narra sus pensamientos tras haber culminado su pasión días antes.

—Lo he comprendido, milady —respondió Asher con sencillez mientras daba unos golpecitos a los reposabrazos—. ¿No cree que si cambiáramos el artículo serían palabras de una mujer?

Ella leyó en silencio el párrafo, parecía comprender con exactitud lo que quería decir, pero su poca experiencia quizá endulzaba la posición de un hombre cuando anhelaba la compañía de una dama.

—¿Cómo tiende a actuar un hombre que desea probar a la misma señorita más de una vez?

Asher se acarició el mentón y parte del labio inferior. Por más que le resultase agradable enturbiar su pensamiento, era mucho más fácil mostrarle cómo actuaba un caballero cuando deseaba a

una mujer entre sus brazos. No dudó ni un instante en levantarse de la silla, rodeando la mesa para acercarse a ella.

—Su escritura no es vacía, milady —dijo para aliviar la crispación de su rostro—. Solo necesita conocer unos matices.

—¿Cómo cuáles?

—En primer lugar —enumeró él haciendo girar su silla para que lo mirara directamente—, un caballero no suele parecer tan desesperado si no ama. Si solo ha surgido un primer encuentro debería enfatizar aún más el erotismo de la novela.

—¿En qué sentido?

—Debe existir un lenguaje que ambos puedan entender —su tono fue casi un susurro—: un roce de manos, un fugaz beso en el dorso e incluso unas palabras que tuvieran que ver con la noche anterior.

—¿No cree que sea demasiado sencillo?

Asher elevó una ceja.

—Levántese.

Dudosa, Adeline se alisó el vestido cuando lo hizo. Supuso que intentaría fingir un fugaz encuentro con ella, como si fueran parte de aquella historia.

Él no tuvo ningún reparo en observarla con un atrevimiento que avivó la rojez de sus mejillas. Sus ojos ámbar no solo le dedicaban un breve saludo, sino un deseo mudo de volver a tenerse. Asher caminó por la estancia tan metido en el papel que el roce de sus manos no fue un error, sino una declaración de intereses.

—¿Milady? —Fingió sorpresa aprovechando la cercanía para aferrar su palma—. No la había visto.

—Y-yo también he sido invitada a esta fiesta.

—Por supuesto —dijo él humedeciendo con suavidad sus labios. La manera en que deslizaba la mirada por cada rincón de su cuerpo

la hacía sentir desnuda y Asher lo sabía muy bien—. Aunque si se siente fatigada podría acompañarla a casa. La noche tiende a ser peligrosa para una señorita como usted.

Asher posó sus labios sobre su mano. No hubo tocamientos indebidos, ni siquiera aprovechó la cercanía para acariciar su cintura. Fue una breve conversación rutinaria, repleta de decoro, pero tan cargada de dobles intenciones que Adeline se sintió azorada. Era cierto que sus novelas tendían a dejar un breve cosquilleo en sus entrañas, pero el tenue ardor que sentía entre las piernas era una sensación totalmente diferente.

—La única amenaza existente para mí en esta fiesta es usted, milord —dijo ella casi sin aliento.

¿En qué momento había empezado a faltarle el aire?

—Sería así si mis labios hubieran dejado besos en su cuello y parte de su hombro desnudo —comenzó a decir con un tono de voz más oscuro, como si le costara tirar de sus modales en una situación tan indebida—. También si me animara a llevarla a un rincón, le levantara su vestido y la hiciera mía sin que nadie fuera consciente de ello. Me temo que mi cuerpo lo anhela más que cualquier otra cosa en el mundo, pero soy un caballero y prefiero disfrutar de su desnudez en mi carruaje que enfrente de toda esta gente.

Asher disfrutó demasiado de la respiración entrecortada de Adeline. Se empapó de la fina capa de sudor que envolvía su rostro y que la hacía encogerse delante de él. Apenas era capaz de escapar de su encanto, pero consideraba que, si se lo pidiera, levantaría sus faldas solo para mostrarle la humedad de la flor que escondía entre sus piernas.

—Usted enfatiza el amor desde la perspectiva del caballero cuando debe priorizar la pasión. —Hizo una breve pausa—. Dígame, señorita Adeline, ¿qué es lo que siente en este preciso instante?

Ella abrió la boca, pero se dispuso a cerrarla de manera inmediata. Estaba seguro de que no se atrevería a decir lo mucho que la había excitado aquella escena fingida.

«Sabía que su inocencia y temperamento me resultarían de lo más deliciosos».

—Siento... que debo darle otro enfoque a la historia —carraspeó con la intención de recomponerse—. Gracias por sus lecciones de canalla sin intención de redimirse. Y-ya puede irse.

—¿Quiere que lo haga?

La mirada de Adeline se entrelazó con la suya, por un momento vio un atisbo de duda en sus ojos azules. Quizá si se sumía un poco más en aquel juego podría disfrutar de unos cuantos arrumacos, pero toda debilidad de la joven quedó protegida tras una capa de impenetrabilidad.

—Inmediatamente. Ya hemos acabado nuestra lección de hoy. Gracias por su aportación, señor Ward. Puede marcharse.

Asher chasqueó la lengua mientras borraba de su mente todo lo que habría estado dispuesto a hacerle, pero prefirió dedicarle una burlona reverencia antes de dar por terminado su juego de seducción.

Capítulo 7

La invitación del conde de Lifford era una demasiado jugosa para negarse. La misiva giraba entre sus manos como si fuera una obra de arte que necesitaba ser examinada. Su postura no era la de un crítico, sin lugar a dudas. Estaba vestido con un traje en tono café con la chaqueta desabrochada y los pies sobre el respaldo. Dominic le habría bufado si tuviera oportunidad. Un caballero no se acomodaba en el sofá vestido ni ponía sus zapatos sobre él. Pero a Asher poco le importaba. El silencio era su mejor amigo en los últimos días: no había cartas del duque ni tampoco deberes para alcanzar su redención.

Estaba solo con sus pensamientos.

—Si me permite opinar... —La voz de Ambrose hizo eco entre las cuatro paredes del salón. No entendía muy bien por qué le habría ofrecido un té a media tarde cuando prefería algo fuerte que quemara su garganta, pero no se quejó—. No creo que sea sensato que asista a la fiesta en la campiña de Sebastian O'Kelly. Quiero decir, entiendo que el aburrimiento se esté convirtiendo en una tortura, milord, pero si el duque se entera se meterá en problemas.

—Diría que ya lo estoy, Ambrie. —La sonrisa no llegó a los ojos de Asher; acomodó las manos tras su cabeza y miró el techo con aire pensativo—. Estoy cautivo. Enjaulado en una residencia que nunca me ha interesado, solo para limpiar una imagen que poco me importa.

—Pero si usted hubiera seguido con sus escarceos, sus hermanas se habrían visto envueltas en un escándalo y jamás podrían casarse.

Asher suspiró, derrotado. No tardó demasiado en incorporarse. Estaba molesto con el deber que descansaba sobre sus hombros, pero más se enfadaba cuando intentaba sentir algo: redención, celos de Landon, que solía pelearse con Dominic; impotencia, frustración... cualquier cosa.

Y, en ese momento, que tampoco podía sucumbir al placer, se sentía peor que un desecho. Al menos Dominic se dejaba llevar por la ira; Landon, por la envidia; Susan, por el orgullo e Ireth... No sabía muy bien a qué pecado capital se abrazaba.

—Prepara mi caballo —ordenó—. Sería un despropósito que usara mi carruaje para reunirme con unos caballeros con una fama un poco inconveniente en este momento.

—Por supuesto, señor Ward —suspiró Ambrose reverenciándolo con la cabeza—. Pediré que ensillen su caballo y...

—En realidad se me ocurre algo mejor —lo cortó de inmediato—. Necesitaré que alguien me acompañe para que controle que me porto como un auténtico caballero.

—Lamento decirle que no se encuentra nadie más en la casa aparte del servicio.

Asher lo observó durante unos segundos que se convirtieron en largos minutos. Su ayuda de cámara era unos años menor que él. Nadie lo había visto, así que no podían relacionarlo con que trabajara en su mansión de campo. ¿Por qué no se alejaba un poco

de los prejuicios que hacían eco en su cabeza y se divertía un poco?

—He encontrado a la compañía perfecta para mi diversión de esta tarde.

LakeBrook, la mansión de campo de los O'Kelly, se encontraba a unos kilómetros de Dashford. Sus tierras no eran demasiado extensas. Habían invertido su patrimonio en las viviendas que poseían en Mayfair, los negocios y la posición de Sebastian dentro de la Cámara de los Lores. Por eso habían abandonado el interés en la campiña solo para fiestas familiares o con caballeros de confianza. Después de todo, la familia O'Kelly había bailado alrededor de los escándalos. No solo por el ridículo final de su hermano mayor al verse implicado en situaciones que quebraron su reputación, sino también por su obsesión con el juego.

—Esto no está bien, milord.

Escuchó decir a Ambrose detrás de él. Ignoró el temblor de su voz y se apeó del caballo mientras le acariciaba con cariño el hocico.

—¿No te advirtieron de mi afición por romper las reglas? —Asher dibujó una fugaz sonrisa en sus labios.

—Sí, pero... ser parte de una fiesta para la que no poseo ni una gota de estatus...

—¿Cómo que no? —Él fingió sorpresa—. Lamento que piense eso de usted, duque de Whitehall. ¿Han ido mal las cosechas este año? No se preocupe, esta noche olvidara que su título pesa tanto como para caminar encorvado.

—Milord.

Asher levantó las cejas solo para hacerlo callar.

—Nada de florituras aburridas esta tarde, mi buen amigo —respondió él mientras lo aferraba del brazo—. Hoy solo vamos a disfrutar del verano en Dashford.

Como imaginó, nadie se percató de que Ambrose no tenía ni títulos ni patrimonio. Era un muchacho agraciado con su media melena rubia perfectamente peinada hacia atrás. Su delgadez y anchos hombros le daban un aspecto un tanto corpulento que combinaba a la perfección con la deliciosa educación que poseía para ser un sirviente. Aunque, en aquel momento, poco la necesitaba.

Bastian había organizado una fiesta donde los límites se desdibujaban. Dividió el gran salón de los O'Kelly con varios biombos, convirtiéndolo en dos pequeñas salas exclusivas: una para hombres y otra para mujeres. El olor a puro se mezclaba a la perfección con al alcohol y con el tenue tono a menta que danzaba por la estancia. Había algunos caballeros tomando algo de whisky mientras se acomodaban alrededor de varias mesas. Apostaban un número tras otro con la intención de acariciar la victoria entre sus dedos. Una vez que la obtenían, buscaban la rivalidad entre ellos, creyéndose los hombres con más suerte de todo Londres. Pero lo que más llamó la atención de Asher no fue el pequeño club privado que había organizado, sino cómo se mezclaba la avaricia con el placer carnal. Había varias jóvenes pululando por el salón, con un pequeño camisón de satén blanco, dándoles un aspecto angelical y que ocultaba su intención de saciar el placer que afloraba en la parte más sensible de su cuerpo.

«El rechazo ha sentado demasiado mal al pobre Bastian. Ha pasado de ser un caballero medio decente a perder por completo el norte. Si su padre levantase la cabeza, volvería a esconderla», pensó Asher fijándose en la posición del joven, presidiendo una de las mesas más alejadas de la puerta mientras acariciaba las piernas de una de las muchachas.

Ellas conseguían ser protegidas por un lord con poder y posición.

Y ellos saciaban sus deseos más oscuros.

Un trato justo, o así lo creía él.

—No esperaba que fuera parte de mi verano en Dashford, señor Ward.

La voz de Sebastian lo sacó por completo de sus pensamientos, dibujó una sonrisa socarrona en sus labios y cogió una copa de oporto que caldeó su garganta.

—Estoy desterrado como bien sabe todo Londres.

—Dominic tiende a ser demasiado extremista. —La aspereza con la que hablaba de su hermano mayor no le agradó, pero le siguió el juego acomodándose a su lado—. Supongo que por eso ha elegido a una mujer de menos estatus que él como esposa.

Asher elevó una de sus cejas sorprendido.

—¿Se ha casado?

—Con una Dohaerty.

«Por supuesto. Él y su deseo de recordarle al mundo que los Ward somos intocables», pensó notando un sabor agridulce en el paladar.

—Los favoritos de los Blunt —respondió Asher sin sumirse demasiado en el tema. A pesar de que Dominic diera órdenes a diestro y siniestro poco le importaban las decisiones que tomara para sí mismo—. Toda estrategia tiene sus debilidades si no sabe comprenderla, señor O'Kelly.

Sebastian no respondió. Deslizó su mirada sobre la mesa para apostar todo el capital que tenía a un único número. Asher se negó a participar. Adoraba disfrutar de sus privilegios como hombre, pero prefería una buena lucha en un *ring* antes que desperdiciar el capital. La ruleta que descansaba en el centro giró desesperada. La pequeña bola daba saltitos de un número a otro, asustada de dar un mal resultado al grupo de caballeros que la miraban con los ojos casi

inyectados en sangre. Él, por su parte, fingió un ligero bostezo cuando se detuvo en el número quince.

Ninguno de los presentes había ganado, la banca se hizo con el dinero entre palabras malsonantes y protestas.

—Tan solo soy un apostador como puede ver —dijo el conde buscando en sus bolsillos algo que ofrecer—. Los secretos y privilegios de su familia me traen sin cuidado.

—¿Por eso se ha echado a perder?

—¿Cómo dice? —Bastian detuvo sus movimientos de inmediato, elevó una de sus cejas con molestia.

—Teniendo en cuenta que ha perdido la voluntad tras la negativa de Marnie Watts a estar con usted, diría que ha dejado su apellido un poco a la deriva. —Asher hizo una pausa—. Supongo que si yo poseyera el control de mi familia no sería diferente, pues... ¿qué es más interesante que tener el placer de controlarlo todo desde un lecho caliente donde se me impide pensar con claridad?

—Usted y yo somos diferentes, señor Ward.

Asher ladeó la cabeza, divertido.

—¿En qué?

—Yo me responsabilizo de mis actos, usted tiende a esconderse tras su hermano para salir ileso de cada uno de ellos.

Su respuesta lo ofendió sobremanera, pero no se molestó en demostrarlo. Asher terminó su copa de un solo trago, la abandonó a su suerte sobre la mesa y se sumió en alguna conversación que le hiciese olvidar lo vacío que se sentía. Después de todo, Sebastian tenía razón: si él destrozaba el mundo, Dominic lo repararía en silencio para él.

Los caballeros de su alrededor se carcajeaban. Disfrutaban del placer carnal sin miedo a ser vistos, entre negocios que afloraban en el aire y damas a horcajadas sobre ellos. No le sorprendía lo más

mínimo que el salón se convirtiera en un nido de pecados que hacían eco entre las cuatro paredes, pero que, de puertas para afuera, tan solo fuera una reunión entre hombres cansados de la temporada londinense.

El alcohol no era suficiente para ser parte de las risas. Su raciocinio seguía presente incluso luego de tres y cuatro copas. Molesto por no dejarse ir, se levantó del sofá. Necesitaba una distracción lo suficientemente deliciosa para apagar sus sentidos. Quizá no le permitiría culminar sus deseos, como siempre solía ocurrirle, pero al menos sería parte de algo que él mismo había elegido.

Asher se disculpó en silencio mientras se hacía paso entre la multitud. Los gemidos se entrelazaban con las apuestas. Y las apuestas con los comentarios soeces que poco tenían que ver con él. Una vez en el pasillo que daba a la entrada encontró algo de alivio. El aire no estaba tan cargado en aquella parte de la casa. Era fresco y menos viciado que en el interior del salón.

«Lidiar con hombres es demasiado aburrido cuando no hay unos cuantos golpes de por medio», pensó él pellizcándose el puente de la nariz.

Creyó que lo más sensato sería volver a casa, divagar entre los escritos de Adeline que había llevado consigo para encontrar un mínimo detalle que sacar a la luz. Al menos, de ese modo podría enzarzarse en una discusión que le daría la adrenalina que tanto necesitaba.

—Asher.

Una voz femenina se deleitó con su nombre. Lo hizo con calma, como si degustara cada sílaba entre su lengua y paladar. Él se giró con suavidad, no le gustaba demasiado que alguien se dirigiera a él sin ningún tipo de floritura; prefería que lo llamasen por su nombre

de pila solo las personas cercanas y su propia familia.

La molestia quedó grabada en su frente, solía tomarse todo con un matiz burlón, pero dentro de sus propias condiciones. Su mirada ámbar no tardó demasiado en cruzarse con la de una joven que conocía demasiado bien.

Novallie Castelfield.

Su última amante, abandonada por él y encinta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Asher de manera tosca. Su hermano se había encargado de limpiar su desastre, no tenía por qué buscarlo—. No es lugar para una mujer embarazada.

—Se rumoreaba que te habías marchado al campo —respondió ella con suavidad—. El duque vino a ver a mi padre y...

—Por favor —la cortó de inmediato—, te lo ruego. No es necesario que mientas con la intención de hacerme sentir mal. Le dijiste a tu padre que éramos amantes, ¿no es cierto? Diste voz a nuestros secretos con el fin de casarte conmigo.

—Teníamos una historia, Asher.

—No, querida —dijo él con tal ironía en su tono que apretó los puños—. Buscábamos placer el uno en el otro. Porque no soportabas la idea de que tu hermana se haya casado con el hombre que amas. Y yo buscaba lo que todo caballero anhela entre las piernas de una mujer.

Novallie abrió la boca, ofendida. Habían sido amantes durante bastante tiempo, el suficiente para tener la confianza de hablar de sus inquietudes. Asher no solía criticar a su familia, pero era cierto que se sentía el tercero en discordia la mayoría del tiempo. Por el contrario, ella sentía que no era suficiente. Amaba a alguien que la veía como una niña y que había elegido a su hermana que tan solo era cuatro años mayor que ella.

—Asher —susurró su nombre a modo de súplica.

—No —dijo tajante—. No intentes atarme porque la soledad te engulle. No soy la moneda de cambio de nadie, ni siquiera cuando tu situación me parece desoladora. Lo único que te ruego es que digas la verdad.

—¿Verdad? —inquirió Novallie, confusa.

—El bebé que se gesta en tu interior —comenzó a decir con suavidad— no es mío, ¿cierto?

Ella tragó saliva. La súplica que se dibujaba en sus facciones quedó en un segundo plano al ser descubierta. Angustiada, se abrazó a sí misma como si de aquella forma desaparecieran cada una de sus pesadillas.

—He guardado silencio por respeto a lo vivido. —La voz de Asher no destilaba solo molestia, también decepción—. Permití que mi hermano comprara el silencio de tu familia, y cuando creí que todo volvería a su lugar, me manda lejos por tu culpa. ¿Esperas de verdad que críe a un niño que no es mío? Soy un Ward: tu placer es mío, pero yo no soy de nadie.

—L-lo lamento —suspiró ella—. Lamento que esta situación te haya afectado de esa manera. Sé bien cómo el duque protege a cada uno de sus hermanos, pero no esperaba que te hiciera marcharte por una mentira mía.

—Es suyo, ¿verdad?

Novallie asintió mientras cerraba los ojos.

—Es a él a quien tienes que atar a ti —susurró Asher. Su diestra acarició con suavidad el mentón de la dama, elevándolo con suavidad para que lo mirara a los ojos—. Tienes las herramientas suficientes para que sea tuyo.

—No puedo hacerle eso a mi hermana.

—Ya se lo hiciste cuando te abriste de piernas para él.

Asher deshizo el agarre de inmediato. No era una persona justa,

pero no soportaba las mentiras. Había vivido alrededor de los silencios de Dominic y Landon mientras que su única aliada era su hermana Susan. Podía elevar las manos todo lo que deseara para llamar la atención de sus hermanos mayores: ni siquiera la peor atrocidad provocaría que lo integrasen en la familia.

—S-solucionaré todo esto, tu reputación volverá a ser la que era...

—No —respondió él de manera brusca—. Es una gran verdad que he sido parte de matrimonios, de noches de placer y he embelesado a mujeres intocables. Mi fama me precede. La única mentira que me condena es aquella a la que has dado voz. No necesito que construyas cimientos sobre tus caprichos, porque no pretendo cambiar por nadie.

—Asher.

—Los canallas como yo podemos ser de toda dama que susurra nuestro nombre, pero nuestra alma solo nos pertenece a nosotros mismos —reveló con suavidad—. Es una pena que no estuviéramos en la misma posición, pero no debería sorprenderme que un Ward sea la solución a un inconveniente de tan bajo estatus. Buenas tardes, lady Castelfield.

Asher giró sobre sus talones, soltó todo el aire que tenía contenido en su pecho desde que Dominic lo acusó de no tener solución. Reanudó su marcha en dirección a la salida con el único deseo de sumirse en un largo baño aromatizado con lavanda. Pero, antes de dejar atrás la casa de campo de los O'Kelly, se apresuró en encontrar a su ayudante de cámara.

«El pobre Ambrose habrá sucumbido al placer de la ruleta. Su familia me reprochará todo lo que haya gastado», pensó lejos de sentir culpa.

Sin embargo, cuando dio con él, no le encontró abrazado a un

capital que se negaba a perder. Ambrose, su joven e inocente ayuda de cámara, se había permitido nublar otro de sus sentidos. Lo supo cuando lo divisó en la parte más oscura del pasillo, aferrado a una dama de la que apenas podía ver su espalda. Su rostro estaba pegado a la pared en una orden silenciosa y exigente mientras que él aferraba su pelo con la diestra y se hundía en ella con tal decisión que Asher contuvo una sonrisa.

«Tenías razón, Dom, sería la peor influencia para nuestras hermanas. Aunque me encantaría ver tanto a Sue como Ireth sin dejarse doblegar por un hombre como él».

Cuando la *conversación* terminó para alivio de Asher, carraspeó para captar la atención de su ayudante de cámara. Este, rojo como la grana, abrochó su camisa de manera torpe entre disculpas; metió los bajos de la tela en su pantalón, aferrándolo a su cintura.

—Sabía que sería interesante tu compañía, Ambrie —dijo él rompiendo el silencio. Estaba apoyado en la pared, deleitándose con cada una de las excusas que se escapaban de manera torpe de sus labios—. Aunque no sé si me sorprende más que mi plan maestro haya funcionado o que una dama se desnudara solo por sentirte. ¿Quién es la afortunada?

—C-creo que deberíamos volver a casa —susurró él tragando saliva—. Asumiré mi culpa y me marcharé de...

—¿Culpa? De eso nada. Por fin tengo el privilegio de contar con un ayuda de cámara tan poco decoroso como yo mismo.

Asher rodeó sus brazos con su derecha y lo guio hasta la puerta. Tenían mucho camino hasta la mansión para sacarle algún que otro detalle de su pequeño encuentro, pero lo que más le agradaba no era la pobre joven que creyó que era un lord, sino que, tras un hombrecillo tan tímido, existiera un hombre tan pasional.

—Mis actos no han sido los más prudentes.

—Siempre puedes expiar tus pecados en la iglesia —dijo Asher como si nada—. Mientras, puedes decirme su nombre.

—No.

Él abrió la boca, ofendido.

—Soy tu lord —le recordó solo para chantajearlo—. ¿Quién mejor que yo para saber si es un buen partido o no?

—No es por confianza, sino porque me metería en un buen lío.

—Yo te protegeré —respondió una vez más ignorando sus deseos—. Su nombre.

Ambrose puso los ojos en blanco.

—No.

—Doblaré tu jornal durante seis meses si me lo dices —ofreció de forma jugosa—. Incluso tu familia podrá vivir en Downpour a partir de mañana mismo.

—Odia perder, ¿no es así?

—Me repugna la ignorancia —reveló con suavidad—, tanto como disfrutar de un jugoso cotilleo. ¿Qué me dices, Ambrie?

Él suspiró completamente derrotado.

—Sophie, l-la joven que reside en la mansión de los Hearthry.

Jamás un chisme le había resultado tan delicioso en el paladar.

Capítulo 8

Addie no solía actuar por impulsos. Estaba acostumbrada a lidiar con su sencilla vida con delicadeza y esmero. Saciaba sus inquietudes. Disfrutaba de la libertad que le proporcionaba su tío y escribía toda escena que pululaba por su mente.

Era feliz.

Nadie echaba por tierra sus esfuerzos por ser reconocida. Se permitía conectar con historias que, quizá a ojos de un marido, habrían sido reprobables y obscenas para una dama. Pero no tenía por qué dar explicaciones a nadie. Solía abrazarse a la pluma, el diálogo y la educación. Por eso la convivencia lejos de Londres le resultaba tan agradable e inspiradora para sus sentidos.

Hasta que Sophie aceptó la invitación a una de las novedosas fiestas del conde de Lifford con la intención de hacer contactos en la capital. Se dejó embelesar por un caballero sin nombre y, entre aquella cantidad de giros dramáticos de guion, que Asher Ward estuviera presente.

«No solo estaba bajo mi tutela, sino que me pareció una buena idea que no terminara sus días conmigo en Dashford», pensó con

una mezcla de enfado y culpa.

—Lady Hearthry.

La voz de uno de los sirvientes de la familia Ward la sacó por completo de sus pensamientos; se pellizcó el puente de la nariz, frustrada, y no se molestó en ocultar su enfado. Podría haberlo hecho, pero se había pasado parte de la madrugada lidiando con la ilusión de Sophie al olvidar su título y la preocupación de que su hermano mayor se enterara.

—No voy a esperar más a que lord Ward esté visible —advirtió con cautela—. Deseo verlo de manera inmediata, o si no me veré obligada a ser uno más de sus tantos escándalos.

El muchacho que recibía sus amenazas se puso tan firme como una vela. Abrió los labios, dispuesto a excusarse una vez más, pero Adeline lo ignoró para alejarlo de su deseo de enfrentarse a Asher. Sin pensarlo pasó por su lado entre súplicas que dejaba atrás. No iba a conformarse con una excusa y después marcharse a casa. Por eso, abrió con atrevimiento las dobles puertas del que debía ser su despacho mientras rezaba porque estuviera decente y no en una posición inadecuada.

Asher se encontraba tras la mesa de su despacho. Miraba con aburrimiento las misivas que recibía de Londres. La única que le interesó fue la promesa de Susan de que iría a visitarlo, por lo demás tan solo eran invitaciones que no podía aceptar.

El repiqueteo de los pasos de Addie hizo que levantara su mirada con suavidad, no esperaba visita, aunque tampoco le desagradaba su compañía. Había estipulado que nadie lo molestara, pero enzarzarse en una batalla dialéctica no le parecía del todo desagradable.

—Lady Hearthry —dijo de manera cantarina—. No recordaba haber quedado con usted para nuestras sesiones de intimidad.

—No me venga con esas, Ward —reprochó Addie acusándole con el dedo índice en señal de advertencia—. Sé muy bien dónde estuvo ayer.

—¿Y?

Asher acomodó la espalda sobre el respaldo de la silla, su postura era cansada, pero tenía esa perspicacia mientras levantaba una ceja.

—No sabía que le debía celibato.

Ella abrió la boca, contuvo su deseo de mandarlo al infierno. Era cierto que no le debía nada, no se quejaba de ello. Pero su temeridad provocaba que el plan que habían elaborado se fuera al traste.

—Usted y yo teníamos un acuerdo —recordó Adeline enfatizando con las manos. Era incapaz de no moverlas cuando estaba enfadada —. Me ayudaba y yo sería su prometida a ojos de todo el mundo.

—Así es.

—Me temo que, si se inmiscuye en reuniones de caballeros de dudosa reputación, donde todo el mundo sabe qué suele ocurrir allí, mancha también mi nombre —gruñó ella—. Y no sería nada creíble que deseara un futuro con usted. ¿Piensa que tengo tan poco seso para elegirlo en una situación así?

Asher no contestó. Su mirada ámbar seguía clavada en ella. No buscaba ningún detalle que fuera de interés, Adeline ya lo era de por sí, pero era cierto que se embelesó con la forma en la que apretaba sus diminutas manos; cómo retorcía los labios y resoplaba como una niña enfadada.

—¿No está tan enamorada para eso?

Él se levantó con lentitud.

—Ofende mi intelecto, milord.

—Su intelecto —repitió él disfrutando del sabor de cada una de

sus palabras—. Sin duda no le funcionó demasiado bien cuando mandó a su discípula a ser parte de una fiesta de té de *dudosa reputación*. Quizá yo no poseo la fama de ser un gran caballero, pero su imprudencia podría quebrar la bonita reputación que tienen los Hearthry.

«Cretino, sí lo sabía», pensó ella, molesta.

—Pensaba que era una reunión de jóvenes que promocionaba el conde de Lifford, pero me equivoqué. —Hizo una breve pausa—. Solo era una doble fiesta careciente de moralidad, donde...

—¿Donde se sucumbía al placer que tanto necesita en sus historias, milady?

—¡Me está haciendo enfadar!

Asher ladeó la cabeza.

—Es justo lo que busco. —Rio él—. Porque es de lo más placentero.

Addie sintió cómo sus mejillas se caldeaban. Era imposible lidiar con un hombre como él. Podría tratar cualquier tema de gran importancia y se lo tomaría con total diversión.

—Escúcheme bien, no soy ninguna de sus conquistas.

—Si lo fuera —respondió Asher acortando la distancia que existía entre ambos—, usted misma se habría quitado el vestido sin necesidad de pedírselo.

—Le aseguro que habría tenido que venir usted mismo a arrancármelo.

«Modera tu lenguaje, Addie. Estás enfadada y no piensas con claridad lo que dices», advirtió su subconsciente al ver como él se relamía el labio inferior.

—¿Es una invitación?

Ella tragó saliva, no se había dado cuenta de que su pecho subía y bajaba con vehemencia.

—S-Sophie es una princesa deseosa de libertad, milord.

—Admita que se equivocó —susurró tan cerca de su rostro que sintió el aroma fresco de su aliento—. Después de todo, las personas tienden a errar cuando creen controlarlo todo.

—¿Lo dice por experiencia?

Asher desvió la mirada.

—Especialmente cuando las consecuencias se convierten en una extensión más de uno mismo.

Addie quiso preguntar a qué se refería, pero el brillo perspicaz de Asher fue mitigando poco a poco hasta desaparecer por completo. Era como si se hubiera sumido en un recuerdo tan asfixiante que le había arrebatado parte de su personalidad. Cuando se percató de ello, chasqueó la lengua volviendo a aquel matiz que tanto solía molestarla.

—Si sabe de quién se trata debe decírmelo.

Asher se encogió de hombros.

—No suelo dar visibilidad a las fechorías de mis amigos, milady. Pero le aseguro que si su princesa tuvo un encuentro con él debió ser de mutuo acuerdo.

«Por supuesto, ¿qué va a decir un libertino?».

—Ate a sus amigos, Ward —respondió ella, agobiada—. Me encargaré de lidiar con el asunto sin necesidad de que la princesa Penélope tenga constancia de esto, pero controle a los suyos.

—Me encantaría decirle que puedo hacerlo —hizo una breve pausa, sus dedos acariciaban con lentitud la mesa de madera oscura —, pero las únicas cuerdas que suelo tocar no terminan alrededor de mis camaradas, sino de mis amantes.

Addie resopló tan avergonzada que la carcajada de Asher fue insoportable. Estaba disfrutando tanto con aquella conversación que no temía decirle cuánto le gustaba el placer carnal tanto dentro

como fuera del lecho.

—Por otra parte —carraspeó para captar su atención—, me debe mi lección de hoy, ¿puedo sentarme?

Él la reverenció de manera burlona mientras dirigía su mirada hacia su silla.

—Por favor, le ruego que utilice el trono que poseo en esta sala para lidiar con esta conversación, ¿Whisky?

—Un té, por favor.

Mientras Asher hacía llegar la orden a su servicio, Adeline organizó sus anotaciones sobre la mesa. Tras su última charla con Ward estaba segura de que el enfoque de su historia no era el más adecuado. Quizá la situación gritaba peligro, pero era demasiado dulce para dejar al lector sin respiración. Por eso había enfocado la novela en la visión del caballero: arrogante, decidido, con el dinero suficiente para no necesitar la dote de nadie para tener todo cuanto quisiera.

—Lamento decirle que no poseo dulces en Downpour —dijo Asher captando su atención—. Mi hermano ha despedido a mi servicio femenino y no soy muy amante de la única receta que saben hacer.

—¿De cuál se trata?

—Galletas de mantequilla.

Addie contuvo una carcajada.

—Debe estar pasándolo francamente mal.

—Una tortura —fingió él ofreciéndole su taza de té humeante y con pétalos de rosa blanca—. ¿En qué enfocamos la lección de hoy?

—H-he cambiado un poco la historia —comenzó a decir conteniendo el temblor de su voz—. Pensaba que sería interesante disfrutar de la visión femenina, pero creo que el papel del caballero es mucho más interesante. Estoy con su segundo encuentro en el

lecho, por supuesto... Me cuesta comenzar una escena de ese tipo desde su perspectiva.

Asher la observó pensativo mientras se acomodaba en el asiento que ella tenía delante; puso los pies sobre la mesa y dio un sorbo a su vaso de whisky.

—¿Cómo comenzaría desde la posición de la protagonista?

—Sería algo como: «Ella era incapaz de dejar de mirarlo. Se sentía embelesada, como una abeja que besa los pétalos de una flor. Estaba cautiva con su presencia, tanto que no se dio cuenta de que su lejanía tan solo era un sueño. Acarició sus mejillas con suavidad mientras preguntaba en silencio si podía besarlo».

Él no dijo nada en un principio, se preocupó de lidiar con el calor que emergía en su corazón, pero lo desechó en el momento que recordó que debía darle una respuesta. Dio un par de sorbos a su bebida hasta terminar con los retazos de líquido ambarino que quedaban dentro del vaso.

—Su protagonista muestra la parte más romántica de una relación —respondió Asher con suavidad—, debe combinarlo con el fuego de su caballero. ¿Cómo cree que reaccionaría él?

—Dada mi experiencia con la pluma, se permitiría besar.

—Si es un hombre con mucho poder necesita mayor lenguaje corporal. —Asher volvió a levantarse, rodeó la mesa para que su visión careciera de inconvenientes—. Un duque lo deja claro sin necesidad de decirlo en voz alta; obtendrá lo que desea de una mujer.

—¿Qué quiere decir?

—Se exhibe como el mayor premio y promete en silencio que esa noche no será como ninguna otra.

—¿D-de qué forma?

«No, Adeline, deberías descubrirlo boceteando en un papel

posibles escenas», se advirtió a sí misma.

Asher se mordió el labio inferior, intentaba controlar su lado más pícaro para lidiar con la conversación, pero le resultaba del todo imposible. La mujer que tenía delante era un claro ejemplo de temeridad, su curiosidad era más adictiva que lo estipulado como incorrecto para la sociedad.

¿Por qué él iba a perder la oportunidad de hacerla sonrojar?

Sus manos acariciaron las solapas de la chaqueta de su traje en tono camel; la deslizó por sus hombros en silencio y la dejó caer al suelo. Addie estaba atónita, parecía haber olvidado cómo debía dar voz a sus protestas. Sus ojos azules estaban clavados en la camisola que él sacaba de sus pantalones, no deseaba perderse ningún detalle de su maldito atrevimiento.

—La desnudez es una manera de declarar nuestras intenciones —susurró Asher casi sin aliento—. Nos permite disfrutar del cuerpo del otro como si fuera un cuadro recién expuesto en una galería de arte. ¿Cómo escribiría esto, Adeline?

Ella contuvo la respiración durante unos segundos, debía hacer todo lo posible para serenar los latidos de su corazón.

—«El duque retrocedió sus pasos notando la decepción en la mirada de la joven, pero no fue suficiente para que tomara la decisión de marcharse. Estaba embelesado por su presencia, incluso sentía un hambre atroz que descendía desde su pecho hasta la parte más ardiente entre sus piernas. Pero no se lo pondría nada fácil, porque...».

Asher tiró del pantalón con tal brusquedad que la tela cayó asustada sobre sus pies. No le importó dejarla abandonada a su suerte en el despacho. Estaba casi desnudo; con su camisa de lino aferrada hasta sus rodillas.

—Continúe.

Addie tragó saliva. Se percató de que no sentía ni un ápice de vergüenza al proporcionarle la visibilidad suficiente de su erección. Estaba excitado con su narrativa y la forma en que lo miraba, pero no lo diría en voz alta. Al menos no en aquel momento.

—«Porque no se permitiría tocar con tanta ligereza. No era un caballero que pasase por el lecho de muchas jóvenes; elegía a aquellas que lo dejaban por completo sin respiración. Y si iba a ser una noche larga, se permitiría disfrutar del dulce roce que la dama le proporcionaba cada vez que encogía las piernas...».

Asher cogió ambas puntas de su camisola, la elevó por encima de su cabeza, proporcionándole la imagen más erótica y deseable que jamás había visto. Estaba desnudo. Sin un ápice de ropa que pudiera ocultar los cincelados músculos que se escondían bajo el traje, las rugosas cicatrices que tenía en el brazo y la rodilla por haber sido un niño bastante travieso, y la maldita erección, húmeda debido al deseo y de la que goteaba de manera sutil su líquido preseminal.

«Es como admirar al mismísimo Heracles cincelado en mármol», pensó Addie sonrojada.

—E-esto no era necesario, milord —susurró ella a modo de excusa—. Debía ayudarme con la historia, no regalarme una parte de usted que no me corresponde.

—¿Y qué presente le estoy dando, Adeline Hearthry?

Ella carraspeó.

—Su desnudez.

Asher se inclinó sobre ella, apoyó la diestra sobre la silla con el único deseo de tenerla más cerca. La distancia quedó reducida a cenizas. Adeline podía notar el olor amaderado de su piel; disfrutaba de su respiración jadeante cada vez que elegía sus palabras y se sentía tentada de que su mano alcanzara su erección solo para

deslizar la humedad que nacía en su glande hasta su base. Podía imaginar sus gemidos mientras acariciaba de arriba abajo la fuente de su deseo. La visualizaba dura, en busca de un poco más de cariño mientras ejercía un delicioso vaivén sobre ella.

Tenía que parar de dar rienda suelta a su imaginación o se volvería loca.

—Diría que no ha visto demasiada desnudez en su vida como para describirla, milady —susurró él sonriente—. Poco me importaría mostrarle cómo los dedos de sus pies pueden llegar a contraerse si mis manos acarician su sexo. Dígame, ¿está tan húmeda como imagina mi mente?

—Asher —dijo entre dientes.

—¿Lo está?

Adeline cerró los ojos para serenarse, tenía que dejar a un lado el dolor existente entre sus piernas, pero era tan difícil negarse a su presencia que le encantaría ceder ante el placer.

—S-sí.

Él soltó un gruñido en respuesta.

—Dígame, ¿cómo continuaría su historia a partir de este preciso instante? —Quiso saber—. ¿Qué haría su duque desnudo frente a su dama? Deseo que me narre tal momento.

—Por favor —rogó Addie presa de la excitación.

—Cuénteme su historia, Adeline.

—«El cuerpo del duque no parecía hecho de carne y hueso —narró derrotada mientras se recordaba lo inadecuado que era abrir sus piernas en aquel momento—. Era de mármol, deseo y cenizas. Sintió cómo su garganta se secaba cuando su mirada quedaba fija en su deliciosa erección. Podría haberlo invitado a su interior, pero la embelesaba tanto verlo así solo para ella, que levantó su falda para regalarle la visión de sus pliegues henchidos y húmedos por su

culpa».

Las piernas de Addie se fueron abriendo poco a poco como si fuera un abanico. No mostró su total desnudez; solo sus tobillos y partes de sus piernas. Pero fue suficiente para que Asher hincara las rodillas a la altura de su entrepierna. En silencio, se permitió rozar la piel de sus muslos; dejó que sus pulgares trazaran círculos cerca de sus pliegues mientras tragaba cada jadeo que hacía vibrar las cuerdas vocales de la joven que tenía sentada sobre su silla.

—Continúe —insistió de manera ronca una vez más.

Ella se mordió el labio con tal fuerza que sintió un sabor metálico en el paladar. Aunque ni siquiera aquel gesto la hizo detenerse.

—«La dama, abrazada a la inocencia, se permitió explorar su cuerpo delante del duque. Índice y pulgar jugaban con la parte más ardiente entre sus piernas mientras los gemidos se convertían en la melodía de aquel frenético encuentro».

—No, no me agrada.

—¿C-cómo dice? —preguntó Addie casi sin aliento—. ¿Qué no le gusta?

Asher rio con diversión.

—Pretende que su protagonista se convierta en un pastel que no se puede degustar, pero una vez que las barreras caen, milady, la dama se convierte en el postre del duque. Y yo, aunque no posea tal título, me niego a quedarme con hambre.

—¿Q-qué?

Asher hundió los dedos en la piel de Adeline, tiró sin ningún miramiento de sus piernas, exponiendo su redondeado trasero mientras acomodaba los pies sobre los reposabrazos. Ella sintió una profunda vergüenza al notar cómo sus pliegues se abrían como las páginas de un libro para ser leído en cualquier momento. Cuando quiso preguntar acerca de qué haría con ella al exponerla de aquella

manera, todo pensamiento se evaporó de su mente. Una sensación desconocida deshizo cada una de las barreras que utilizaba contra el mundo. Era dulce, refrescante y le provocaba una mezcla de cosquillas y calor en el punto más sensible de su cuerpo. Addie lo sintió una segunda, tercera y hasta cuarta vez, hasta que se dio cuenta de que la lengua de aquel caballero era la culpable de sus deseos más oscuros.

Ella gimió presa de la pasión y todo dejó de existir a su alrededor.

Capítulo 9

Las frases se escribían en su mente con la misma fugacidad que se creaban los pensamientos. Iban deprisa, como si estuvieran apeadas sobre un carruaje que necesitaba llegar a su destino. Addie era consciente de que la inspiración que experimentaba era una auténtica utopía. Las sílabas se unían a tal velocidad que necesitaba volver atrás para comprender cómo su protagonista había tomado el descaro de arrodillarse ante su dama. De regalarle tal cantidad de palabras sucias que incluso se erizaban partes de su cuerpo que ni siquiera conocía. Pero lo que no concebía era que cada una de las sensaciones que experimentaba estuviera en su piel, concretamente en la parte más húmeda y henchida.

Asher era un zalamero. Un canalla; un libertino ajeno a cadenas. Y no había tenido ningún reparo en besar sus labios inferiores. Tampoco en introducir la punta de su lengua, dibujando círculos entre sus pliegues solo para embriagarse del sonido de sus gemidos.

—¿Qu-qué está haciendo? —susurró Addie casi sin aliento—. Nuestra lección era solo de palabra y no de acción.

—Es usted una dama muy interesante, lady Hearthry —comenzó

a decir él alejándose unos milímetros de su sexo solo para besarlo con más ímpetu y hacerla temblar—. Sus modales son evidentes, tanto como su poca experiencia en temas conyugales. ¿Quién mejor que yo para mostrarle los variopintos caminos del placer? Quién sabe, quizá su libro pueda convertirse en una gran venta.

—Su poca vergüenza también.

Asher rio a carcajadas ante su respuesta; elevó con ligereza su mentón solo para mirarla.

—¿Ve? Por eso considero que usted es demasiado atrayente.

Adeline tragó saliva. Estaba nerviosa, sus piernas temblaban como si el frío se hubiera enquistado en su cuerpo.

—Los sucesos de mi historia no deben trascender a la realidad.

—¿De verdad desea que pare?

Suspiró.

—¿Lady Hearthry? —insistió Asher una vez más—. ¿No siente ningún interés en que disfrute de su sabor? ¿Padece tal desagrado hacia mi persona que se niega a que su cuerpo sacie su curiosidad?

—No voy a terminar en la cama con usted —respondió orgullosa.

Él ladeó la cabeza sin perder la diversión en ningún momento.

—Siempre nos quedará la silla de mi despacho, la alfombra, el alféizar de la ventana, entre otras estancias de Downpour.

Addie se sonrojó de inmediato. Era tan fácil llevarla del enfado al deseo que ni siquiera se molestó en esperar una protesta a cambio. Estaba excitado, tanto que se limitó a inclinarse ante ella como un vasallo lo hacía con su rey. Movió sus labios sobre su excitado centro con tanta hambre que no tuvo reparo en disfrutar de sus gemidos: si tenía que aferrarse a su asiento e hincar las uñas sobre los reposabrazos, gozaría las marcas cada vez que estuvieran dentro de su campo visual. Pero iba a saciar la necesidad que tenía de ella. Porque le había agradado tanto que lo enfrentara desde el primer

instante que se habían conocido, que iba a hacer todo lo posible por hacerla suplicar su nombre.

Y qué mejor forma de hacerlo que a través de sus fantasiosas historias.

—E-estoy hablando muy en serio, milord —advirtió todo lo firme que le permitió la situación—. Usted y yo solo tendremos una mentira.

—La mentira más dulce que jamás haya vivido.

—¡Asher!

Protestó Addie con tal frustración que él aprovechó para trazar pequeños círculos sobre su clítoris. Lo hacía con mimo, quizá con la suficiente lentitud para verla retorcerse sobre la silla.

Él chasqueó la lengua, pensativo.

—Quiere detalles de la reacción de un caballero desalmado y yo pretendo dárselos.

Su risa le hizo cosquillas entre los muslos, tanto que cuando quiso quejarse volvía a torturarla con besos húmedos entre sus pliegues; deliciosas caricias con su índice y pulgar mientras intentaba recordarse por qué dejarse seducir por él era una mala decisión.

—¿No me permite mostrarle un pequeño encuentro entre dos amantes como los de su libro? —Hizo una breve pausa—. Prometo no hacerle perder demasiado la cordura.

Los pensamientos de Adeline fueron mitigándose poco a poco. Había pasado de decirse a sí misma cada uno de los inconvenientes de explorar ese placer, aunque fuera una sola vez.

¿Estaba mal si lo hacía?

No estaba casada ni pretendía estarlo nunca. La familia Hearthry era lo suficiente extensa para que otro perpetuara el apellido. Además, aparte de su tío nadie estaba pendiente de su presencia.

¿Era malo dejarse caer ante la tentación de tener a un hombre como Asher Ward postrado ante ella?

—U-un poco —susurró tan avergonzada que quiso esconderse entre sus manos—. Lo necesario para que no...

—Entiendo —la cortó de inmediato él—. Vuestros deseos son órdenes para mí, milady.

Las palabras sobraron en aquel despacho. No eran necesarias las batallas dialécticas. Tampoco las lecciones con matiz dudoso en el que se habían visto envueltos. Lo único que florecía dentro de aquellas cuatro paredes eran las súplicas de Adeline; los ligeros movimientos de sus caderas cada vez que Asher se saciaba de su sabor. Los gemidos anhelantes de más placer cada vez que introducía un dedo en su interior, comenzando un dulce vaivén que le nublaba la vista.

Addie estaba segura de algo.

Jamás había descrito en ninguna de sus historias que la intimidad entre dos personas podía ser tan estimulante. Era erótica, por supuesto, pero solventaba ese pequeño sentimiento de soledad que a veces la embriagaba. Cada caricia no solo la invitaba a rogar por otra, sino que la llevaba a bailar alrededor del abismo.

Asher se levantó tan jadeante como podía estarlo ella, acarició su erección como si se tratase del pincel que siempre acompañaba al artista. Presionó con suavidad su glande deslizando su humedad hasta la base, pero no se conformó con regalarle aquella imagen que la perseguiría durante días. Con lentitud fue guiando aquella parte de su cuerpo al centro de su deseo; lo rozó con tal agonía que Adeline se retorció de placer.

—No la meteré, solo quiero... disfrutar esto un poco más.

Ella no respondió. No tenía fuerzas para decirle que no fuera tan mal hablado en un momento como aquel. Prefirió centrar su

atención en aquel vaivén que se deslizaba por sus pliegues; que llegaba a su hendidura y, cuando creía que entraría en su interior, seguía con su recorrido.

Maldita sea, se estaba volviendo loca.

—Adeline —gimió él inclinado sobre su cuerpo—. Tu perversión te llevará de camino a la perfección.

Sus palabras la molestaron, tanto que no se achantó. Addie, temblorosa, alzó una de sus manos en dirección a su cuello; lo aferró con fiereza juntando su frente con la suya.

—Entonces vayamos juntos, milord.

No hubo quejas, tampoco palabras que eclipsaran aquel momento. Adeline cerró los ojos y se dejó llevar por aquella dulce sensación que trajo consigo una liberación que jamás había sentido.

Era más de mediodía cuando Addie volvió a casa tan enrojecida que los sirvientes sintieron preocupación por su aspecto. Ella intentó no darle demasiada importancia, pues se encontraba tan enfadada como avergonzada consigo misma.

¿Por qué había cedido a aquel horrible deseo de tocar el orgasmo en brazos de Asher Ward?

No lo sabía, pero tampoco quería encontrar la respuesta a la pregunta.

—¿Addie?

La voz de Sophie la sacó por completo de sus pensamientos. La temperatura en la casa no se diferenciaba demasiado de la que poseía su piel. Una ligera capa de sudor envolvía el cuerpo de su aprendiz, que se encontraba sentada en el diván de la estancia de tonos azules donde solían tomar el té.

«No he considerado que no podía esconderme aquí como hacía antes», pensó Adeline angustiada.

—¿He interrumpido tu descanso? —preguntó ella dedicándole una disculpa silenciosa—. El calor de Dashford hoy es tan insoportable que he preferido ignorar mi despacho hasta que se esconda el sol.

—Siempre es un placer compartir una taza de té contigo —sonrió Sophie invitándola a sentarse con un ligero movimiento de su mano derecha—. ¿Dos de azúcar?

—Que sea uno esta vez.

Sophie se removió inquieta sobre el diván. Estaba ligeramente tumbada cuando Addie irrumpió de manera estrepitosa en su silencio, pero no le molestó en absoluto. Siempre le agradaba su compañía, no solo porque la admirara como escritora sino porque tenían gustos bastante parecidos. Pero, en aquella ocasión, le dio la sensación de que estaba más perdida en sus pensamientos que de costumbre: apenas hablaba, mantenía su mirada en un punto fijo y jugueteaba con sus pies.

—¿Has ido a ver al señor Ward?

Adeline la observó de soslayo y asintió.

—No tenías que haberme defendido —respondió ella dejando la taza de porcelana sobre la mesa—. Me he pasado la vida atendiendo las necesidades de mi madre. Mis hermanos siempre me advirtieron que dentro de la alta sociedad existen matices grises que manchan nuestra reputación, pero tomar una decisión errónea jamás me hizo sentir tan viva.

—¿Y si ellos descubren lo que ha ocurrido?

Sophie encogió los hombros.

—¿Y qué harán? —inquirió ella con cierta despreocupación—. ¿Casarme? Era un destino con el que debía lidiar si no me permitían vivir contigo. No me arrepiento de perder el control. Fue tan gratificante.

«Pienso lo mismo», se dijo Addie a sí misma.

—Las mujeres estamos tan acostumbradas a encajar la perfección como una extensión más de nuestro cuerpo que, cuando fallamos, pensamos que nuestra vida se acaba.

—Cierto —susurró Sophie—, pero si me permites un consejo, ten cuidado con Asher Ward. Su fama no solo baila alrededor de Novallie Castelfield. Es un galán con todas las letras y puede que desee que seas una de sus tantas conquistas. No deberías enfrentarlo a solas.

—Soy una mujer adulta que puede ocuparse de sus propios asuntos.

«Eres una gran mentirosa, Adeline», se reprochó una vez más.

—Aun así —intervino nuevamente su discípula; sus cejas estaban tan cerca que parecían una sola—, no dejes que te engañe.

—No lo haré.

La preocupación no tardó en enquistarse en el corazón de Adeline. Aquel encuentro, si salía a la luz, repercutiría en su invisible imagen. No debía inquietarle demasiado, pues Dashford consideraba que había fallecido hacía tanto tiempo que su tío hablaba con su fantasma.

«Ahora que lo pienso, ¿dónde está Gilbert?».

—¿Mi tío ha salido?

Sophie levantó la mirada.

—Está reunido.

Ella engurruñó la nariz, extrañada.

—¿Has visto de quién se trataba?

—El servicio me ha informado de ello —explicó Sophie tan perdida como ella—. Me pidieron que no molestara al señor Hearthry durante unas horas.

—Mi tío no suele tener visitas —aclaró Addie—. Nuestra relación con la familia tiende a ser inexistente y sus negocios siempre se

resuelven a través de misivas o breves viajes fuera del pueblo.

Adeline se levantó de su asiento, alisó la falda de su vestido y se encaminó hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—Tengo curiosidad, ¿nunca sacias la tuya?

Sophie abrió la boca con sorpresa.

—¡Ya no somos unas niñas!

—Las damas también solventan su necesidad de un buen cotilleo —dijo divertida mientras le hacía un gesto para que la acompañara —. ¿No vienes? Te lo perderás...

Ella suspiró derrotada.

—¿Cómo podría decir que no si me lo ruegas de esa manera?

Addie rio victoriosa, abrió la puerta y se sumieron en la tenue luz del pasillo.

Por segunda vez en el día, se alejaron de la perfección.

Capítulo 10

Las risas amortiguadas de las dos damas hicieron que la mansión retrocediera en el tiempo. El repiqueteo de sus pasos mezclado con las amonestaciones de Sophie para que su mentora guardara silencio fue como un juego de niñas para ambas. Addie se sintió tan ligera como una pluma. Estaba acostumbrada a ataviarse con la piel de señorita culta y educada delante de su tío, pero resultaba tan refrescante desvestirse de cada adjetivo relacionado con el género femenino que olvidó por completo que correteaba, se escondía tras la barandilla de la escalera y buscaba cualquier señal que le revelara quién era la visita de Gilbert Hearthry.

—¿Oyes algo? —preguntó Sophie asomando la cabeza—. Las dobles puertas del salón están cerradas.

—Son finas como el papel —aclaró Adeline con aquel tono sabiondo que usaba cuando estaba segura de algo—. Después de todo ninguno de mis parientes ha querido mantener esta casa.

—¿Puedo saber el motivo?

Suspiró.

—Para los Hearthry es mucho más importante alcanzar el poder

que tienen los Ward haciéndose grandes en sociedad que pasando tiempo en el campo —admitió Addie encogiendo los hombros—. No hay felicidad sin dinero, tampoco sin venganza.

Sophie la observó de soslayo, sabía bien que no hablaba de sus padres; tampoco de sus tíos ni abuelos. Era como si Gilbert y Adeline fueran una familia aparte, que poco tenía que ver con la gran prestigiosa familia Hearthry.

—¿Echas de menos la unión que destaca a los Ward?

—No.

Los labios de Sophie se abrieron, sedienta de curiosidad. Había llegado a Dashford con la intención de vivir como una joven más al lado de la mujer que más admiraba en el mundo. Quería conocer cada detalle de ella. Porque no comprendía cómo se aferraba a la soltería sin miedo a ser juzgada ni tampoco a quedarse sola. Estaba acostumbrada al continuo comentario sobre la perpetuación del linaje y le costaba asimilar una postura que tanto le asombraba. Sin embargo, las palabras se quedaron atascadas entre sus cuerdas vocales; el murmullo de una conversación en la planta inferior tenía a ambas en vilo.

Addie centró cada uno de sus sentidos en las dobles puertas que podía ver con total claridad desde su posición. A sus oídos llegó una conversación, no demasiado nítida, pero de la que podía deducir cómo su tío hablaba con una mujer. Extrañada, descendió un par de escalones. Su tío había escapado de un matrimonio polémico un poco antes de que se hiciera cargo de ella. Desde entonces no había sentido ningún tipo de interés en volver a casarse: no llevaba visitas, no buscaba esposa, tampoco se rumoreaba que tuviera amantes. Era un hombre respetable, incluso si a ojos de su familia no terminaba de serlo del todo.

La puerta se abrió de repente provocando un respingo tanto en

Sophie como en ella. Gilbert entró en su campo de visión. Vestía un traje azul oscuro de botones plateados con un pequeño corbatín del mismo tono. Tras él, una muchacha que jamás había visto iba de la mano de dos niños que no tendrían más de cinco años; una dama de unos dieciséis a su espalda acompañada de un caballero que tendría algunos más que ella.

«¿Qué significa todo esto? ¿Mi tío tiene una familia?», se preguntó a sí misma al ver cómo acariciaba la mejilla de la mujer.

Addie se fijó más en sus facciones. Tenía el pelo en tono castaño tan claro que, a la luz, tomaba un matiz casi rubio. Las líneas de su rostro eran finas y delicadas, como si hubieran sido esculpidas por los mismísimos dioses. Pero lo que más llamó su atención fueron sus ojos azules tan similares a los suyos.

—Prométeme que tendrás cuidado —dijo Gilbert inclinándose sobre los niños—. Portaos bien, pequeños granujas.

Los niños se abalanzaron sobre él con tanta impulsividad que su tío cayó al suelo. A Adeline le resultó extraño que la calma que siempre se dibujaba en su rostro no estuviera por ninguna parte; aferraba a los pequeños con tal impotencia que se le encogió el corazón.

—Podrías venir con nosotros —dijo la joven que acompañaba a su madre—. Siempre dices que lo harás, pero prefieres esconderte aquí y rogarnos que nos vayamos.

—No puede ser de otra forma, Lisbeth —suspiró él levantándose con los dos niños entre sus brazos—. Si lo hiciese ahora no estaríais a salvo.

Ella torció los labios con molestia.

—Tan solo dices eso para que sigamos esperando tu regreso. Tu egoísmo me causa impotencia, padre.

«¿Padre?».

—Escúchame bien, Elizabeth —comenzó a decir Gilbert para que su hija levantase la mirada—, pronto tendrás la oportunidad de acceder a la sociedad y te darás cuenta de qué difícil es si no fuera por el apellido Blackford que posees. Busca a alguien que te ame, que te dé la estabilidad que necesitas.

—Y que tú no has dado a esta familia, ¿no?

—Lisbeth —advirtió su madre soltando un pequeño suspiro—. Algún día comprenderás cuán difícil fue tomar esta decisión. Por el momento permite que tu hermano y yo guiemos tus pasos.

Elizabeth dirigió una fugaz mirada al hombre que tenía a su lado, frunció el ceño y se cruzó de brazos en señal de protesta, pero no volvió a decir nada.

—Gil —susurró una vez más aquella mujer; sus manos acariciaban el rostro de su tío con tal delicadeza que rogaba por grabar cada detalle en ellas—. Mi corazón continuará esperándote.

—Lo sé, mi amor.

Ellos sellaron su despedida con un beso que debió saberles a poco, pero no dijeron nada al respecto. Gilbert se mantuvo estático en el mismo lugar mientras sus *hijos* se marchaban en silencio y sin girarse ni una sola vez para despedirlo.

—¿T-tío?

Addie rompió aquel extraño silencio. No sabía si tenía derecho a inmiscuirse en lo que acababa de ver. Supuso, mientras se levantaba y le facilitaba su posición, que Sophie pensaba exactamente lo mismo, porque recordó que debía estar en un lugar totalmente diferente.

—¿Estabas escuchando? —susurró él, no con enfado, sino con profunda derrota—. No te enseñé eso, Adeline Rachel Hearthry.

Ella bufó molesta al escuchar su segundo nombre, pero se limitó a descender las escaleras hasta llegar a su encuentro.

—¿Qué significa todo esto?

—No me cambies de tema —advirtió con la molestia en sus palabras—. Podría preguntarte por qué has ido a Downpour por tu cuenta cuando sabes bien que Asher Ward desea convertir esto en una caza de damas.

—Le diste permiso para cortejarme.

Gilbert suspiró.

—No me quedaba otra opción —respondió frustrado mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. Me prometí a mí mismo que te protegería de tu destino al lado de mi hermano, pero he priorizado mi corazón antes que el tuyo. Lamento mucho haberte fallado, Addie.

—¿Qu-qué quieres decir?

Adeline se temió lo peor. Su mente tan creativa como de costumbre imaginaba miles de escenarios donde era obligada a casarse a la fuerza. Abrumada, retrocedió un par de pasos. Quizá, aquello que había hecho con Asher Ward no era apropiado, pero no le daba motivos para considerarla de su propiedad.

—¿Recuerdas esa parte de nuestra familia que tu padre considera una aberración?

Addie asintió con suavidad.

—Son Hearthry bastardos. —Hizo una pausa—. Para padre eran descendientes sin apellido.

—La mujer que acabas de ver es Beatrice Hearthry —reveló su tío un poco avergonzado—. Nunca he amado tanto a una persona como la amo a ella. Hace años que nuestra historia comenzó por casualidad, pero jamás pudimos estar juntos.

—¿Esos niños son...?

—Así es —interrumpió Gilbert metiéndose las manos en los bolsillos—. Mis cuatro hijos y a ninguno lo he visto crecer. Un buen

amigo mío me hizo el favor de proporcionarle un hogar y un apellido, pero murió hace unos años. Bice ha vuelto a Londres con la esperanza de que los Ward y los Hearthry no den importancia a su presencia, pero Asher Ward me dejó bien claro que sabía que estaba aquí.

«Ahora entiendo por qué cedió ante la presencia de Asher. Lo chantajeó con decir que Beatrice estaba en Londres», Addie torció los labios tan molesta que no se percató de que apretaba los puños.

—Deberías marcharte con ella —tragó saliva, nerviosa—: elígela. No. Elígete por una vez en la vida, tío. ¿Qué puede pasar?

—No voy a dejarte sola.

—Sophie estará conmigo un tiempo —explicó para aliviar la tensión que se ceñía a sus hombros—. No necesito nada más. Es más, si la princesa desea que vuelva a casa, yo me encargaré de que así sea.

Gilbert acortó la distancia que existía entre ellos, tomó su mano dando un pequeño tirón para estrecharla entre sus brazos. Addie soltó el aire que llevaba conteniendo desde que había comenzado aquella conversación. No se había dado cuenta de que temblaba como solía hacerlo una niña cuando tenía un mal sueño.

—No eres la pieza clave para crear un imperio —susurró su tío depositando un beso sobre su coronilla—. Eres una dama tan inteligente y hermosa que me siento un auténtico privilegiado de haber cuidado de ti durante este tiempo. No eres *prescindible,* Addie. Eres el mundo que necesitaba para salir de la mansión de los Hearthry.

—No quiero que sufras.

—Mi dolor —respondió Gil sin alejarla de su pecho— no tiene nada que ver contigo. El destino me lo puso tan difícil que debo seguir luchando en silencio hasta que pueda escribir mi final con mi

propia pluma.

La conversación con su tío le impedía abrazarse a Morfeo. Por más que había intentado cerrar los ojos con todas sus fuerzas, el sueño no era capaz de vencerla. Frustrada se levantó del lecho con algunos mechones rubios adheridos a su rostro. Esa noche, a pesar de haber refrescado un poco, Addie sentía demasiado calor.

«No ha sido el destino el que ha atado a mi tío a esta situación, sino mi padre y yo misma», pensaba una y otra vez.

Agobiada, se atavió con una fina bata de seda blanca y descendió las escaleras con el deseo de recibir un poco de aire fresco. No era demasiado sensato que saliera de noche, pero necesitaba reducir a cenizas toda inquietud que aceleraba su corazón. Porque no importaba si intentaba leer, escribir unas líneas o maldecir a Asher por sus amenazas a Gilbert: era imposible que esa sensación de asfixia desapareciera de su pecho.

El manto oscuro repleto de estrellas le permitía tener la suficiente luz para visualizar sus pasos. Adeline no tenía un rumbo en concreto, tan solo paseaba por las tierras de su familia buscando una decisión justa en su mente. La tenue brisa, fresca y húmeda intentaba hacerse paso dentro de su piel, pero su cabezonería tan solo le permitía aferrarse a la bata mientras caminaba y caminaba.

Cuando se percató de que su hogar quedaba demasiado alejado, deslizó la mirada a su alrededor para intentar reconocer cualquier árbol o detalle del camino a casa. Inquieta, su corazón le advirtió del peligro; latía con tanta fuerza que tuvo que susurrarle porque le diera un poco de tregua.

¿Por qué había sido tan insensata de actuar de manera impulsiva?

—¿Lady Hearthry?

El repiqueteo de unos pasos hizo que se pusiera en alerta. Había escuchado que alguien se dirigía a ella, pero las estrellas no le permitían ver su rostro. Asustada, retrocedió unos pasos queriendo cerrar los ojos y despertarse en su alcoba de nuevo.

Pero no sería así.

—N-no estoy sola —amenazó al aire como si fuera creíble con el temblor de su voz—. Le aseguro que mi compañero va armado y le disparará si pretende hacerme daño.

El silencio fue su única respuesta los primeros minutos. Addie creyó que la breve conversación habría llegado a su fin; giró sobre sus talones e intentó retroceder sobre sus pasos. Sin embargo, no contaba con que aquel hombre la agarraría del brazo, que la haría tambalearse hasta chocar con su pecho y que la zarandearía mientras forcejeaba asustada.

—Sería más fácil cazar a una serpiente de cascabel antes que a usted, ¿puede hacer el favor de calmarse?

—¿Señor Ward? —preguntó casi sin aliento.

—El que viste y calza —respondió con el orgullo latente—. ¿A quién esperaba encontrar? ¿A un monstruo invisible en sus tierras? Me temo que ha leído demasiadas historias que, le recuerdo, son ficticias.

Addie se zafó de su agarre, molesta. Si él no hubiera amenazado a su tío con revelar la verdad, no tendría tantas ganas de atizarlo.

—¿Qué se supone que hace usted aquí? Me temo que la noche no es solo mía, abarca todo Londres en este momento.

Asher se encogió de hombros, no podía percibir con exactitud qué ropa vestía, pero se alegraba de que no vislumbrara su camisón de satén blanco.

—Debo confesarle que he escapado de mi propia casa —reveló él en una mezcla de ironía y carcajadas—. ¿Cómo es posible que haya

salido a hurtadillas de mi propio hogar con el fin de que mi servicio no alerte a mi hermano?

Ella parpadeó perpleja.

—¿Lo está diciendo en serio?

—Salí por el jardín trasero. —Chasqueó la lengua como si no hubiera tenido más opciones—. Una auténtica odisea, me temo. Pero en mi defensa le diré que solo quería tomarme una copa en Dashford, hacer amistades y volver a casa.

—Por supuesto. Si ese fuera el motivo no estaría vigilado por Dominic, pero usted puede pensar lo que quiera.

—Podría acompañarme.

Addie abrió la boca dispuesta a protestar.

—¿Perdón? Creo que acabo de entender que desea que lo acompañe a la taberna a beber un trago mientras busca la víctima de esta noche.

—Qué inteligente es usted —respondió Asher con efusividad—. Lo ha comprendido perfectamente.

—¿Se piensa que he perdido la cabeza?

Él chasqueó una vez más la lengua. Había llegado a la conclusión de que, cada vez que lo hacía, era porque buscaba una alternativa diferente para escapar de sus problemas. Un pequeño cosquilleo hizo que Addie se percatara de que sostenía su mano con cautela.

—Jamás osaría poner tales palabras en mi boca —enfatizó con una fingida seriedad que la hizo reír—, pero teniéndola como compañía no buscaría a nadie más. Así que podría acompañarme a tomar esa copa.

—No estoy vestida para la ocasión.

Asher elevó una de sus finas cejas castañas.

—¿Por qué? No puedo verla con claridad.

—Porque... he salido en camisón a pasear. No sería adecuado

que apareciese así en la taberna.

Silencio.

—Tiene toda la razón —respondió él con tanta lentitud que le dio la sensación de que hacía todo lo posible para extender aquella conversación—. No deberían verla en paños menores, pero conozco un lugar un poco más tranquilo y no está demasiado lejos. ¿Me acompañaría?

Aquella propuesta no parecía hecha por Asher Ward, sino por el mismísimo diablo que intentaba despertar su curiosidad. Addie se mordió el labio inferior sin saber qué hacer. Estaba molesta con él por haber chantajeado a su tío, pero por otra parte sentía la necesidad de saber qué escala de grises coloreaba cada una de sus acciones.

—¿Y qué me dice de su presencia? —inquirió ella—. ¿Estoy acorde para su compañía?

—¿Lo dice por su atuendo de cama? —preguntó Asher con tal despreocupación que se limitó a aferrar su muñeca—. Le recuerdo que la he tenido abierta de piernas en mi despacho. ¿De verdad importa si el satén que cubre su cuerpo muestra demasiado? He visto todo lo que deseaba y anhelo volver a ver. Por mí es bienvenida a pasearse desnuda de mi mano, pero le aseguro que no siento ningún interés en no ser el único en disfrutar de las vistas.

El violento calor que recorría cada centímetro de piel de Adeline parecía dispuesto a estallar en llamas. Jamás había sentido tal presión entre sus piernas, como si la parte más sensible de su cuerpo le rogara por un poco de fricción antes de volver a la cama. Pero lo que más la avergonzaba era que habría cedido a su capricho solo para disfrutar de la desesperación de un hombre postrado ante el cuerpo de una dama como ella.

«Soy una desvergonzada».

Addie entrelazó los dedos con los de Asher y, antes de que pudiera dedicarle algunas palabras, se limitó a seguir sus pasos, convirtiéndose en una leyenda más de las tierras de su familia. Era lo que ocurría cuando vestía de blanco a altas horas de la noche.

Capítulo 11

Addie no debía estar sorprendida de que los Ward tuvieran poder en todas partes. Tampoco de que, a pesar de la fama del caballero que la acompañaba, lo reverenciaran con una mezcla de orgullo y cortesía. El lugar al que la había llevado no tenía nada que ver con una taberna. Era una pequeña casa de campo que una vez debió pertenecer al servicio de una familia adinerada. Lo supo porque, cuando Asher la invitó a entrar al diminuto pasillo, se encontró con una estancia que debió ser un pequeño salón; las mesas salpicaban por la habitación imitando las de un pequeño club exclusivo y que no todo el mundo conocía. Había un muchacho no mayor que ella que servía a los presentes en silencio y con una profunda elegancia; el crepitar de las llamas que danzaban en la chimenea se convertía en parte de la melodía de la noche, mezclándose con las notas graves del violín que tocaba un caballero con nostalgia y con su copa de oporto sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó asombrada.

—Dominic no solo me ha desterrado —explicó Asher mientras acomodaba una de las manos sobre su espalda—, también ha

considerado que tengo suficiente con Downpour y no necesito capital. Así que he corrido la voz entre gente pudiente y que sabe guardar un secreto para dar a conocer este lugar.

Addie se abrazó a sí misma. Podía ser muy valiente para enfrentar toda situación que se le pusiese delante, pero sus pechos se vislumbraban a través de la tela; sus pies estaban desnudos y su largo cabello rubio danzaba al compás de sus pasos.

Si la descubrían iba a ser el escándalo más horrible al que se enfrentaría su familia.

Incluso peor que el secreto de su tío.

—No estoy en condiciones para que otro caballero me vea, milord.

—Ya le dije que no siento interés alguno para que alguien disfrute de *lo mío* —recalcó aquellas últimas dos palabras inquietando a su corazón.

«Quizá no esté muy abarrotado, pero hay varios caballeros en la sala, aunque es cierto que poco les importa mi presencia».

—Que sea su compañía esta noche no significa que le pertenezca, señor Ward —recordó Adeline con fingida aspereza—. Espero que se disculpe por sus palabras. Son de lo más inapropiadas.

Asher deslizó la mirada en su dirección. La mujer que lo acompañaba era como una auténtica tempestad. Podía parecer débil, similar a las primeras gotas de lluvia que humedecían el campo, pero no tenía ningún reparo en alzar la voz, rompiendo el cielo en mil pedazos.

—No quiero ofenderla —comenzó a decir él con una sonrisa haciéndole cosquillas en los labios—, pero estoy seguro de que si ha decidido acompañarme solo ha sido porque entre mis brazos se ha sentido al borde de la perdición. Y es un sentimiento tan válido como

ser impenetrable. Así que ¿por qué no se sienta y se permite ser libre a mi lado?

Ella deslizó la mirada a su alrededor y fue suficiente para que Asher chasqueara los dedos. El lugar que había habilitado como centro clandestino para olvidar el deber y perderse en el alcohol estaba a su servicio. No fue ningún inconveniente para los caballeros presentes seguir con su tranquilidad en las habitaciones libres. La estancia quedó vacía, a excepción del músico que se perdía en cada uno de los acordes que escapaban de su violín.

—¿Mejor?

Addie enarcó una ceja.

—Sigo molesta con usted.

Asher ladeó la cabeza en un gesto divertido, fue él mismo a por un poco de oporto para los dos. Era una noche diferente, en la que compartían una copa de igual a igual y no iba a aceptar ninguna negativa.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo él sin reprimir su diversión. Vertió con suavidad el líquido rojizo en las copas y le mantuvo la mirada—. ¿Qué vamos a discutir esta vez? ¿No soy lo suficiente inspirador para sus escritos?

Ella levantó la mirada, si hubiera tenido la temeridad suficiente habría aferrado su cuello entre las manos. Era desesperante su escasa preocupación, le daba un aspecto tan ligero y refrescante que no sabía muy bien si le resultaba insoportable o envidiable.

—Ha amenazado a mi tío.

Asher dejó la bebida muy cerca de sus labios, pero no llegó a probarla.

—Así que era eso.

Addie lo observó perpleja.

—*¡¿Eso?!* —repitió consternada—. ¿Cómo puede tener tan pocos

escrúpulos?

—Lamento decirle que todos tenemos secretos —respondió Asher con suavidad mientras hacía bailar el oporto dentro de su copa—. Algunos son más escandalosos que otros.

—Eso ya lo sé, pero ha aparecido en nuestra vida solo con la intención de...

—¿Seducirla? —la interrumpió él alzando sus finas cejas castañas —. Así es. Nadie había tenido la valentía de alzarme la voz sin importar mi posición y apellido.

Ella humedeció sus labios, buscaba las palabras adecuadas para aplacar sus intereses.

—Solo es un hombre más de carne y hueso. —Se encogió de hombros, dudando su tomar su copa o no hacerlo—. Si nadie le ha dicho qué es lo correcto, yo no tengo problema de recordárselo abiertamente.

—¿No va a sonrojarse?

Parpadeó confundida.

—¿Por qué debería?

Asher inclinó su copa sobre la suya haciendo tintinear el cristal con lentitud y elegancia. Le agradaba la manera en la que Adeline elevaba su mentón con seguridad cuando no tenía el control de la situación. Es más, era tan hermosa con aquel camisón a través del que se vislumbraban sus curvas que recordó su sabor en el paladar.

—Acabo de decirle que mis intenciones consisten en recorrer con todas las partes de mi cuerpo su piel —insistió provocándole un respingo—. Le he dicho abiertamente que estoy dispuesto a que caiga ante mí como yo lo hice. La deseo, Adeline.

Ella quedó tan absorta con su confesión que olvidó cómo se alzaba la voz. Era la primera vez en su vida que su existencia no era una herramienta con un fin, o resultaba invisible para el mundo.

Cuando humedeció sus labios se dio cuenta de que estaban secos; su respiración seguía agitada y no sabía bien cómo enfrentarla. Se había abrazado a la soltería con orgullo y esmero. Un matrimonio solo cortaba las alas de la libertad que poseía en esos momentos. ¿Por qué iba a ceder a los caprichos de un hombre que volvería a casa?

«No desea casarse contigo, solo que seas suya hasta que todo llegue a su fin», advirtió la vocecilla de su cabeza.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Asher dejando a un lado el tema—. ¿Por mi osadía o la suya?

—Por las noches de verano.

Sus palabras lo asombraron, tanto que elevó su copa con orgullo.

—Por las noches de verano.

El oporto le supo dulce en el paladar. Addie no solía brindar, prefería decantarse por un té antes que el alcohol le provocara una profunda sed en la madrugada. Pero era la primera vez en mucho tiempo que le resultó tan agradable como la compañía de alguien que la observaba como si fuese comestible.

—Bailemos —dijo Asher rompiendo aquel extraño silencio.

—No es adecuado.

—Nada de lo que haremos lo será.

Él tiró de su mano haciendo que diera un traspié al levantarse. Daba igual todo lo que protestara, Asher tenía la voz cantante aquella noche y no le permitiría pensar con raciocinio.

Bajo los acordes del violín, el lord se permitió sostener su cadera con la misma picardía que siempre utilizaba para dirigirse a ella. Adeline resopló en señal de advertencia, pero ni siquiera se alejó unos centímetros de él. Su mano derecha rozó la de su acompañante con tal lentitud que sus dedos quedaron entrelazados.

Se miraron largo y tendido, como si una atrayente sensación no les permitiese alejarse el uno del otro.

—Si le pidiera que me concediese un baile —comenzó a decir él casi sin aliento—, sería muy propio de una situación repleta de florituras, y odio seguir los pasos de los demás.

—¿Entonces?

Asher no lo pensó. La hizo girar entre sus brazos sin importar la melodía ni tampoco lo ridícula que fuera su danza. No importaba si no seguía el ritmo, tampoco si se tropezaba con sus pies o ella lo pisaba. Tan solo se permitió alejarse de su condenado *título* de tercer hijo, y las carcajadas que escapaban de los labios de Adeline aliviaban las heridas invisibles que aún supuraban en su interior.

Ella jamás había sido partícipe de la temporada. Antes de que su mundo cambiara ya se encontraba siendo parte de Dashford acompañada de su tío Gilbert. Nunca sintió el deseo de volver a casa y debutar como heredera de los Hearthry; no le interesaba lo más mínimo captar la atención de nadie, pero aquel momento le parecía único y especial.

Bailaron su propia danza durante tanto tiempo que Addie sintió un pequeño dolor en los tobillos. Había saltado como lo hizo tantas veces de niña. Rio a carcajadas sin tener que ponerse la mano sobre los labios y parecer recatada. Se permitió volar en los brazos de Asher, incluso si descendía su agarre hasta su trasero deseoso de continuar su pequeña escapada en otro lugar. Pero empezó a no importarle. Cada una de las advertencias de Sophie comenzaron a desdibujarse en su mente con tanta rapidez, que se dejó arrastrar al bosque de su mano. Las gélidas temperaturas erizaron su piel, pero no le importó en absoluto, solo sentía un gran deseo de tocar cada parte del mundo que no se había molestado en admirar.

—Precioso, ¿verdad?

Addie despertó de su ensoñación.

—¿Cómo dice?

—El cielo de madrugada —explicó él alzando su mirada—. Su penumbra nos provocaría terror, pero las estrellas dan esperanza en un mundo oscuro en el que perdemos el control.

El corazón de Addie le dio un vuelco, conocía a la perfección esa frase.

—*¿Noches de navidad en Pembrook?* —susurró dudosa el título —. Pensaba que no leía las historias de Bluebell.

—Solo he comentado que considera que sabe todo acerca del amor, aparte de su narración, por supuesto. —Asher la miró de soslayo—. No es una persona digna de admirar, pero algunos retazos hacen que me sienta identificado.

«Jamás admitirás que eres un soñador que carece de escrúpulos, Asher Ward».

—Nunca aceptará que los caballeros como usted tienen debilidades —dijo Addie en voz alta—. Tienen miedo de perder un miembro por decir lo que piensan.

—Duerma conmigo esta noche.

Silencio.

—¿C-cómo dice? —Adeline parpadeó perpleja. Cada vez que creía que tenía la voz cantante dentro de la conversación, Asher hacía todo lo posible para desarmarla—. Eso no tiene nada que ver con...

—Ha dicho que, como hombre, no soy capaz de decir lo que pienso en este preciso instante —comenzó a explicar con lentitud mientras dirigía su mirada hacia ella, Asher dio un pequeño tirón para que se tambaleara y poder tenerla entre sus brazos—. Eso es lo que deseo esta noche.

—¿Desvestirme de mi reputación?

—Nadie puede juzgar eso en este preciso instante —susurró con voz aterciopelada. Sus labios rozaron la frente de Adeline de una manera tan fugaz que no comprendía por qué la sensación se había quedado adherida a su piel—. Y si alguien nos viera, somos una pareja prometida que desea tener unos minutos a solas.

Addie rio.

—Para todo tiene excusas, señor Ward.

—Venga conmigo, Adeline —rogó a modo de súplica cerca de su nariz, descendiendo hasta sus labios—. Solo soy un pobre hombre que anhela su compañía.

Suspiró azorada.

—Y yo una abrumada dama que no sabe si molestarse con usted o... dejarse arrastrar al infierno esta noche.

La carcajada de Asher le hizo cosquillas en la nariz. Era la primera vez en su vida que se sentía tan embelesada por algo completamente ajeno a la escritura. Aunque si lo pensaba, los hombres que narraba no se diferenciaban demasiado del caballero que tenía delante. Eran impenetrables, pero a la vez anhelaban el contacto femenino como si les fuera la vida en ello. Retrocedían en sus pasos, volvían reclamando su lugar y un pasado desconocido los torturaba hasta que encontraban liberación.

¿Y si era justamente lo que le faltaba a su última historia?

—Prometo ser lo bastante seductor para llevarla conmigo —susurró con la misma diversión que siempre utilizaba—. ¿Me acompaña a Downpour? Solo dormiremos, lo prometo por mi honor de caballero.

Quizá Asher podía ser el protagonista que tanto necesitaba en su historia. Podía intentarlo. Sin nombres ni datos que dijeran nada sobre él, pero a la vez era arriesgado.

«Puedo hacer un boceto, solo uno para saber si encajaría bien

con él. Después podría borrarlo», pensó tan perdida en las caricias que dejaba en su rostro, que todo perdió nitidez bajo aquel manto estrellado.

—¿Adeline?

—Sí —dijo casi sin aliento—. Estoy dispuesta a caer en el abismo una vez más.

Capítulo 12

Cuando cedió a dormir entre sus brazos, pensó que Morfeo la aferraría con la suficiente fuerza como para caer en la inconsciencia. Para desgracia de Adeline, su mente funcionaba a tal velocidad que era incapaz de conciliar el sueño. Tenía los ojos abiertos e imaginaba que cada retazo de sombra que abrazaba la alcoba era una figura que cobraba vida y narraba una historia. Así era más sencillo lidiar con el calor del cuerpo de Asher, que la abrazaba por la espalda con tal intensidad que su corazón latía desbocado en su pecho. Pero lo peor no era que había roto todas las reglas de decoro que poco le importaban, sino que su inspiración estaba mucho más despierta que en otras ocasiones.

Y era incapaz de hacerla callar.

Porque cada gruñido de Asher cuando se removía preso de algún sueño la inspiraba. No solo lo imaginaba en situaciones tan indecorosas que provocaría el sonrojo de sus mejillas, sino que sus inocentes caricias la arrastraban al papel de la protagonista femenina de su novela; presa del deseo incluso cuando sabía que no era lo correcto.

Con lentitud se deshizo del agarre para no despertarlo. Se incorporó con suavidad; cauta pero bastante astuta. Adeline dirigió una sutil mirada hacia el caballero que dormía con las sábanas rodeando sus caderas. Parecía un ángel caído del cielo, con la belleza de un hombre besado por el favor de los dioses. Tragó saliva al deslizar sus ojos hasta sus labios, semiabiertos en busca de aire, y se preguntó si realmente la libertad consistía en abrazarse a la soltería.

«A un hombre lo tachan de canalla cuando hace algo inapropiado. Lo señalan, pero su reputación se repone con buenas acciones. ¿Por qué una mujer no tiene ese privilegio?», pensó mientras se dejaba arrastrar hacia la vocecilla que le rogaba que perdiera las formas.

Antes de caer derrotada ante sus propios caprichos, apoyó las plantas de los pies en el suelo; se levantó un poco inquieta y tanteó con sus manos el colchón para poder guiarse hasta la puerta de la alcoba. No conocía demasiado Downpour, pero en la puerta contigua a la alcoba de Asher había un pequeño despacho que utilizó la noche anterior para dejar la chaqueta de su traje, además de coger una de las botellas que tenía sobre la mesita auxiliar.

Cuando Addie entró sintió un profundo olor a madera recién cortada que se entremezclaba con un ligero tono a miel de los restos de cera que había sobre la mesa. La combinación le supo exquisita en las fosas nasales, pero desapareció de manera paulatina cuando ella misma se tomó la molestia de encender la chimenea de la estancia. El crepitar de las llamas se convirtió en la melodía que hacía eco entre aquellas cuatro paredes y el olor a cenizas despidió el tono dulce de la vela.

«Tan solo será un segundo y volveré a la cama», se dijo a sí misma mientras se acomodaba en la silla de Asher y tomaba papel y

pluma, dejándose arrastrar por las palabras que se atoraban en su mente.

Los segundos que se había permitido no tardaron en convertirse en minutos y más tarde en horas. Las letras escapaban de sus trazos con una facilidad que su corazón aleteaba de júbilo. No podía parar, porque era la primera vez en muchos meses que el caballero que escribía apretaba los dientes dentro de su relato. Sentía su piel erizarse, o debatirse con los nervios a flor de piel si perder los estribos frente a la mujer que había elegido. Addie disfrutaba de cada frase como si fuera parte del escenario de su novela. Incluso no se daba cuenta de las pequeñas risas que escapaban de su garganta. Estaba tan enfrascada en la unión de sus cuerpos, mezclado con las promesas silenciosas que los llevarían fuera de Londres, que el repiqueteo sobre la puerta le provocó un respingo.

Asher no tardó en despertarse cuando la bajada de temperaturas de la madrugada le hizo echar de menos el cuerpo de su invitada. Buscó a tientas su figura, su camisón e incluso el olor a tulipanes que escapaba de sus mechones rubios.

No estaba.

Inquieto, se apresuró a levantarse. Después de ceder ante sus caprichos, no creía que Adeline se hubiera marchado fuera de la mansión. Había visto en sus ojos azules el deseo de caer en la misma perdición en la que él llevaba años y no se echaría atrás incluso cuando no era lo correcto.

Descalzo y con el pecho desnudo se tambaleó en busca de la mujer que le estaba haciendo perder la razón. La buscó por el pasillo mientras bostezaba y recordaba que la cama era el lugar más cómodo en el que estar en aquel momento, pero la luz de su despacho se filtraba en la oscuridad. Imaginó que Addie estaría rebuscando entre sus cosas algo útil con lo que poder llevarle la

contraria, pero cuando tocó a la puerta y abrió esperando encontrarla con las manos en la masa... su imagen fue otra tan distinta que le secó la garganta.

Adeline no se encontraba rebuscando entre la hilera de libros que había tras la mesa. Tampoco estaba de pie intentando dar con algún secreto que tuviera entre sus manos. Tan solo se encontraba sentada en su silla, con sus mechones ondulados adheridos a las mejillas. Estaba inclinada con la pluma en su mano derecha, hasta que todo el magnetismo que la tenía absorta sobre el papel hizo que sus miradas se entrelazaran.

Su pecho subía y bajaba como si hubiera sido descubierta haciendo una travesura. El color de sus mejillas se fue coloreando de un tono rojizo hasta que sintió la necesidad de desviar la vista.

Asher no reprochó que utilizara el despacho a su gusto. Sus pensamientos estaban muy lejos de comenzar una discusión con ella. Tenía la mirada perdida en su camisón; en el ligero temblor de sus manos mientras se aproximaba a ella.

—L-lo lamento —susurró de manera entrecortada—. Tenía la necesidad de escribir y...

—No importa —respondió él de manera abrupta para zanjar sus disculpas—. Creía que encontraría a una muchacha curiosa y solo he hallado a una presa de las historias que pululan por su cabeza.

Rodeó la mesa hasta llegar a ella.

—¿Puedo leerlo?

Ella contuvo la respiración, no estaba muy segura si ceder ante su deseo.

—T-tan solo es un trozo de algo que no sé si terminaré utilizando.

—Me gustaría leerlo —insistió a pocos centímetros de ella.

Addie suspiró derrotada mientras le permitía tomar la parte de la

historia en la que llevaba ensimismada desde que se habían encontrado aquella noche.

—No es demasiado bueno, pero me tiene atrapada.

Asher no contestó de inmediato, cogió el papel entre sus manos y se perdió en las primeras sílabas que iniciaban el párrafo.

—«No importaba si el deseo le había llevado a anhelar a lady Greenwich con descaro y obscenidad. Los sentimientos que golpeaban su caja torácica lo tenían preso de su inocencia; su amor e incluso su entrega cuando se encontraban a solas. Pero no podía soportar como otro hombre la invitaba a bailar. Tampoco que sostuviera sus manos con la misma intención que él tenía cada vez que la tocaba. Por eso, todo su castillo de naipes terminó cayendo sobre sus pies, pues el duque, a tan solo unas zancadas, se atrevió a romper ese magnífico baile en el que todo el mundo cuchicheaba, solo para llevarla a la oscuridad que ambos tan bien conocían. Y una vez que quedaron lejos de la vista de los demás, metió las manos bajo su vestido para sentir el calor de su piel, mezclándose con los ruegos temblorosos que escapaban de sus cuerdas vocales. Y solo así supo que su hogar estaba muy lejos de su posición».

Él tragó saliva. No era la primera vez que leía un escrito similar a aquel, pero no comprendía por qué se había sentido tan identificado con el protagonista que, deseoso de encontrar un lugar donde se sintiera parte de él, le importara poco ser la comidilla de la alta sociedad.

—¿Tan horrible es? —preguntó Adeline rompiendo el silencio que se alzaba entre ambos.

—No —admitió él con cautela—. He podido sentirlo.

Los labios de Addie se curvaron con ligereza hacia arriba. Había hecho todo lo posible por cuidar los detalles de su narrativa, de los personajes cada vez que gesticulaban, pero se atrevió a aportar un

poco más de los sentimientos del protagonista masculino para empatizar con él.

—Es el mejor comentario que lograré de usted, señor Ward.

Asher no le siguió la broma como de costumbre. Su mente seguía imaginando la postura del caballero, alejado de la zona de baile y con la vista clavada en la mujer que fingía apenas conocerlo. Logró verlo con los puños apretados, el ceño fruncido y las maldiciones atoradas entre sus labios.

—¿Milord?

—Perdón. —El tono de su voz era mucho más grave que de costumbre, tanto que a Adeline se le erizó la piel—. He olvidado por un momento que un caballero como yo tiene la mente demasiado sucia. Su escrito ha caldeado mis entrañas, Adeline. Puede sentirse orgullosa de dejarme sin respiración cuando ni siquiera me ha rozado.

Ella abrió los labios para excusarse. Estaba dispuesta a disculparse por haber conseguido excitarlo con solo palabras. Pero cuando fue consciente de que su prosa lo tenía jadeante, solo pudo sentir un profundo placer que hinchó su pecho con orgullo.

—Al parecer una narrativa mediocre puede provocar que desee estar de rodillas.

Asher chasqueó la lengua.

—¿Está diciendo que me coma mis palabras?

Ella, atrevida, se levantó de la silla.

¿Y si se permitía romper un poco más el molde al que toda mujer debía aferrarse?

—Sí —Addie elevó el mentón con orgullo—, cada una de ellas.

—¿Está poniendo a prueba mi paciencia, milady? —Asher se humedeció los labios mientras observaba los suyos con hambre—. Porque el diálogo no es lo que deseo en este momento.

El silencio fue tan incómodo como desesperante. Las palabras quedaban atascadas entre las cuerdas vocales de unos amantes que fingían ser prometidos. Cada mirada ámbar que se posaba en Adeline hablaba con claridad de las intenciones que tenía de acabar con aquel camisón que lo había torturado durante toda la noche. Pero para ella no era distinto su deseo, pues sentía un gran interés por seguir las líneas de sus cincelados pectorales con las yemas de sus dedos.

—¿Y qué desea? —preguntó Addie, inocente—. ¿Compartir un rato de escritura conmigo?

Asher estalló en carcajadas.

—Por supuesto —aceptó la seductora invitación. Sus dedos acariciaron con suavidad el mentón de Addie, que no se achantó en ningún momento—. Deseo que sea el mapa que nos guiará en nuestra historia. Cada marca que deje sobre su piel con mis dedos y mis dientes serán los puntos que habré explorado.

Ella soltó un pequeño jadeo, estaba perdiendo el control por su maldita labia.

—Cuando mi entrepierna toque el centro de su deseo, lo embista y lo haga mío, no permitiré que nadie lo reclame.

—Le recuerdo que no tiene ningún derecho sobre mí.

Asher desvió la mirada disfrutando de aquel juego que tanto le agradaba.

—Entonces dígame, lady Hearthry. —Hizo una breve pausa deleitándose con la tensión de sus hombros—. Si le pido que deje caer su camisón porque deseo hacerla mía, ¿lo hará?

—¿Qué?

—¿Me permitirá que la suba sobre la mesa, abra sus piernas y torture cada centímetro de su cuerpo hasta que grite mi nombre?

Addie sentía cómo su respiración se agitaba. Era imposible no

ceder ante el erotismo que dedicaba a cada palabra. Asher no tenía ninguna intención de avergonzarse. Estaba dispuesto a saciar aquel frenético deseo que crecía en su interior cada vez que disfrutaba de su compañía. Aunque una parte de él temía hacerlo, porque cada vez que se veía envuelto en un asunto de cama, terminaba sin saciarse del todo y se preguntaba cómo podía estar tan roto debido a la invisibilidad que le había tocado vivir en su familia.

«Deja de pensar que con ella será diferente», se amonestó a sí mismo.

—¿Lo hará? —presionó una última vez al percatarse de que encogía las piernas—. Si es así, no necesito palabras, sabe bien lo que quiero.

Adeline lo observó amenazante. Jamás nadie le había dicho lo que debía hacer, pero adoraba danzar a sus anchas en aquel extraño baile, cargado del erotismo que los envolvía. Embelesada, permitió que acariciase su mejilla con el dedo pulgar en un gesto que carecía de pasión, pero le hacía perder los estribos.

Y, una vez más, cedió ante los caprichos de Asher. Deslizó una de las mangas de su camisón y permitió que solo el crepitar de la chimenea vistiera su cuerpo aquella madrugada.

Capítulo 13

Asher se lanzó a sus brazos como un lobo hambriento. Llevaba tanto tiempo conteniéndose que poco le importó hacerla retroceder hasta arrinconarla entre la hilera de libros que temblaban asustados en la estantería. No estaba dispuesto a limitarse. Estaba cansado de conformarse con palabras ardientes y que jamás llegaban a ningún sitio. Además, era un caballero bastante caprichoso, que terminaba frustrado cuando su cuerpo le exigía algo y no podía tenerlo.

Decidido a acabar con aquella tortura, alzó las manos de Adeline sobre su cabeza con una de las suyas. Aquella mujer era una obra de arte que se deshacía bajo su cuerpo como la pintura húmeda se deslizaba por el lienzo. Sus labios, presos de la ansiedad que sentía por ella, atraparon uno de sus pezones. Tiraron de él hasta arrancarle un torturado gemido que tomó como una invitación para continuar explorando su cuerpo. Asher tiró de la piel, que se endurecía con cada mimo que le proporcionaba. No se conformó con deslizar su lengua alrededor de la aureola de su pecho, sino que acarició con boca y dientes el otro, embelesándose con el olor a tulipanes de su piel.

Addie sentía que sus manos tocaban el paraíso. No era la primera vez que él exigía su cercanía, pero cada vez que lo hacía notaba como los dedos de sus manos alcanzaban unas sensaciones que, por sí misma, era incapaz de obtener. Debía amonestarse por su temeridad, por ser una inconsciente al estar a solas con un hombre que podía arruinarle la vida, pero era tan placentero sentirse la reina de un caballero como él, que rogaba por un poco de su atención.

—¿Y después? —Las dudas se alzaron por encima de su agitación, necesitaba saber que no sería una muchacha más a la que deshonrar—. ¿Qué ocurrirá?

—¿Acaso es relevante? —susurró él con voz grave mientras elevaba su mentón—. Poco me importa un mundo que no me necesita. Poco me interesa un lugar donde me siento invisible.

Addie empatizó con sus palabras. Desde bastante joven se había acostumbrado a vivir ajena a todo título perteneciente a su familia. Portaba un apellido, eso era cierto, pero solo la protegía frente a cualquier caballero que, lejano a la capital, quisiera tomarla como igual y no respetara su estatus. Por lo demás era una mujer invisible que vivía libre en Dashford; que adoraba a su tío, pero que jamás había roto tanto las reglas por nada ni por nadie.

¿Por qué se sentía tan identificada cuando no vivían la vida de la misma manera?

—Si está dispuesto a acabar nuestra farsa tras tenerme, le aseguro que...

—¿Me matará con sus propias manos? —terminó Asher la frase con cierto descaro—. Estoy deseando que lo intente. Porque le aseguro que, si dejo de respirar un solo segundo, la castigaré.

Addie tragó saliva.

—¿D-de qué forma?

Asher se humedeció los labios, su mirada ámbar se deslizó con lentitud por su cuerpo.

—Con mi piel sobre la suya, trazando toda marca que la reclame como mía.

Ella estuvo dispuesta a protestar, pero Asher la cogió entre sus brazos. Las piernas de Adeline, en busca de un poco de estabilidad, rodearon su cintura, tanto que notó su erección rozando el centro de su deseo.

Él no se alejó cuando Addie dio un respingo, la mantuvo entre sus brazos disfrutando del delicioso roce que humedecía su sexo. Debía admitir que le agradaba verla sobre su cuerpo, extasiada; con las mejillas rojizas y el leve vaivén involuntario que buscaban sus caderas.

«Su desnudez la hace tan preciosa como una ninfa de los bosques», pensó él acomodándola sobre la mesa.

—Adora que la quiera para mí. —Sonrió Asher muy cerca de su boca mientras su mano izquierda se abría paso entre sus piernas trazando lentos círculos sobre su humedad—. ¿Ve? Su entrepierna susurra mi nombre, me pide de manera inapropiada que me abra paso dentro de usted.

—D-descarado —protestó Addie sin aliento. Por más que intentaba cerrar las piernas debido a la vergüenza, él apoyó una de las suyas para evitar que lo hiciera—. Tiene la boca muy sucia.

—Pues límpiemela.

Adeline tragó saliva. Su corazón no dejaba de dar saltos dentro de su pecho; se humedeció los labios mientras deslizaba la mirada hacia los suyos. Era imposible no fijarse en la tenue curvatura en el labio superior, en el hoyuelo que se le dibujaba en la mejilla cada vez que sonreía y en aquel lunar en la mandíbula que deseaba morder para asegurarle que era suyo.

—Si lo hago —susurró ella casi sin aliento—, usted será mi primera y única conquista.

Él rio en consecuencia. Su mano libre elevó una vez más su mentón, embelesado con su atrevimiento cada vez que lo enfrentaba.

—Entonces, anote bien mi nombre. Asher, con hache intercalada —dijo burlón—. Asher Douglas Ward.

—Por lo tanto, permítame que lo bese, señor Asher D. Ward.

Adeline acarició sus mejillas con tal lentitud que tuvo que cerrar los ojos. Deseaba quedarse con cada una de las facciones de su rostro grabadas en la retina. No quería conformarse con una tosca unión entre sus bocas que ni siquiera se mantuviera en su recuerdo. Por eso, rozó su nariz con la suya mientras disfrutaba de las caricias circulares de Asher sobre su sexo; sacó la punta de su lengua y acarició la comisura de sus labios, disfrutando de los resquicios de alcohol de la noche anterior. Pero lo que maravilló a cada uno de los sentidos de Addie fue cómo el beso se convirtió en una promesa silenciosa de todo lo que pasaría de allí en adelante. Porque no implicaba solo la pasión del momento. Era una conexión tan visceral mientras buscaban un ápice de vida en la boca del otro, que no se sintió presa de la reputación de aquel caballero, sino parte de las piezas que necesitaba para complementarse de nuevo.

La pasión cegaba todos los límites de Asher. Era imposible tener la mente fría cuando las yemas de su índice y pulgar estaban manchadas de ella. Es más, le suponía tal dificultad mantenerse sereno mientras hundía cada dedo en su interior y se abría para él, que cualquier beso inocente que pudiera proporcionarle terminó reduciendo a cenizas su piel, su carne e incluso sus huesos. Porque por más que Adeline fuera inexperta, se entregaba a él como podía abrirse una flor con los primeros retazos de luz de la mañana.

—Eres mi perdición —susurró entre dientes, olvidando el decoro en sus palabras—. Mi maldita condena en este mundo.

Asher no pensaba con claridad, dio un pequeño tirón de su cuerpo para bajarla de la mesa de su despacho tras su vuelta del pequeño club clandestino. Después inclinó su cuerpo sobre la madera, disfrutando de las vistas de su espalda y trasero desnudos.

—¿Q-qué?

Addie estaba perpleja de lidiar con aquella posición. Sus pechos estaban pegados sobre la superficie haciendo que le provocara algún que otro escalofrío, pero lo que más la inquietaba era no tener visibilidad de lo que ocurría a sus espaldas. Tan solo podía dejarse llevar por las sensaciones que la envolvían: los labios de Asher descendiendo por su columna vertebral, sus dientes reclamando su piel y sus dedos meciéndola alrededor de un abismo del que no deseaba salir.

—Si me muestra cómo sacia su deseo por mí —dijo cerca de su oído, tirando de su pantalón para quedar desnudo tras ella—, yo le mostraré cómo pretendo hacerlo yo.

Adeline se mordió el labio inferior sin saber si debía hacerlo. No era una muchacha inocente que no supiera acerca de qué se refería, pero le provocaba tal vergüenza que no supo si era lo correcto.

Cuando sus dedos se deslizaron hasta la parte más sensible de su cuerpo, Asher rozó su miembro entre sus pliegues en una silenciosa invitación que ella aceptaba. Abrumada por la dulce fricción, sus dedos acariciaron el centro de su deseo. Era una auténtica tortura darse placer a sí misma mientras que él jugueteaba con su hendidura; entraba un poco en su interior y volvía a acariciarla con su glande solo para hacerle perder el control.

Jamás habría pensado que se vería envuelta en una escena tan propia de sus novelas. El crepitar de las llamas se mezclaba con los

jadeos que reverberaban en sus cuerdas vocales; los gruñidos de Asher eclipsaban sus susurros, dejándola anonadada por el tono gutural que escapaba de su garganta, pero era una melodía tan cálida y única que comenzó a convertirse en una de sus composiciones favoritas. Más aún cuando su intromisión en su interior la hizo sostenerse con los dedos de sus pies. Incluso cuando se sentía llena mientras se hacía paso en su interior, Addie le ofrecía la parte más privada de sí misma. Ella gemía, regalándole una parte de la mujer apasionada que se ocultaba tras unas líneas que la hacían suspirar. Se permitió abrirse un poco más de piernas para darle mayor accesibilidad mientras buscaba la fricción contra él. Primero en una dulce unión que llegó acompañada de un momento doloroso, pero que pasó en un suspiro. Después por un vaivén tan frenético que las embestidas que ejercía Asher sobre su cuerpo eclipsaron el movimiento de las llamas, sus gemidos y los gruñidos de su acompañante.

Él agradeció que Adeline no pudiera observar la inquietud en sus ojos de color ámbar. Siempre que llegaba a ese punto, donde intentaba perderse en un cuerpo que no era el suyo, sentía cómo su libido se desplomaba. Pero debía seguir, porque un hombre no podía permitirse estar roto en un momento como aquel. Mantenía la vista clavada en cualquier punto de la estancia hasta que la dama tocaba el cielo y él fingía hacerlo con ella.

Para su sorpresa, cada vez que Addie se retorcía en busca de una caricia o de llegar hasta sus labios y él limitaba sus movimientos como tendía a hacer con las demás, se percató de que su miembro, más duro que al principio, reclamaba por un poco más de ella. No sabía si era suficiente sostener sus mechones rubios en una de sus manos mientras le daba con más brío. Tampoco si hundir los dedos en sus caderas saciaría sus ganas de verla suplicar entre sus brazos.

Lo único de lo que era consciente era de que la pasión no se apagaba. Daba igual cuánto pensara que el final estaba cerca, con Adeline bajo su cuerpo no existía un desenlace precipitado.

¿Qué demonios le estaba pasando?

«Estaba en lo cierto. Llevo años siendo un hombre sin escrúpulos que nubla sus deseos en las noches de desenfreno, pero cuando una dama me mira y ve a un Ward, todo se acaba. Yo no puedo ofrecer la vida de una duquesa, pues mi posición es desventajada frente a mis dos hermanos mayores. Y tampoco sabría qué hacer como el tercer hijo de esta familia condenada a vivir en silencio. Por eso Adeline fomenta mi sed por ella. Porque busca al hombre que le provoca placer, no al apellido que le ofrece una mejor vida».

Sorprendido, posó los labios sobre su espalda. Estaba tan pegado a ella que podía sentir las fugaces súplicas que escapaban de sus cuerdas vocales mientras aminoraba la fuerza de sus embestidas. Era tan placentero notarla temblar a tan solo unos milímetros de distancia que mordió su hombro cuando se desbordó en su interior. La sensación le provocó unas extrañas cosquillas que no deseaba que acabaran en ningún momento. Por eso levantó un poco más su trasero para disfrutar de unos últimos empellones mientras que Adeline intentaba mantenerse en pie; su esencia caía por sus pliegues y sus muslos, regalándole la imagen más descarada que pocas veces había visto.

—Vayamos a la cama —dijo Asher casi sin aliento mientras tiraba de su cuerpo para que se incorporara—. Está hecha un auténtico desastre.

Addie levantó la mirada. Su pelo rubio se había convertido en un nido de pájaros. Tenía la piel enrojecida por los agarres de Asher; la fina capa de sudor que envolvía su cuerpo le permitía fascinarse con cada una de las embestidas de las que tanto había disfrutado. Pero

lo que hacía que contuviera una carcajada mientras apretaba los dientes era lo mucho que le costaba mantenerse en pie por sí misma.

—¿Qué va a cambiar eso en el lecho?

—Oh, querida —enfatizó él subiéndola una vez más a horcajadas —. No tengo intención alguna de que sea diferente. La mejor imagen de una dama es cuando carece de florituras que no necesitaba para ser hermosa. Y estoy completamente embelesado por el movimiento de sus caderas al compás de las mías, así que no deseo que esto acabe.

—Pero pronto amanecerá.

—La amonestarán igualmente cuando vuelva a casa. —Rio él dejando un beso en una de sus sienes—. Quizá si se encuentra indispuesta, su tío sea mucho más permisivo.

—¿Indispuesta?

—Claro, para su desgracia tendré que llevarla entre mis brazos cual princesa en apuros, como tanto le gusta.

Adeline resopló dándole unos golpes en los hombros, pero para él solo fue el comienzo de una discusión que convertiría las palabras de la dama que sostenía en gemidos que desearía oír durante horas.

Capítulo 14

Su tío siempre decía que todo juego llegaba a su fin en el momento más inesperado. La primera vez que ocurrió acababa de cumplir catorce años. Solía salir a hurtadillas al pueblo para reunirse con unas amistades poco apropiadas para una señorita como ella. Acostumbraba a corretear alzando su vestido hasta que dejaba a la vista la nívea piel de sus piernas; se bañaba en el lago que había a las afueras con niños entrados en la preadolescencia, deshaciendo los límites entre mezclas de confianza y cariño. Hasta que Gilbert le recordó que, incluso si el apellido significaba nada para ambos, no podía proporcionar a nadie promesas, aspiraciones ni tampoco ninguna parte de su cuerpo.

Cuando dejaron de reunirse con ella, Adeline sintió un profundo vacío, pero no tenía nada que ver con el silencio que Asher había levantado entre ellos.

No sabía nada de él.

Tampoco había aparecido por su mansión en los últimos cuatro días.

Cada vez que lo pensaba, la vocecilla de su subconsciente le

decía que la había usado en su beneficio. Al igual que aquellos jóvenes que habían asegurado ser sus amigos cuando realmente esperaban acceder a los Hearthry a través de intenciones y mentiras. Pero en vez de dejarse llevar por emociones como la tristeza, el enfado fue el mayor protagonista en su mente.

Sophie la observaba desde el diván, fingía que la historia que tenía entre sus manos era interesante cuando realmente tenía toda su atención en su mentora. Cerró el libro con demasiado énfasis, provocándole un pequeño respingo.

—¿Quieres que hablemos sobre Asher Ward?

Addie se encontraba sentada sobre la alfombra del salón. Sus trocitos de historia estaban desperdigados a su alrededor. Desde que Asher había dejado de perseguirla, sentía que su escritura no merecía la pena. Cada vez que su mente acariciaba la inspiración, esta la abandonaba. Frustrada, había desechado la idea de seguir con su historia habitual, pero cuando empezaba una nueva no sentía la chispa que tanto buscaba en sus escritos.

—Mi único deseo acerca de ese caballero es acabar con su vida con mis propias manos.

Sophie contuvo una carcajada.

—¿No crees que es un poco sádico para llevarlo a la realidad? —dijo con un ápice de picardía mientras se inclinaba sobre ella—. Podrías darle un poco más de importancia al esposo de tu protagonista, por ejemplo, que descubra que su esposa es la amante de otro y que, en un duelo, acabara por fin con *tu Asher.*

—Ese caballero no me pertenece en absoluto —bufó molesta.

—No creo que sea cierto.

«Si él me ha reclamado como suya sobre la mesa de su despacho, estoy en mi derecho de hacer lo mismo. No soy una muchacha que llore ante el abandono: si deseo algo lo obtengo,

como una vez quise publicar mis escritos».

—¿Puedo saber qué te tiene tan inquieta?

Addie se giró en su dirección. No podía decir que su aspecto fuera el más decente. Iba ataviada con el camisón desde que se había bañado y escondido en su alcoba. Su deseo de salir se evaporó de inmediato. Tenía que procesar la cantidad de emociones que seguían provocando un cosquilleo en su piel. Debía rogarle a su mente que cesara el calor del aliento de Asher en su espalda mientras la embestía. Incluso estaba dispuesta a chillarle que olvidara su pícara sonrisa antes de perder la cordura.

—Me ha agradado siempre mi libertad —comenzó a decir Adeline apoyando la espalda en el diván—. Jamás me he sentido parte de la sociedad. No tengo ninguna queja sobre vivir en Dashford acompañada de mi tío. Pero es cierto que, cuando pacté con lord Ward todo esto, no esperaba que mi ansia por sentir emociones fuertes me llevaría a situaciones que rompen las reglas de la sociedad.

Sophie se mantuvo callada durante unos instantes. Era complicado que damas como ellas aspiraran a tener una vida diferente. Ella había crecido para ser una última opción en la línea sucesoria de su familia, mientras que Adeline debía ser la cabeza de su familia acompañada de un esposo que eligieran para ella.

—Cuando fui al encuentro en la residencia de O'Kelly y conocí a ese chico, sentí que podía ser yo misma —respondió Sophie con un ápice de vergüenza en sus palabras—. Estaba acostumbrada a lidiar con un papel pasivo dentro de palacio; acompañando a mi madre sin quejarme. Pero cuando acaricias el poder de la palabra, de las acciones y la libertad no sabes cómo volver a ser la de antes, ¿no es cierto?

—Así es. Estoy tan molesta —admitió Addie soltando una sonora

carcajada—. ¿Cómo ha podido ignorarme de esta manera?

—No puedes saber cuáles son sus motivos si permaneces escondida en casa. —Sophie ladeó la cabeza para mirarla con cariño —. Mi mentora tiende a ser impulsiva cuando nadie la ve.

—Y cuando estoy en el punto de mira también.

Ambas se rieron al unísono.

—Voy a ir al pueblo —anunció levantándose de la alfombra—, ya me he quejado suficiente entre estas cuatro paredes.

—¿No sería más sencillo que fueras a Downpour?

—Asher se mueve demasiado bien dentro de sus dominios —respondió con perspicacia mientras se sacudía el camisón—, pero no puede hacerlo en un lugar donde no puede esconderse.

—¿Quieres que te acompañe?

—No —sacudió la cabeza, su diestra acarició los mechones de Sophie con cariño—, tengo que encargarme de esto yo sola.

El centro del pueblo estaba infestado de gente, no solo resultaba complicado hacerse paso por el corazón de Dashford, sino que el bullicio se mezclaba con la melodía festiva de varios violines que, acompasados, tocaban canciones para animar el ambiente. Addie disfrutaba viendo la interacción entre clientes y compradores; a finales de agosto las fresas se convertían en las grandes protagonistas, no solo como fruta prioritaria del verano, sino porque la mayoría de las mujeres se juntaban para preparar deliciosos postres que compartían con los demás cuando bajaban las temperaturas.

Entre la multitud buscaba al hombre que adoraba ser el centro de atención, quizá no se dejaría ver cerca del puesto de fruta ni tampoco conversando de manera casual con alguien de baja posición, pero sí estaría sentado en una de las cafeterías cercanas a

la plaza, disfrutando de un delicioso helado antes de que el calor abrasador lo hiciera esconderse en casa.

Así era él: despreocupado, pero sin olvidar que no estaba al alcance de cualquiera.

Decidida a no ahogarse en el silencio que Asher le había regalado durante los últimos días, caminó con la cabeza alta en dirección a la pequeña terraza donde los nobles que pasaban la temporada fuera de Londres tomaban un refrigerio. Addie se sorprendió de que, de ser indiferente, ahora la gente del pueblo la observaba y cuchicheaba. Estaba acostumbrada a ser invisible, una historia triste que siempre iba de la mano de la soledad de su tío Gilbert. Pero esta vez todas las miradas iban en su dirección, como si hubiera estado dormida durante mucho tiempo y ahora fuera visible para los demás.

Cuando divisó a Asher acomodado en una de las mesas redondas donde daba el sol de la mañana, no tuvo ningún inconveniente de fingir que habían acordado un encuentro. Sonriente, arrastró la silla que había frente de él solo para acomodarse con una felicidad que ni siquiera sentía.

—Buenos días, milord —dijo apretando los dientes—. ¿No se ha ahogado aún con el helado?

Asher parpadeó confuso por aquella pequeña intromisión. Desde su encuentro con Adeline en su despacho se mantuvo al margen de cada uno de los deseos más primitivos de su cuerpo. El motivo no era otro que, con ella, había saciado cada sentimiento que siempre quedaba a medias: desde el placer hasta la falta de comprensión que siempre sentía tanto en la cama como fuera de ella. Por eso había retrocedido y se había aferrado al papel de joven adinerado que disfrutaba del verano, pero no esperaba que Adeline Hearthry tuviera el descaro de sentarse delante de él solo con la intención de

amenazarlo con aquellos enormes ojos azules.

—Pensaba que me tenía en más alta estima —respondió apartando con suavidad la cuchara de su paladar.

—La cobardía no lo hace para nada atractivo.

Él chasqueó la lengua.

—No esperaba que una mañana tan soleada como esta nadie estuviera dispuesto a regalarme tales palabras —dijo humedeciéndose los labios sin apartar la mirada de ella. Aquel recogido tirante que se alzaba por encima de su nuca no le hacía justicia; la belleza etérea que había disfrutado de ella cuando caía por sus hombros era una auténtica delicia—. ¿Me ha echado de menos, lady Hearthry?

—Nada más lejos de la realidad.

Asher apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó sobre ella.

—No lo parece.

Adeline frunció el ceño, más ofendida que en un principio. No comprendía cómo podía tomar con tanta ligereza aquella conversación. Quizá el pacto entre ellos había sido un tanto ridículo y no creía que pudiera terminar en sus brazos cuando tan solo buscaba inspiración. Pero la situación los había llevado a mantenerse la mirada como si se trataran de un par de amantes que tenían demasiado que decirse.

—¿Me está ignorando?

Asher parpadeó, perplejo.

—Por supuesto que no.

—No me mienta —atacó tan molesta que se echó hacia atrás—. ¿Su intención no era otra que llevarme a su cama? ¿Ha obtenido una victoria más para su enorgullecido ego?

Él se mordió el labio inferior, no quería hablar demasiado. Estaba tan acostumbrado a no encariñarse con nada de lo que hacía que se

sentía abrumado con la presencia de Adeline. Aún recordaba a la perfección lo bien que encajaba su cuerpo con el suyo; sus ruegos pidiendo un poco más de la fricción de su piel. Sus silencios mientras abría sus piernas ofreciéndose a él tan excitada como dedicada al placer. Y no solo eso, había conseguido algo que jamás nadie tuvo de él: su completa obsesión.

—¿Se ha visto forzada a terminar en mis brazos, lady Hearthry? —preguntó él con un ápice de decepción en sus labios.

Addie retorció la boca con molestia.

—No.

—Puede que mi intención no fuera otra que hacerle perder el aliento, pero no he anotado sus gemidos en una lista con la mayor calificación.

Ella suspiró. Había salido de la casa de su tío con la esperanza de enfrentarlo, pero era cierto que no podía recriminarle nada. Todo lo vivido a su lado era una mentira que utilizarían cada vez que los vieran juntos. ¿No era sensato despedirse de algo que no era real antes de que le hiciese daño?

—Debería irme.

—Lady Hearthry —la llamó mientras la veía levantarse de la silla, reverenciarlo y marcharse—. ¡Adeline!

No se detuvo al escuchar su nombre, tan solo tomó ambas puntas de su vestido para dirigirse hacia el bosque. Necesitaba respirar. Porque de alguna forma que no terminaba de comprender le faltaba el aliento. Addie se echó hacia atrás los mechones que escapaban de su recogido. Era la primera vez en su vida que sentía aquella pincelada de desilusión en el corazón. Estaba tan acostumbrada a hacer y deshacer a su antojo que le costaba lidiar con algo que se le esfumaba de las manos.

«Debería volver a casa», pensó.

—¡Adeline!

La voz de Asher hizo que apresurara la marcha, podía huir de las miradas de todo el mundo si rodeaba Dashford a través del bosque; así volvería al lugar donde se encontraba su carruaje, pero él no se lo permitió. Sostuvo una de sus muñecas y tiró de ella en su dirección.

El mundo de Adeline se tambaleó bajo sus pies. No comprendía por qué todo comenzaba a ser tan complicado. Estaba huyendo de un final que ella no habría escrito para ninguna de sus novelas. ¿Por qué no le permitía lidiar con la despedida de la manera que deseaba?

—Suélteme, señor Ward —advirtió Adeline—. Todo el mundo nos mira. Solo confirmará que nuestra relación va más allá de unos fugaces cortejos.

—¿Cree que me importa? —Rio él con sorna—. He estado en el foco de tantas habladurías que estar envuelto en una con usted me trae sin cuidado.

—Si fuera así no actuaría como un cobarde —protestó ella intentando soltarse—. ¿Piensa que voy a pedirle que se case conmigo tras lo sucedido? Soy una mujer que vive en el campo, no tengo que lidiar con usted si no lo desea.

—Mi problema es que anhelo tanto tener que enfrentar su presencia en cada momento que me asusta —respondió Asher casi sin aliento. Inclinó su cuerpo sobre el suyo solo para juntar su frente con la de ella—. Me ha desestabilizado por completo, lady Hearthry, tanto que ni siquiera sé cómo lidiar con mi típico cortejo hacia las mujeres, porque si intento hacerla caer una vez más, seré yo quien quede a su merced.

Adeline abrió mucho los ojos. Su mente no era capaz de comprender lo que significaban aquellas palabras. Por más que

intentara desmenuzarlas en su mente, trataba de buscar un sentido completamente distinto en ellas.

—Está bromeando...

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque un Ward no permite que su corazón esté al alcance de nadie —dijo Addie, los latidos de su corazón hacían eco en sus oídos —. Porque usted no es un santo ni yo soy una dama inocente que no sabe qué significa esto.

Él se molestó por sus palabras, la apretó tanto contra sí que Adeline gimió en consecuencia; su nariz rozaba la suya, incluso el aliento mentolado del caballero le hacía cosquillas en las fosas nasales.

—¿Cree que la quiero de amante?

—Yo...

Asher no le permitió continuar con aquella conversación. Selló sus labios en una silenciosa invitación que ella no tardó en aceptar sin vacilación. Aquella unión poco tenía que ver con el deseo ni con el descaro. Era una forma de susurrarle al otro que aquello que nacía entre ambos era mucho más real de lo que serían capaces de admitir en aquel momento. Por eso encajó su boca con la suya en busca de aquel sabor tan dulce que nublaba sus sentidos y Addie le permitió que lo tomara de la punta de su lengua con tan poco decoro que incluso ella se habría sonrojado.

—¿Asher?

La voz los alcanzó como un golpe seco. Él se apartó a duras penas de Adeline, se giró en dirección a aquella voz hasta que sus ojos dieron con una dama de cabellos rojizos con los brazos cruzados y supo que tendría que dar más de una explicación.

—Susan...

Capítulo 15

El repiqueteo de la cucharilla dentro de la taza de té empezaba a volverlo loco. No importaba lo mucho que le gustara a su hermana pequeña torturarlo con el silencio; el cuello de la camisa empezaba a asfixiarle y la ligera capa de sudor adhería la tela a su piel. Su incomodidad estaba alejada de cualquier reproche de su parte, Susan y él eran inseparables, no solo habían crecido acompañados de aquel sentimiento de incomprensión, sino que solían ser compañeros de fechorías. Pero, a pesar de la cuestionable fama de Asher, su hermana jamás lo había visto coquetear con mujeres. Quizá por eso le preocupaba que su visión de *hermano al que acudir* despareciera.

—Vas a acabar con tu pobre hermano si no dices al menos una palabra, Sue.

Ella deslizó la mirada hacia él, la perspicacia que residía en sus ojos verdes poco tenía que ver con el enfado o la decepción; disfrutaba de la incomodidad de Asher como una niña que buscaba molestar a su hermano mayor.

—Mi hermano parecía bastante bien de salud hace unas pocas

horas —respondió con sencillez dejando la cuchara a un lado para alivio de Asher—. De hecho, diría que estaba haciendo de las suyas como de costumbre. Pobre Dominic, pensará que se ha sobrepasado contigo forzándote a un celibato inexistente.

—Creo que eso es lo que menos le preocupa en este preciso instante.

—Tienes toda la razón.

Compartieron una mirada cómplice. Una de las tantas que había provocado los rugidos del mayor de los Ward. No hubo palabras, tan solo una confidencia silenciosa que los llevó a demostrarse lo mucho que se habían echado de menos.

—Por un momento he pensado que has venido a ser los ojos de Dom en Dashford —dijo Asher escondiendo la cabeza en el hueco de su hombro—. No me has defraudado, hermanita, sigues siendo un caso perdido como yo.

—La distancia no cambia mis intereses. —El tono de Susan fue cálido, incluso menos temerario que de costumbre; acarició los mechones castaños de su hermano como si fuera un niño que necesitaba la calidez de una madre—. Además, he venido por mi cuenta, nuestro hermano no me lo habría permitido.

—¿Cómo está nuestro *rey del tablero*? —preguntó él burlón. acomodándose más cerca de su hermana—. ¿Se ha escapado Landon de sus órdenes y ha ido a buscar a su amante?

—Controlar a Landon es tan difícil como lidiar conmigo, aunque por lo que sé sigue en Londres —respondió con sencillez Sue, elevó con lentitud la taza de té y sorbió con elegancia—, pero aparte de que quería huir un poco de su control, he recibido una misiva que me pone en la tesitura de pedirte algo.

—Siempre cumpliré todo que provenga de ti.

Cuando Susan suspiró supo que poco tenía que ver con ella. El

espíritu de su hermana era difícil de domar y tendía a apagarse cuando Dominic la escondía dentro de una cajita de cristal. Sus continuas discusiones no solo procedían sobre su deseo de que se casara, sino también de su intención de redirigir su conducta; algo difícil con alguien que destacaba entre los Ward como la mujer más hermosa y de peor carácter.

—Como recordarás, Dominic se ha casado con una Dohaerty —comenzó a decir para poner en situación a su hermano mayor.

—Es difícil de olvidar cuando siempre ha estado tan obsesionado con el desprecio de mamá —suspiró Asher pellizcándose el puente de la nariz—. Además, el funeral ya me pareció lo suficiente deprimente cuando estuvimos a su lado.

—El caso es que tengo una pequeña disputa con Ireth —dijo apretando los dientes—. Dominic quiere que prepare una fiesta para el cumpleaños de su esposa. Por supuesto he organizado la situación lo mejor que he podido, pero ¿me acompañarías a Londres?

Asher resopló, agobiado.

—Entiendo que estés molesto con Dom: te echó durante la temporada anterior para tapar un escándalo —suspiró mientras apoyaba las manos sobre las de su hermano—. Yo también lo estoy en la mayoría de las ocasiones, pero te necesito a mi lado.

—¿Qué le ocurre a nuestra hermana perfecta?

—Le he quitado el protagonismo y está bastante ofendida. —Sue se encogió de hombros—. Sé bien que cuando se molesta es temible.

—Dominic no me permitirá volver.

Él desvió la mirada. Odiaba la actitud autoritaria de Dominic cuando se dirigía a cada uno de ellos, a excepción de Ireth, por supuesto. Siempre tenía una verdad preparada en el paladar que no iba a someterse a ninguna contradicción. Por eso estaba molesto

con su hermano. Porque no se había molestado en escuchar su inquietud ni una sola vez. Se había limitado a etiquetarlo como solía hacer la sociedad, en vez de tomarse un oporto con él y hablar del duelo, su labor como tercer hijo y su *problema* en el lecho.

—Es mi deseo que estés. —Ella torció los labios con molestia—. ¿Qué haré si mi hermano favorito no me protege de las pataletas de Ireth?

—Está bien —respondió tirando de la mejilla a su hermana para arrancarle una protesta—, pero iré acompañado.

Ella enarcó una ceja.

—¿De la dama que besabas como si te fuera la vida en ello?

—Es una Hearthry.

Susan contuvo una carcajada. De todas las decisiones que podía tomar Asher, prendarse de una muchacha que tenía historia con su familia era una de las peores opciones.

—Vas a provocarle un profundo dolor de cabeza a nuestro hermano —dijo ella encogiéndose de hombros—. ¿Puedo saber por qué no ha aparecido tu aburrimiento como de costumbre?

Él se mantuvo en silencio durante unos instantes. Quizá le daba cierta vergüenza darle voz delante de su hermana, pero era Susan. Su Sue. La chica que carecía de filtros cuando necesitaba decir lo que pensaba. ¿Por qué iba a juzgarlo?

—Es la primera vez en mi vida que alguien no se acerca a mí por mi apellido —comenzó a decir con sinceridad—. No solo ha estado dispuesta a eclipsar mi opinión, sino que ha visto al hombre que nadie se ha molestado en buscar. Creo que por eso siento tanto miedo como obsesión por su compañía.

—¿Y no será que te ha robado el corazón?

Asher desvió la mirada.

—Es posible.

Susan no fue capaz de meterse con su debilidad. Su hermano destacaba por su carácter divertido y despreocupado. Si una mujer había provocado que sintiera preocupación por alguien que no fuera él mismo debía ser alguien admirable. Orgullosa de él, se dejó caer sobre su hombro en una postura tan cálida como íntima entre ellos.

—Por mí no hay problema, bien lo sabes.

—Se lo pediré —susurró él disfrutando de su cercanía—. Y si no desea acompañarme me la llevaré igualmente.

Ella soltó una carcajada.

—No provoques que los Hearthry exijan un duelo, solo te recuerdo que no sabes disparar un arma.

—Pobre de mí.

Rieron al unísono, disfrutando de la compañía del otro. Siempre habían sido un equipo, no el tercer hijo y la cuarta hija lidiando con una posición aventajada y careciente de problemas. Por eso se querían de una manera tan visceral que harían cualquier cosa por el otro.

—Sue.

—¿Mmm?

—Sé que odias que te pregunte sobre el tema. —Hizo una pequeña pausa para advertirle de sus intenciones, pero su hermana ya se había incorporado—. ¿Cómo va tu pequeño asunto con el magistrado Grey?

Susan frunció el ceño de forma inmediata, le molestaba que le preguntaran sobre cualquier secreto que mermara su imagen fuerte y decidida. Se levantó del sofá hecha un manojo de nervios, como si escuchar el apellido de aquel hombre la pusiera nerviosa.

—¿Por qué lo preguntas?

Asher se encogió de hombros.

—No me gustaría que ningún caballero tuviera el poder de

hacerte daño —respondió sin más—. Estoy seguro de que si te interesara poco no volverías a caer en sus brazos una y otra vez. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Sé lidiar con mis problemas, Ash.

—¿Cuándo? —presionó una vez más—. La última vez que te saqué el tema habías discutido con él. Es evidente que eres una mujer preciosa, Sue. Cualquier hombre no se conformaría con solo tenerte en su cama.

Ella resopló, incómoda.

—Antes de emprender el viaje a Dashford.

—¿Por qué? —preguntó Asher con interés.

—Porque... Porque... —Susan bufó molesta—. Maldita sea, no pretendía decirle nada, pero apareció a las afueras de Londres montado en su caballo solo porque pensaba que estaba huyendo de él.

Asher no quiso sonsacarle más información. Era evidente que cada uno de sus hermanos había heredado un pecado capital: Dom portaba la ira sin ningún temor de gritarlo a los cuatro vientos. Sue, el orgullo, porque era imposible arrancarle la coraza que se aferraba a su pecho. Ireth... no estaba del todo seguro. Y él, la lujuria; la búsqueda del placer carnal ante cualquier adversidad solo para nublar sus pensamientos.

—Estarás cansada del viaje. —Asher se levantó para depositar un suave beso en su coronilla—. Diles a mis sirvientes que te preparen un baño y algo de cenar. Mañana partiremos a primera hora de la mañana. Todo está bien, ¿de acuerdo?

Ella asintió con suavidad.

—Espero que hayas venido acompañada de tu sirvienta personal —chasqueó la lengua, divertido—, porque tu hermanito mayor ha decidido que tener servicio femenino podría nublar mi buen juicio.

—¡¿Qué?!

Antes de que Susan comenzara a despotricar de Dominic, él se marchó en busca de Adeline, porque si iba a enfrentar al patriarca de los Ward, iba a hacerlo al lado de la mujer que había nublado cada uno de sus sentidos.

Adeline tenía entre sus manos su última novela completa. La había repasado, corregido, detallado y vuelto a leer una tercera vez antes de considerar que estaba perfecta. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos porque hacía mucho tiempo que no se sentía tan orgullosa con un trabajo que había salido de su mente. Emocionada, se levantó de la silla de su despacho y giró con el manuscrito en sus manos. Era el momento de tomar una decisión: ¿debía publicarlo cuando el protagonista de su historia era Asher Ward?

La duda comenzaba a germinar en su corazón. Angus, su protagonista, tenía ciertos matices de la personalidad de Asher, pero sus acciones eran suyas. Aunque era cierto que parte de las sensaciones que había tenido mientras escribía le pertenecían a ella.

—¿Qué hago? —preguntó al aire—. No tiene nada de malo. Me ha mostrado la pasión de una manera visceral que desconocía. ¿Por qué no iba a poder publicarlo?

El repiqueteo sobre la madera captó su atención, Addie dejó sobre la mesa su escrito y dio paso al que imaginaba que era su tío; Sophie solía entrar sin más, mientras que él respetaba siempre su privacidad.

—¿Te pillo en un mal momento?

Addie negó con la cabeza.

—¿Ocurre algo?

Gilbert entrelazó las manos a su espalda. No habían hablado demasiado desde que Beatrice Hearthry visitó la casa acompañada

de sus hijos.

—Siempre te he permitido hacer cuanto deseabas —comenzó a decir con lentitud, provocando que sus hombros se tensaran—. No he tenido inconveniente en que crezcas, no como una heredera, sino como una joven que debe conocer el mundo.

—¿Estás incómodo con mi presencia? —preguntó preocupada.

—Oh, por supuesto que no. —Su tío sonrió con suavidad, le regaló una pequeña caricia en la mejilla y continuó su paseo por el despacho—. Para mí siempre serás una hija más.

—Entonces ¿qué te tiene inquieto?

Addie se apresuró a coger una de sus manos, no quería perder la confianza con él. Siempre habían tenido una relación cercana de padre e hija y no deseaba que la verdad cambiara eso.

—Asher Ward tiende a cansarse de sus aventuras —respondió con la preocupación dibujada en sus ojos—. Es posible que sus juegos duren todo el verano, pero si no es así temo por tu corazón. No estás acostumbrada a lidiar con hombres de este tipo, que buscan todo beneficio para su causa.

—¿Ha venido a visitarte y por eso me estás advirtiendo de todo esto?

Él resopló angustiado.

—Así es. —Gilbert se pellizcó el puente de la nariz intentando mitigar su dolor de cabeza—. Toda decisión deseo que la tomes tú. Si tus sentimientos están en peligro, da fin a esta aventura sin sentido.

—Es cierto que últimamente me he desviado de mi camino —confesó con las mejillas sonrojadas—, pero no pretendo que me reduzca a cenizas.

—Bien, porque desea llevarte a Londres.

Adeline abrió los ojos, perpleja. Estaba segura de que Asher

tenía las puertas de su casa cerradas. ¿Por qué querría volver?

—Al parecer debe asistir a un evento. —Tragó saliva—. Yo... marcharé a Londres a la vez que tú. Elizabeth va a entrar en sociedad y necesita a alguien que proteja su honor ahora que su *padre* ha fallecido. Yo la defenderé de caballeros de reputación cuestionable y que quieran hacerle daño.

«Puedes decirme que deseas estar al lado de tu hija cuando sabes bien que va a ser un poco indominable», pensó Addie.

—Déjalo pasar.

Gilbert giró sobre sus talones mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Addie.

—¿Sí?

—¿Asher tiene tu corazón o es solo una fuente de inspiración? —preguntó Gilbert con astucia, no era ajeno del tono a su *pasatiempo.*

Ella no contestó, la duda empezó a golpear su mente con tanta fuerza que sintió unas profundas náuseas.

¿Estaba disfrutando de su cercanía solo para dar prestigio a Bluebell?

—Lo dejaré pasar.

Addie asintió sin ser capaz de decir ni una sola palabra. Esperó en mitad del despacho mientras jugueteaba con sus manos un tanto inquieta. ¿Qué era lo que sentía por aquel hombre que entraba en la estancia con una sonrisa que hacía que sus piernas temblaran?

—Milady —Asher le dedicó una reverencia, no sin acompañarla de un fugaz beso en el dorso de su mano—, diría que está hermosa, pero me gusta más cuando lleva menos ropa.

—Siempre tan descarado.

—¿Acaso lo dudaba? —Rio con suavidad—. He venido a hablar con usted.

Él posó su mirada en uno de los retratos de cuando tenía apenas doce años. Estaba sentada en una banqueta de estampado de flores rosas y abrazaba a un perro de tono chocolate que su tío le regaló cuando empezaron a vivir juntos.

—Mi tío ya me ha puesto al tanto —dijo sin tapujos—. Quiere que lo acompañe a Londres, pero no sé por qué cree que voy a hacerlo.

Asher se giró en su dirección, vestía un traje en tono marrón claro que hacía más destacables sus ojos ámbar. Su media melena, que otras veces había estado perfectamente peinada hacia atrás, estaba completamente desaliñada. Y, sobre su mano, descansaba un pequeño reloj de bolsillo.

—No tengo intención de alejarme de usted.

Adeline se cruzó de brazos para protegerse de sus palabras. Su corazón aleteaba inquieto dentro de su pecho. No importaba cuánto quisiera hacerlo callar, seguía tomando sus propias decisiones sin contar con su psique.

—No se va para siempre.

Asher dio unos pasos en su dirección haciéndola retroceder, no iba a marcharse de la casa de los Hearthry sin una respuesta que lo favoreciera.

—Me da igual —dijo casi sin aliento—. Antes me han bastado un par de segundos para pensar que no volvería a verla y me ha dejado sin aliento. Quiero que venga conmigo a conocer a Dominic.

Addie se mordió el labio inferior, no sabía si estaba preparada para escuchar aquellas palabras; echó unos pasos hacia atrás para mantenerlo lejos de su alcance, pero él era tan astuto que rodeó la mesa para poder estrecharla entre sus brazos.

—¿Por qué motivo?

—Porque no deseo presentarla como mi amante —dijo preso de

la cantidad de emociones que aturullaban cada uno de sus sentidos —: la quiero como mi prometida ante los ojos de mi familia y no en un ridículo pacto que no significa nada.

Addie abrió la boca dispuesta a decirle que era una locura, le resultaba imposible que alguien la viera más allá de unos instantes a la luz de la luna. Su propia timidez hizo acto de presencia, coloreando sus mejillas de un rojo escarlata que no supo dónde esconderse.

—Ha perdido la cabeza.

—Por usted.

Asher elevó su mentón con su índice y pulgar, necesitaba perderse en los gimoteos de su respiración agitada; en las pequeñas súplicas que le advertían lo mucho que necesitaba unir sus labios con los suyos. Addie cerró los ojos presa de aquel magnetismo que acompañaba a aquel hombre que le hacía perder la razón, esperó el roce de su boca con la suya y, cuando encajaron, notó una profunda liberación en su pecho. Porque quizá era posible que toda aquella historia había comenzado por mera inspiración y ahora se convertía en la narrativa que siempre deseó que sus propios sentimientos tocaran.

Quizá era buena idea publicar la novela.

Por ella.

Por él.

Por la historia que empezaba a crecer entre ellos.

Capítulo 16

Susan había pedido permiso para organizar la fiesta dentro de uno de los salones que la monarquía llamaba: «El suspiro de la reina». A pesar de que las cristaleras proporcionaban unas preciosas vistas del atardecer, Sue había preferido que la estancia estuviera decorada con velas, que no tardarían en tomar protagonismo cuando los últimos tonos violáceos se difuminaran en el cielo. Es más, había ordenado colgar farolillos de colores sobre el techo para representar la gran fascinación de su familia por la astronomía.

La decoración estaba colocada de manera minuciosa. Había hecho todo lo posible en distribuir varias mesas circulares en la parte izquierda de la estancia, invitando a las parejas a bailar en la pista de baile sin tropiezos. Aquella zona despejada no solo buscaba que las damas mostraran su destreza en el campo, sino que danzaran en los brazos de cualquier caballero que tuviera su atención, mientras los farolillos tintineaban sobre sus cabezas como una pequeña galaxia privada de la que disfrutar.

Orgullosa de que la ambientación fuera felicitada por cada duque o conde que ponía un pie en su interior, Susan sonrió agradecida de

no haber cometido un traspié. Estaba segura de que no era la mejor anfitriona del mundo: solía perder los nervios con facilidad y no le agradaba lo más mínimo que nadie la mirara como la opción más deliciosa para tener un matrimonio aventajado.

Un suspiro sonoro escapó de sus labios. No le gustaban nada las multitudes, sentía un nudo insoportable en el pecho cada vez que era invitada a un baile. Por eso solía escabullirse cuando nadie se percataba de su presencia y dejaba que el frío de la noche se abrazara a su piel. Solo así volvía a sentir que sus movimientos solo eran solo suyos y no los propios de alguien que se sentía perdida en un lugar donde era observada.

—Para ser la primera vez no ha quedado nada mal.

La voz de Asher la alejó por completo de sus pensamientos. Con lentitud se fue girando para encontrarse con su mirada ámbar, risueña y pícara como tanto le gustaba ver dibujada en sus labios. Vestía un traje en tono café; de botones dorados y corbatín en color gris perla. A su lado, como ya le había advertido en Dashford, iba acompañado de una dama rubia que no tenía intención de alejarse de su brazo. Su pelo estaba recogido en un moño trenzado que dejaba a la vista las finas facciones de su rostro. Estaba ataviada con un vestido azul con pétalos rojos bordados, en especial por la parte del pecho.

—¿Dónde está Ireth?

Susan lo miró de soslayo.

—Está indispuesta, o eso dice —susurró ella encogiéndose de hombros—. Nuestra relación no es que sea la más cercana, pero imagino que no deseaba ser parte de esto.

—Y aun así has aceptado.

Ella resopló molesta.

—Puedo lidiar con el humor de Dom como si él fuera la lluvia y

yo el gato que la repele. —El tono de Sue era tan atrevido como molesto, odiaba que le llevaran la contraria—. Es imposible siempre regalarle una negativa.

—Lo sé.

La multitud comenzaba a agolparse cerca de las mesas donde descansaban pequeñas degustaciones de pasteles de crema, algunos *macarons* originarios de Francia y unos trocitos de pan con mantequilla. El pecho de Susan no subía y bajaba con vehemencia porque los invitados comieran antes de tiempo ni tampoco porque hablaran más alto de lo estipuladamente correcto. Se sentía terriblemente inquieta al notar que la estancia comenzaba a parecerle muy pequeña.

—¿Te encuentras bien?

—Te ruego que des la orden de que entre el pastel cuando llegue la medianoche —susurró ella casi sin aliento—. He recordado que tengo algo que hacer.

Asher enarcó una de sus cejas, no le agradaba que su hermana se abrazase a sí misma como si le fuese la vida en ello, pero presionarla solo haría que retrocediera mucho más de lo que solía hacerlo. Con cautela apoyó la diestra en su hombro en un gesto afectuoso que concluyó con sus labios sobre una de sus mejillas.

—¿Es por la presencia de Grey? —dijo cerca de su oído—. Acabo de verle entrar.

—No, solo he dejado el regalo de Willow en casa —respondió a modo de excusa mientras se separaba de él—. Volveré en un rato, cúbreme si Dominic me busca.

—Como siempre.

Susan rio de manera entrecortada.

—Como siempre.

Adeline siguió con la mirada a Susan, que se inclinaba

ligeramente mientras se abría paso entre la multitud. Le parecía una mujer temible, pero se había roto en tal cantidad de pedazos que no comprendía cómo podría recomponerse.

—¿Cree que estará bien?

Asher suspiró.

—Siempre intenta fingir que lo está —aseguró en un pequeño susurro—. Lo único que me tranquiliza es saber que, si ocurre algo, me lo contará.

Addie asintió, no quería inmiscuirse en temas familiares que no le concernían. Es más, no se sentía del todo cómoda dentro de un círculo social del que siempre había estado alejada. Desde que entró con Asher del brazo, toda madre o casamentera que tenía la intención de redimir al tercer hijo de los Ward la fulminaba con la mirada. En un principio intentó fingir que no tenía nada que ver con ella, pero era evidente que los susurros acerca de la nueva amante de Asher Ward comenzaban a molestarle.

—No encuentro la diversión a ser el objeto de miradas de todo el mundo. —Su tono destilaba los primeros retazos de su enfado, aunque intentaba contenerlos bajo sus facciones angelicales—. Parece que he arrebatado el mayor premio a toda debutante que lo consideraba una opción.

—Dudo que mi fama me convierta en eso —rio él deslizando la mirada hacia ella—, aunque tampoco me importa lo que piensen de mí. ¿Le inquieta?

—Me incomoda.

Asher reanudó sus pasos por el salón, su hermano había entrado en la estancia acompañado de su esposa. Como de costumbre su postura firme y la fiereza grabada en sus ojos lo hacían un hombre temible, pero para él solo era una faceta que había tomado desde que heredó el ducado de la familia.

—No debe hacerlo. —El tono de su voz era más serio que de costumbre—. Puede que me consideren un canalla, pero todo lo que he hecho no ha sido en una fiesta delante de todo el mundo: soy un Ward, no un burgués sin clase. Además...

Addie esperó su respuesta con interés.

—Jamás he venido acompañado a ningún evento social.

—¿Qué quiere decir?

Él se inclinó sobre su oído, no sin antes dejar un fugaz beso en su sien de una manera tan breve que creyó haberlo imaginado.

—Que esta es mi primera vez y parece que es tan suya como mía.

Addie se humedeció los labios intentando controlar los latidos desesperados de su corazón. No debía emocionarse, porque si vertía toda la ilusión en sus palabras, podría darse de bruces con una realidad que empezaba a desagradarle.

«Me dijo que me deseaba como su prometida, no debería pensar que está mintiendo».

—Hermano.

La voz de Dominic lo alejó por completo de la agradable calidez que lo acompañaba cuando estaba con Adeline. Su cuerpo no tardó en tensarse, como si se tratara de las cuerdas de un violín. Quería a su hermano, eso era cierto. Le gustaba molestarlo y hacerle perder los estribos, pero se sentía incómodo cuando lo observaba de manera reprobatoria.

—Diría que esperaba no volver a coincidir —contestó Asher burlón con la intención de fruncir el ceño de su hermano mayor—, pero me temo que no puedo librarme de ti en el cumpleaños de tu esposa.

Dominic no respondió de inmediato, echó hacia atrás algunos mechones que escapaban de su maraña rubia. No solía mostrar

nada más allá de la molestia y el enfado, por eso se extrañó de que suspirara incómodo.

—Solo quería agradecerte que vinieras al funeral —dijo de manera abrupta mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. Te ordené que te marcharás de Londres y, aun así...

—Susan me lo pidió y, como la última vez, estoy aquí por ella —declaró él con fingida inocencia—. Es lo menos que puedo hacer.

Dominic asintió con cautela, no tenía la intención de discutir con él en ese momento. Sabía bien cuánto se había equivocado con sus hermanos, una sutil disculpa no amansaría los años de órdenes y protestas, así que tan solo suspiró derrotado.

—Gracias.

Asher ladeó la cabeza con su destacable picardía.

—No esperaba menos de ti.

—¿Quién es tu acompañante?

Addie dio un respingo a su lado, pero él intentó aliviar su inquietud apoyando la palma de su mano sobre la suya.

—Adeline Hearthry —anunció con orgullo permitiéndole que diera un par de pasos en dirección a su hermano; lo reverenció con elegancia y le mantuvo la mirada no dejándose hacer diminuta ante su presencia—. Se te olvidó ahuyentar a su familia de Dashford antes de mi regreso, como te tomaste las molestias en cambiar mi servicio y a toda dama que estuviera a mi alrededor...

—¿Una Hearthry? —repitió un tanto perplejo, deslizando la mirada sobre la mujer de cabello rubio que volvía al lado de su hermano—. ¿Esto es una de tus pataletas? Sabes bien nuestra enemistad con su familia.

—El pasado poco tiene que ver conmigo, Dom.

—¿Podemos hablar en privado?

Asher lo observó durante unos instantes.

—No —dijo con simpleza—. La quiero para mí, no solo como amante, sino también como esposa.

Dominic soltó una carcajada repleta de sarcasmo. No podía dar crédito a aquello que escuchaba. Su hermano, uno de los libertinos más problemáticos de Londres, quería contraer nupcias con una dama que él mismo había elegido.

—¿Está encinta? Bueno, no sería un problema para ti después de todo.

Asher apretó los puños con molestia, no iba a perder su tiempo en explicarle que su relación con Novallie no solo se basaba en placer, sino también en mentiras. Abrió la boca, dispuesto a recordarle que él se había casado con la intención de vengarse de los Dohaerty, pero Adeline lo detuvo.

—Señor Ward. —Addie no quería meterse en la conversación, pero la frustración de Asher los llevaría a una discusión que no tendría arreglo—. Su hermano me ha cortejado durante el verano. Quizá no ha sido de la manera más correcta, pero le agradecería que nos diera su bendición para formalizar nuestro compromiso y disfrutar de nuestra etapa como prometidos.

Él, no muy convencido, se cruzó de brazos.

—¿Por qué elegirías a una canalla como mi hermano?

—Porque es mi inspiración en muchos sentidos, milord.

La duda casi quebró las palabras de Adeline. Estaba emocionada por su proposición, eso era cierto. Pero ¿y si realmente deseaba su compañía para extender un poco más la vida de Bluebell?

Sacudió la cabeza antes de dar con una respuesta que quizá tendría que ver poco con el amor.

—Vaya, una artista. —Dominic cerró los ojos esperando contener la cantidad de palabras que se agolpaban en su garganta—. La admiración no mantiene un imperio. En él aparecen disputas,

guerras de poder y miles de malentendidos. ¿Cree que en esta situación es diferente? De hecho, por lo que recuerdo, su padre prescindió de usted hace unos años.

El corazón de Addie dio un vuelco en el pecho, eso no era del todo cierto.

—Dom.

—¿Por qué motivo el gran Elijah Hearthry no buscaría perpetuar su linaje con su heredera? No debes ser la pieza más valiosa de su colección, sino la más rota.

Ella contuvo el aliento, angustiada. A su mente vinieron los gritos amortiguados de su padre; los rugidos de su tío que la defendía con uñas y dientes mientras rogaban llevársela fuera de Londres. En aquel entonces, su sueño de ser el diamante más hermoso de los Hearthry se vio interrumpido por la ambición de su padre y aquella ficticia enfermedad que la alejó de un destino cruel que tenía preparado para ella.

—¡Dominic! —rugió su hermano, consternado—. No le haga caso, milady. Al duque le agrada arañar la belleza de los demás para hacerla imperfecta.

—S-si me disculpan —dijo ella haciendo oídos sordos a los gruñidos de Asher mientras se alejaba—. He recordado que llevaba demasiado tiempo sin saludar a unos parientes y es el momento idóneo de hacerlo antes de volver a Dashford.

Asher fulminó con la mirada a su hermano. Adeline era la única persona que había deseado con el corazón. No iba a permitir que la mordacidad del primogénito de los Ward redujera a cenizas a la mujer que le había hecho comprender que no estaba roto, solo que no había encontrado a la persona indicada.

—Si no le dedicas una disculpa a mi prometida, te aseguro que será la última vez que incline la cabeza ante ti.

—Las verdades son como puñales, ¿no es cierto? —Dominic se acercó a su hermano, aferró con la diestra su cuello y juntó la frente con la suya impidiéndole escapar—. Deberías preguntarte si tu dama anhela tu corazón o solo la adicción que supone tener a un hombre como tú a su lado.

—¡¿Qué demonios quieres decir?!

—Debe ser de lo más placentero que un caballero experimentado se arrodille ante una dama curiosa. Dime, hermano, ¿consideras que alguien que ha vivido ajena a todo lo que supone nuestro mundo desea algo de ti que no sea unos instantes?

Asher abrió los labios durante unos segundos, pero contuvo las palabras mordaces que amenazaban con salir de su boca.

—Ni siquiera la conoces.

—Pero ambos sabemos la historia de Elijah —comenzó a decir con cautela—. Lo mucho que le importaba la perfección y los pocos principios que siempre ha tenido. Hace años corrió el rumor de que su hija había fallecido debido a una extraña enfermedad. Por eso la muerte del marido de Beatrice Hearthry le ha hecho moverse entre las sombras para dar con ella y arrebatarle a su heredera. ¿Por qué motivo estaría esta noche aquí? Para provocar un escándalo.

Asher sintió un insoportable dolor en la boca del estómago.

—¿Qué estás queriendo decir con todo esto?

—Los Hearthry son una mera obra teatral —dijo de manera abrupta—. Mienten al mundo solo para que no descubran su deseo de casarse entre ellos. Tu futura prometida solo es una pobre chiquilla encerrada en un mundo ficticio. Desea recrear en su mente lo que jamás ha vivido hasta convertirlo en realidad. Después de todo, ¿qué se siente cuando te destierran?

Asher apretó los puños, dio un tosco golpe a la frente de Dominic, propinándole un agudo dolor, que intentó mantenerse

impasible para no ser el objeto de miradas de los invitados.

—¿Cómo vas a saberlo si siempre has sido intocable? —respondió él apretando los dientes—. Tu fingida empatía solo funciona con lo que gira a tu alrededor, pero es inexistente para nosotros. Por eso no importa los años que pasen, siempre seremos los peones de tu juego.

Dominic retrocedió unos pasos, como si le hubieran abofeteado tan fuerte que no podía mantenerse en la misma postura.

—Ash.

—No. —Negó con las manos incómodo ante su presencia—. Nuestra conversación ha llegado a su fin. Ya has creado la semilla de la duda en mi pecho, puedes beber una copa de oporto a mi salud.

Antes de que le ordenara que se quedara, Asher ya se había marchado.

Capítulo 17

Adeline tenía el gran deseo de desaparecer. Anhelaba que sus sentidos se apagaran tan solo por unos segundos, así dejaría de oír la melodía del violín que tanto taladraba sus oídos, el murmullo de la gente que le hacía pensar que solo la observaban a ella y el indigesto sabor del oporto deslizándose por su garganta.

Había hecho todo lo posible para esconderse en un rincón del salón, así podría pasar más desapercibida entre damas que la fulminaban con la mirada y caballeros que se deleitaban con su belleza. Pero el motivo de que su corazón estuviera a punto de escapar de su pecho no fue otro que las palabras de Dominic Ward. Porque no solo había abierto las heridas cicatrizadas de años, sino que consiguió romper toda su entereza.

«Piensa que, por ser hija de mi padre, yo soy igual que él. Pero lo que más me inquieta no es que pueda tener razón, sino que mi atracción hacia Asher solo sea mi alma de escritora en busca de inspiración. ¿Y si realmente no sé amar?».

Dio un nuevo sorbo a su copa intentando lidiar con los suspiros desgarradores que escapaban de sus labios. Tenía que serenarse,

demostrar que era una dama con unos modales impecables, no una niña que se rompía por un discurso que no tenía por qué ser verdad. Buscó en sus pensamientos cualquier motivo que le diera fuerzas, no importaba si era el más surrealista e incluso aniñado. Cuando creía que tenía el control, un ligero olor a puro le provocó un escalofrío. Addie miró a todos lados con la intención de encontrar al causante y no tardó en divisar a un hombre de unos cincuenta y pocos años que vestía un traje blanco de botones dorados. Su maraña dorada casi grisácea estaba desaliñada, pero para él parecía impoluta. La superioridad en sus ojos azules, tan similares a los suyos, le provocó tal nudo en el estómago que se rogó a sí misma no vomitar.

Elijah Hearthry.

Su padre: el hombre que solo la quería para sí mismo.

«Cálmate, es imposible de que se percate de que eres tú. Han pasado muchos años y no te reconocerá», se dijo a sí misma buscando una nueva copa de oporto que llevarse a los labios.

Addie no podía quitarle los ojos de encima. Sus recuerdos estaban bloqueados en su subconsciente, como si algo le advirtiera que era mejor olvidar que vivir con la verdad. Sin embargo, seguía estática en la parte más tenue del salón, como si hubiese olvidado cómo debía caminar. La presencia de Elijah tendía a hacerla diminuta, por eso prefirió vivir con el pensamiento de que su padre era Gilbert: un hombre honorable que la había criado como una hija, antes de pensar en él.

«Debo irme de aquí».

Entre breves reverencias y peticiones para que los invitados la dejaran pasar, Adeline intentó llegar hasta la entrada de El suspiro de la reina, donde caballeros acompañados de sus esposas e hijas se hacían paso mostrando una fingida faceta de su familia. Porque no importaba los escándalos que complementaran sus capas y capas de

tela, debían aparentar la perfección ante los ojos de una familia que tenía el suficiente poder de hacer desaparecer un apellido.

¿No explicaba eso lo que había ocurrido con los Hearthry?

Cuando el regusto de la libertad comenzó a saberle dulce en el paladar, Addie sintió un agarre en la muñeca. No importaba cuanto tirara o intentara zafarse, la multitud volvió a engullirla de una manera tan voraz que su espalda chocó de bruces con aquel mismo olor que tanto le había desagradado; la fragancia a largas horas de aislamiento que no deseaba recordar.

—Si alguien me hubiera comentado que mi hija ha resurgido entre los muertos, jamás me lo habría creído —Elijah mantuvo un tono monocorde, que le provocaba cosquillas en uno de sus oídos—, pero es evidente que nuestra familia destaca por las mentiras. Aunque me imaginaba que seguías en este mundo, Adeline. Eres tan simple como solo puede serlo una mujer.

—N-no sé de qué está hablando —respondió Addie casi sin aliento, volviendo a tirar de su mano sin éxito—. Se ha confundido, milord.

La carcajada a su espalda, careciente de diversión, le provocó tal escalofrío que erizó su piel.

—No me equivoco. ¿Sabes por qué?

Addie sintió que sus pasos retrocedían, las dobles puertas cada vez estaban más lejos porque la llevaba a uno de los rincones donde las velas apenas iluminaban.

—No, suéltame.

—Jamás me equivocaría contigo. —Él apretó con más fuerza haciéndola girar para enfrentar su mirada—. Heredaste los mismos rasgos angelicales de tu madre: tus ojos, de un tono azul cielo, solo eran de ella. El tiempo te ha hecho hermosa, pero también te ha proporcionado la similitud con ella. ¿Has estado satisfecha durante

este tiempo mintiéndome?

—Sí, lo he estado. —Addie intentó levantar el mentón, aunque se sintiera diminuta—. He conocido el sabor de la libertad, crecido y aprendido tanto lejos de ti que me volvería a marchar junto al tío Gilbert.

Elijah deslizó la mirada desde sus ojos azules hasta las curvas que componían su cuerpo. No tuvo ningún reparo en examinar si existía alguna imperfección en ella. Pero, por más que intentaba encontrarla, su pecho se hinchó de orgullo al comprobar que era lo que siempre había deseado.

Una descendencia besada por la belleza.

—Estaba en lo cierto al pensar que era extraño que mi hermano decidiera mantenerse al margen de nuestra familia cuando *moriste.* —Rio con cierta sorna. Sus dedos se hincaban en la piel de Adeline provocándole algún que otro quejido—. No solo ha estado conspirando contra mí, sino que ha tenido entre sus brazos a mi mayor propiedad.

Addie engurruñó el ceño con tal repugnancia que prefirió que las uñas de su padre arañaran su piel al apartarse de él que tenerlo cerca. Su lejanía provocó que se enfadara, no solo por su manera de enarcar las cejas, sino por cómo apretaba la mandíbula.

—Me pertenezco a mí misma —declaró rogándole a su voz que no se rompiera—. Puede que compartamos sangre, pero no somos nada más allá de eso.

—Te aseguro que eso no será así —dijo amenazante dando unos pasos en su dirección—. He perdido la oportunidad de que Londres te vea, no cometeré el error dos veces.

—No puedes controlarme, padre.

Elijah se mantuvo en su posición durante tanto tiempo que ella pensó que se rendiría. Dominic había asegurado que su presencia en

la fiesta de cumpleaños de su esposa no era otra que casarse con Elizabeth Blackford, la hija de su tío, con la intención de perpetuar una familia distanciada por las malas decisiones de unos y de otros.

—«Y mientras los años de silencio alejaban al caballero de su ducado, lady Ofelia se preguntaba cuánto tiempo debería seguir atada al campo hasta que se percatara de que sus sentimientos solo eran de él» —relató él con tanta minuciosidad que Addie se mordió el labio inferior—. *En boca de lo prohibido*, quinto libro escrito bajo el seudónimo de Bluebell.

Addie sintió que todo a su alrededor le daba vueltas. Por más que su mente le chillara que diera por finalizada aquella conversación, ninguna parte de su cuerpo funcionaba. Sus oídos solo escuchaban los breves suspiros de sus labios en busca de un aire que no llegaba a sus pulmones, no solo por lidiar con el pasado, sino porque su padre narraba una de las frases de sus primeras novelas.

—Aplaudiría tu gran memoria —dijo con cautela mientras apretaba los puños—, pero no sé en qué lugar te deja que un caballero lea ese tipo de narrativa.

Elijah sonrió con malicia.

—«Los escuché gritar sobre qué harían conmigo. Mi padre hablaba de encerrarme en mi alcoba para siempre. Mi tío solo quería librarme de todo dolor que acariciaba mi cuerpo» —relató una vez más—. *Una caricia al alma,* la primera novela que escribió. No, que escribiste.

—Yo no he...

—No me di cuenta en un principio —la cortó de inmediato mientras entrelazaba las manos a la espalda—. Después de todo siempre hay una mujer valiente que toma la decisión de dar vida a sus escritos, pero me llamó la atención el seudónimo: Bluebell. El mismo que utilizaba tu madre. Pensé que estaba perdiendo el juicio

ante mi deseo de perpetuar nuestra familia, pero algo me decía que leyese unas líneas... cuál fue mi sorpresa cuando me percaté de que varias frases eran retazos de mi vida, de la tuya: de la nuestra.

—Padre.

—Consideré que debía dejarlo pasar —continuó fingiendo tranquilidad, pero era cierto que estaba enfurecido, Addie lo notaba en la tensión de sus sienes—. Las casualidades existen y, aunque supiera que estabas viva, no podía encontrarte. Solo tenía que esperar que tu tío perdiera los estribos para que te dejara a solas en un lugar donde yo tengo más poder que él. Y aquí estás.

—N-no sabías que vendría.

Él chasqueó la lengua.

—No —admitió con suavidad—, pero era una posibilidad si él se atrevía a poner un pie en Londres para proteger a *su hija* de mí.

Addie no daba crédito a lo que escuchaba. Su padre había dejado pequeñas pinceladas de sus intereses dibujadas alrededor de su hermano solo para que diera un traspié y tuviera acceso a ella. La muerte del duque de Blackford fue la gota que colmó el vaso para que Gilbert pasase a tomar el papel como padre de los hijos de Beatrice.

—No ibas a crear un escándalo por Lisbeth.

—No —rio con orgullo—, iba a hacerlo por ti. No sabía si sería hoy, dentro de unas semanas, meses o años. Pero conseguiría romper su templanza de una vez por todas. Y aquí estás. Vámonos a casa.

—No.

—Por supuesto que sí. —Elijah se acercó una vez más a ella, tiró de su índice con insistencia y la acercó a él—. Porque si no todo el mundo sabrá que tú eres la autora de esos libros cargados de erotismo. ¿Y sabes qué ocurrirá? Dará igual dónde te escondas,

porque una mujer de tu edad debería estar casada para tener tanta información sobre el placer carnal. Te tacharán, te repudiarán y no importa si quieres esconderte. Así que vamos a casa antes de que pierda la paciencia por completo.

Addie se sentía entre la espada y la pared. No importaba dónde mirara, nadie se daba cuenta de que estaba siendo chantajeada por el patriarca de su familia. Para muchos que no la conocían pensarían que era una mera conversación entre dos conocidos, pero eso estaba muy lejos de la realidad.

¿Y si pedía ayuda?

Elijah no tardaría en acaparar la atención de todo el mundo solo para destrozar su invisible reputación. Porque quizá no había sido la dama más correcta en Dashford, pero sus encuentros con Asher no estaban en boca de todos por más que los hubieran visto juntos.

—No puedes hacerme esto.

—Me abandonaste cuando más te necesitaba —respondió él con la intención de hacerla sentir culpable—. No tienes opciones: damos luz a tus secretos o los guardamos en un cajón.

Las lágrimas amenazaban con descender por su rostro, daba igual lo muy injusta que le pareciese la situación, no tenía escapatoria. Addie hizo uso de su templanza para no romperse delante de él; levantó la cabeza con fingido orgullo y permitió que le agarrase el mentón como si hubiera obtenido el botín más valioso de aquel salón.

—¿Adeline?

La voz de Asher la sacó por completo de aquella ensoñación. No recordaba que en esta ocasión no estaba sola, porque el hombre que la había invitado a ser parte del mundo que le habían arrebatado estaba allí solo para dejar claro que sería su prometida.

—Tenemos que irnos.

Él deslizó la mirada hacia su padre, pero no tardó en fijarse en la fiereza con la que se mordía el labio inferior. El ceño de Asher se frunció en una línea tan recta que no ocultó su enfado.

—Mi prometida no irá a ningún sitio.

Elijah soltó un bufido.

—Mi hija volverá a casa inmediatamente.

—¿Q-qué está...?

El corazón de Adeline iba demasiado deprisa. Si su padre la encerraba en la mansión principal de los Hearthry viviría bajo su sombra hasta el resto de sus días. Pero si montaba un escándalo que hiciera demasiado ruido jamás podría volver a casa.

«Un escándalo por otro», pensó ella.

—Asher —pronunció su nombre con la intención de captar su atención—. No importa lo que haya dicho Dominic, haz que el mundo nos vea.

Él tardó unos minutos en reaccionar a su petición, se enzarzaba entre el hecho de dar vida al libertino que todo el mundo parecía temer y alabar por partes iguales. Asher estaba seguro de que si montaba un escándalo en el cumpleaños de su cuñada, sus acciones jamás se olvidarán dentro de la alta sociedad.

¿Debía cumplir con el ruego de Adeline?

Los gritos de Elijah fueron el motivo por el que todos los presentes se fijaron en ellos. No importaba cuánto exigiera que lo echaran de la fiesta, ningún Ward con su dudosa reputación era una mala compañía. Así que Asher, con su sonrisa irónica dibujada en los labios, acortó la distancia que existía con Adeline. Ignoró por completo los tirones de su padre intentando alejarlo de su hija, pero eso daría mucho más de lo que hablar en las próximas semanas.

Su mirada ámbar se clavó en el azul claro embravecido de Addie, que solo buscaba consuelo en los brazos de un hombre que había

puesto su mundo patas arriba. Cuando él colocó las manos en sus mejillas, ella soltó un suspiro repleto de alivio. Juntó su frente con la suya esperando una nueva aprobación por su parte: todo lo que hiciera en aquel momento los acompañaría para siempre y necesitaba saber si estaba dispuesta a ello.

Adeline asintió complacida y él se acercó aún más a sus labios.

—Tus deseos son órdenes para mí, milady.

Y mientras los gritos se elevaban dentro de aquel gran salón que había decorado Susan Ward para la celebración de su cuñada, Asher besaba delante de todo el mundo a la mujer que le había arrebatado el corazón.

Si la presencia de Gilbert Hearthry como tutor de Lisbeth iba a ser un tanto escandalosa, su asistencia quedó eclipsada bajo cada uno de los besos que su sobrina dejaba en la boca del tercer hijo de los Ward.

El desterrado.

Con el que quería absolutamente todo.

Capítulo 18

Lo sucedido en el cumpleaños de la esposa del duque de Ward corría como la espuma por todo Londres. No había dama, sirvienta o caballero que no comentara la actitud canalla de Asher. Algunos hablaban de su intención de ser el centro de atención para vengarse de su hermano mayor, otros aseguraban que intentaba recordarle al corazón británico que todo lo que quería, lo obtenía.

El escándalo estaba por todas partes. No importaba lo impoluta que fuera la reputación de Dominic Ward. La actitud de Asher hacía eco en cada rincón entre risas, palabras obscenas y suspiros de las damas que se juntaban para coser y hablar de los últimos cotilleos que seguían latentes en la ciudad. El escenario era tan caótico que habían tenido que encerrarse en la mansión principal de los Ward hasta que dieran con la situación más adecuada por dos motivos: Dominic estaba hecho una furia y Asher sentía la inseguridad suspirándole en la nuca.

Había estado seguro de dejarse señalar por cada uno de los invitados a la celebración. Después de todo nunca le importó demasiado lo que pudieran pensar de él. Tampoco si era motivo de

deseo para las damas que buscaban esposo o si tan solo admiraban su espíritu libre. Lo que realmente había mermado aquella actitud burlesca que tanto lo caracterizaba era haber escuchado una conversación que no era para él.

Asher no dudó ni un instante en enfrentar a su hermano mayor en la fiesta. No iba a permitir que nadie pusiera en evidencia a Adeline. Él era feliz con sus pequeñas discusiones. Con sus largas charlas en la madrugada e incluso con abrazarse a ella y quedarse dormido aferrado a su espalda. Pero empezaba a preguntarse si aquella historia que empezó como una mera distracción para él tuvo un interés oculto para ella.

«Después de todo siempre hay una mujer valiente que toma la decisión de dar vida a sus escritos, pero me llamó la atención el seudónimo: Bluebell. El mismo que utilizaba tu madre. Pensé que estaba perdiendo el juicio ante mi deseo de perpetuar nuestra familia, pero algo me decía que leyese unas líneas... cuál fue mi sorpresa cuando me percaté de que varias frases eran retazos de mi vida, de la tuya: de la nuestra».

Las palabras de Elijah Hearthry seguían haciendo eco en su cabeza. No importaba cuándo llegaran a su fin, reanudaban la primera frase una y otra vez hasta que la furia le hacía tirar todo lo que estuviera a su paso.

Cuando conoció a Adeline fue de manera casual. Él repudiaba la escritura de Bluebell de una manera tan abierta que jamás creyó que podría encontrarse con la persona que estaba tras aquellas historias. Era cierto que había leído alguno de sus libros en los que aplaudió alguna que otra escena, pero también ponía los ojos en blanco cuando le frustraba la actitud del protagonista masculino.

«Parece un pelele sin personalidad, o demasiado sumiso para ser tan peligroso como dice», solía gruñir.

Jamás imaginó que, sin saberlo, contribuyera a la inspiración de la autora hasta quedar completamente desnudo frente a unas páginas que hablaban de cada una de sus debilidades.

«Quizá estoy exagerando, pero me abruma tanto que pueda ser así», Asher se pellizcó el puente de la nariz intentando contener las emociones que se agolpaban en su mente. Era la primera vez que se enamoraba y sentía que era una mentira.

—La tensión de tus hombros delata tu humor, hermano.

La presión de las manos de Susan sobre sus hombros lo arrastró de nuevo a la realidad. No sabía cuánto tiempo llevaba escondido en uno de los pequeños salones que utilizaban para reuniones privadas. Los gritos de Dominic no lo habían llevado a enfrentarlo, sino a darle la razón en silencio mientras se alejaba de él. No le servía de nada su molestia, tampoco que le reprochara su conducta. Él siempre había estado para él, pero jamás su hermano mayor estuvo para sus momentos de dudas e incertidumbre. Por eso prefería no discutir, porque no entendería que, más allá de la protección que siempre le proporcionó a cada uno de sus hermanos, no existía el amor fraternal.

—¿Llevas mucho rato aquí? —preguntó con la voz rasposa mientras echaba la cabeza hacia atrás. No se había molestado en proporcionar más luz a la estancia, le bastaba la tenue danza de una vela—. No te he oído entrar.

—He pronunciado tu nombre más de una vez, pero no parecías estar aquí.

Asher suspiró, tomó la diestra de su hermana y se la llevó a los labios.

—No lo estoy —admitió con pesadez—. Siento que he tomado una decisión que me pasará factura para siempre.

—Pensaba que te habías enamorado de esa chica.

Él guardó silencio durante unos segundos. Había sentido la necesidad de escapar de las órdenes invisibles de su hermano, el deseo de imponer su verdad y cegar sus inquietudes en el cuerpo de alguna mujer. Pero la presencia de Adeline no solo le había proporcionado eso, sino conversación y sentirse parte de algo a lo que jamás aspiraba.

—Temo que lo estoy, Sue.

—¿Eso es un inconveniente? —susurró ella como si temiera que su hermano mayor los escuchara—. Todo libertino tiene la oportunidad de redimirse.

—Temo que han conseguido mi corazón y ahora no sé cómo debo seguir.

Susan detuvo la caricia con su mano izquierda. Su hermano destacaba por su amplia despreocupación. Quizá los problemas se agolpaban alrededor de la familia, pero él se sentía ajeno a cada uno de ellos. Sin embargo, en aquel momento parecía perdido entre dejarse llevar a la deriva o simplemente volver a Dashford.

—¿Qué es lo que te inquieta, Ash? —El tono de Sue fue mucho más dulce, muy pocas veces lo utilizaba—. La furia de Dominic nunca ha sido un problema para ti.

—Estoy completamente seguro de que Adeline Hearthry es Bluebell, la autora de varias historias románticas que corren como la espuma por Londres. —Hizo una breve pausa—. Y también podría confirmar que me ha usado como inspiración este último verano.

Ella chasqueó la lengua.

—Es curioso que siempre hayas sido tú el que podía hacer y deshacer cuando tenía un encuentro con una mujer —respondió con sencillez, se removió tras de él solo para poder encontrar un hueco en el brazo de la silla donde estaba sentado—. Y hayas sido cazado sin ni siquiera darte cuenta.

Asher frunció el ceño.

—No tiene ninguna gracia.

—No me lo resulta —Susan se encogió de hombros—, pero estás ofendido porque es la primera vez que no sabes cómo escapar. Ni siquiera sabes a ciencia cierta si tu historia es la de ese nuevo libro.

—Recuerdo que tuvimos una conversación similar hace unos años. —Ella torció el gesto y se levantó de manera abrupta, sabía bien qué iba a decir y no deseaba escucharlo—. Te advertí que el juego de los amantes solo sabían jugarlo los hombres y no me hiciste ningún caso.

—Esta conversación poco tiene que ver en este momento —respondió bastante molesta.

—Por supuesto. No es evidente que has disfrutado del magistrado Grey hasta que se ha obsesionado contigo. —Asher se levantó, notaba que le ardía la cabeza—. Las mujeres se sienten dolidas cuando les regalan una negativa, los hombres lo convierten en una apuesta hasta que obtienen lo que desean.

Susan lo amenazó con la mirada.

—No vamos a hablar de esto ahora.

—Claro. —La sonrisa que le regaló ni siquiera iluminó sus ojos ámbar—. Debemos mirar a otro lado cuando se trata de ti: el orgullo te ciega, Susan Ward.

—La adicción a la lujuria te engulle, Asher Ward.

Ambos se miraron retadores. Siempre solían protegerse como si hubieran prometido morir por el otro, pero había ocasiones en la que discutían tan fuerte que sus hermanos se preguntaban cómo la unión entre los dos era tan profunda.

—Eres exasperante, Sue. —Contuvo una sonrisa.

—Para tu desgracia compartimos la misma sangre. —Ella se abrazó a sí misma mientras le daba la espalda, debía hacerse la

fuerte para que nadie viera más allá de su actitud mordaz—. ¿Quieres que les pida a los sirvientes que te traigan el nuevo ejemplar de Bluebell?

Él lo meditó durante unos instantes.

—Sí.

De todas las cosas que esperaba vivir Adeline en su vida, poner un pie en la residencia principal del duque de Ward no estaba entre ellas. Tras haber sido amonestada a gritos por Dominic, había tomado la decisión de pasear por el jardín trasero para pasar un poco más desapercibida. Tenía el corazón en un puño, no solo por haber tenido unas palabras con su padre, sino por descubrir que había hilado una fama poco respetable con tal de llegar a ella.

Addie apoyó la mano sobre su pecho para controlar su respiración irregular, necesitaba serenarse antes de que los quejidos escaparan de sus labios. Siempre había pensado que era lo suficientemente fuerte para enfrentar cualquier situación. Su tío Gilbert le había proporcionado la libertad adecuada para que aprendiera cómo funcionaba la vida, pero a pesar de eso había necesitado que Asher la protegiese, y eso le había hecho darse cuenta de que no importaban lo justas que le pareciesen sus propias decisiones, siempre existiría algo que le costaba superar. Y en su caso era el haberse perdido una vida que merecía por nacimiento y que no había podido vivir por miedo. Porque daba igual cada una de las mentiras a las que había dado voz para decir que eso no era cierto; la herida se mantendría en el mismo lugar esperando ser cicatrizada.

—Aquí estás.

La voz de Asher la hizo girarse con suavidad. Si sus pensamientos daban vuelta en torno al reproche, la incomprensión y

la tristeza, no tardaron en evaporarse al ver cómo el hombre que más la frustraba en el mundo daba unos pasos en su dirección.

A pesar de escribir historias sobre el amor, no reconocía los nerviosos latidos de su corazón. Tampoco la necesidad que sentía de tenerlo cerca cuando estaba acostumbrada a lidiar con la soledad. Por eso le costaba tanto comprender si su atracción por Asher Ward era algo más que simple inspiración.

Las dudas comenzaron a evaporarse de manera paulatina dentro de la fiesta, donde no había tenido ningún reparo en besarla delante de toda la aristocracia londinense solo para protegerla de su padre. Quizá su reputación era inexistente en aquel momento, pero empezaba a no importarle.

—Necesitaba tomar un poco de aire fresco —respondió con suavidad Addie, escondiendo las manos tras su espalda—. Aunque los últimos latigazos del verano me recuerdan que eso no es posible aún.

No encontró la destacable sonrisa de Asher, tampoco el brillo ámbar que siempre resplandecía en sus ojos. Preocupada, elevó una de las manos en dirección a su mejilla, pero él se apartó con suavidad.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó inquieta, pero el silencio no le proporcionó una respuesta—. ¿Es por lo sucedido en la fiesta? Te agradezco que me libraras de la conversación con mi padre, pero no tienes la necesidad de casarte conmigo. Puedo volver a Dashford aunque carezca de reputación, tampoco me...

—*Noches de verano* —pronunció Asher levantando un libro de portada violeta y letras doradas—, la última novela de Bluebell.

—S-sí, tengo entendido que ha salido esta mañana.

Asher no contestó, abrió el libro de manera aleatoria hasta dar con una frase que pareció captar su atención.

—«La mirada ámbar del duque jamás pasó desapercibida para la dama. No importaba lo lejos que se encontraran en un salón, siempre notaba cómo sus ojos acariciaban su piel» —leyó en voz alta, para después continuar con otro párrafo totalmente diferente—. «Él no estaba acostumbrado a ser atado por el amor, pues no conocía el significado de la palabra. Pero era cierto que mientras unían las manos en la oscuridad del bosque, eran capaces de prometerse un mundo en el que eran personas totalmente diferentes. Uno donde ella podía caminar en mero camisón y él con un traje almidonado del que solo se había despojado del corbatín».

Adeline tragó saliva, no sabía muy bien qué debía decir. En un primer lugar pensó que quería burlarse de la narrativa de la autora, pero por la forma en que fruncía el ceño supo que el tema iba más allá de eso.

—Cuando llegamos a un acuerdo, lady Hearthry —comenzó a decir él sin permitirle hablar—, me dijo que buscaba dar más sentimiento a su protagonista masculino. Nunca me habló de que usted fuera Bluebell ni que yo sería su conejillo de Indias.

Ella abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato. Todo empezaba a darle vueltas; su corazón no ayudaba martilleando su caja torácica. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo le explicaba la verdad?

—Me ha utilizado. —Se rio sin un ápice de diversión—. Pensé que cada uno de los encuentros que nos acercaban eran porque sentíamos lo mismo, no porque yo fuera su buzón personal.

—Asher —suplicó con suavidad intentando acercarse a él, pero rehusó el contacto—. Esa historia estaba empezada cuando te conocí en la librería. Me sentí terriblemente ofendida cuando dijiste que mi narrativa era mediocre, pero yo también consideraba que a mi personaje le faltaba algo que desconocía.

—Y me convertiste en él.

—¡Fuiste mi inspiración para darle forma!

Él resopló molesto. Addie notó cómo sus mejillas tomaban un tono rojizo debido a la vergüenza que sentía. Su mirada estaba fija en el libro que apretaba con desdén, como si le hubiera despojado de sus secretos.

—Me has expuesto.

—Jamás le diría a nadie que cada caricia detallada en este libro la he recibido yo en mi cuerpo —respondió temblorosa—. Tampoco que el sabor a alcohol de los labios del duque los he saboreado yo y no mi protagonista. Jamás había sentido una pasión tan arrolladora que me proporcionaría un deseo frenético de continuar mi historia. Es cierto que he tenido dudas acerca de mis sentimientos por ti, pero jamás nadie ha reparado en mí más allá que para hablar sandeces sobre mi persona.

—Entonces ¿qué sientes por mí, Adeline? —Asher apretó la mandíbula con fuerza, olvidó que no la quería cerca y tiró de su diestra para enfrentarla—. Me han hecho falta leer unas pocas páginas para saber que ese libro contiene una versión de nuestro verano.

—L-lo sé.

—He arruinado tu reputación delante de todo Londres porque pensé que no importaba la consternación de la sociedad. —Asher negó con la cabeza de lo más frustrado—. De todas formas, íbamos a volver a Dashford a vivir como nosotros deseábamos. Maldita sea, te pedí que fueras mi prometida y no mi amante. Eres... Eres... Me has desestabilizado por completo. Jamás he sentido ni una mínima parte de lo que siento por ti, Adeline Hearthry. Estoy asustado por completo.

Las debilidades de Asher se dibujaban en sus facciones. No importaba hacia donde mirara, sus iris ámbar se resquebrajaban en

incontables pedazos. Es más, su pecho subía y bajaba con vehemencia: le costaba respirar.

Estaba asustado por amar con el corazón y no ser correspondido. Como un niño que cree que jamás será visto por su familia.

—Asher, yo...

—¿Me amas? —preguntó agitado—. ¿Puedes decirme que no soy solo el hombre que pulió a tus personajes?

—Yo... —Las palabras se quedaron atascadas entre las cuerdas vocales de Adeline. Era la primera vez en su vida que no sabía cómo enfrentar sus sentimientos. Era más fácil aceptar que solo era un peón en el juego de un hombre antes de pensar que alguien la querría en su vida—. Asher, yo...

Él tragó saliva conteniendo las emociones en su garganta.

—Hasta que no encuentres tus respuestas me temo que no eres bienvenida en esta casa ni tampoco en mi vida. —Hizo una pausa en busca del aire perdido—. Deberías marcharte.

Addie asintió con las lágrimas agolpándose en sus ojos, no deseaba alejarse de él, pero no podía proporcionarle las palabras que buscaba hasta que estuviera completamente segura. Porque el amor debía vivirse cuando era real, no una mentira.

Apretó los puños con tanta fuerza que sintió como las uñas perforaban la palma de sus manos y antes de arrepentirse decidió marcharse de una mansión que la dejaba por completo sin respiración.

Capítulo 19

Tres semanas después

El silencio que envolvía la vida de Adeline debía ser su zona de confort. Después de todo estaba acostumbrada a lidiar con la calma que bailaba por cada rincón de su residencia en Dashford. Es más, siempre había sido como una vieja amiga a la que solía aferrarse cuando deseaba empezar un nuevo escrito o tan solo disfrutar de la libertad que siempre tuvo. Pero esta vez la sensación le resultaba pesada y le impedía respirar. Daba igual si justificaba el dolor de su pecho con su presencia en la casa de su padre, pues se había convertido en su residencia temporal mientras se encontraba en Londres. Tras lo sucedido en El suspiro de la reina, los Hearthry se habían reunido con la intención de exigir que Elijah Hearthry diera paso a un sucesor más implicado en la familia y menos centrado en su conducta egoísta. Sin embargo, Addie no estaba dispuesta a tomar las riendas de un apellido del que conocía la indiferencia; prefería que su tío Gilbert se encargara, pero hacerlo implicaba que se casara con alguien que no fuese Beatrice, así que se le permitió a esta regentar el puesto mientras enseñaba a su hijo mayor a ser el

heredero. Mientras, su tío se encargaría de tutorizar las lecciones del muchacho teniendo la oportunidad de estar cerca de él como un amigo cercano que seguía manteniendo su secreto custodiado bajo llave.

Addie no opinó, tan solo permanecía cerca de sus parientes con una actitud un tanto pasiva. Por más que conociese de dónde procedía el prestigio de los Hearthry, no sentía ninguna afinidad hacia ninguno de ellos, así que prefirió excusarse durante sus reuniones mientras buscaba comenzar una nueva historia para alejar su mente de la realidad.

La primera semana fue la más complicada. Las letras salían solas de su mente, regalándole la voz de una joven protagonista que huía de la sociedad por haberse enamorado de la persona equivocada. Más tarde desechó la idea, preguntándose a sí misma si conocer a Asher Ward había fulminado por completo su esencia como escritora. Después de todo, si él había sido el causante de uno de sus mayores éxitos significaba que podía mantener la misma fórmula hasta que dejase de funcionar, ¿no era cierto?

No funcionaba.

Sus pensamientos calaban la narración haciendo de las preguntas que martilleaban su cabeza una continua retórica de la que no podía escapar. Addie pasó noches en vela preguntándose por qué, si no era amor lo que sentía, echaba tanto de menos el tono burlesco de Asher; sus sonrisas cargadas de diversión y su astucia para conseguir que de él deseara no solo su compañía, sino absolutamente todo lo que pudiera ofrecerle.

¿Cuál era la diferencia entre amar y ser inspirador?

Unos pequeños golpes en la puerta captaron de inmediato su atención. No sabía cuántos días llevaba atrincherada en el despacho que era de su padre. Tampoco si había comido lo suficiente para que

el dolor de sus sienes mitigara con un té, o tan solo podía excusarlo con las escasas horas de sueño.

—Adelante —susurró con la voz rasposa, sentía la lengua seca y se le pegaba en el paladar.

Gilbert entró en la estancia con aquella petición silenciosa grabada en el rostro. Cuando obtuvo un breve asentimiento por su parte, dio unos pasos hacia el interior esperando encontrarse algo más allá del rostro cansado de su sobrina. No le gustaba que se encerrara porque siempre había sido una muchacha risueña que necesitaba conocer todo detalle que la envolvía. Había hecho todo lo posible para darle su espacio, pero sentía que era el momento de recordarle que seguía preocupándose por ella como el primer día.

—Empiezo a pensar que te agrada estar encerrada —comenzó a decir con cautela, su ceño fruncido mostraba lo poco que le gustaba aquel despacho—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi Adeline?

Ella soltó una pequeña risa.

—Estoy aquí —respondió con suavidad—, batallando con mis pensamientos una y otra vez, con la esperanza de comprenderlos antes de que me devoren por completo.

—Si fuera así no habrías pedido que publicaran un artículo sobre ti.

«Ah, está en lo cierto, pero necesitaba sentirme mejor conmigo misma».

Desde que se encontraba atrincherada en aquel lugar había enfrentado su seudónimo en una cantidad de opciones que terminaban desdibujándose en su mente. No importaba la elección que hiciese, ninguna le gratificaba lo suficiente para sentirse mejor consigo misma. Porque sus escritos no tenían la culpa de que pensara en él ni de que hubiera sido idiota al decirle que no sabía separar la admiración del amor.

—La escritura es una extensión de mí, pero siento que ha herido los sentimientos de alguien —confesó mientras se levantaba de su asiento—. Mi intención cuando comencé a publicar era que mis lectores se sintieran identificados e incluso tuvieran la oportunidad de alejarse de su propia realidad.

—¿Y eso ha cambiado?

—He conseguido que mis historias sean más reales. Gracias a él encontré el tono que necesitaba para que mis personajes respiraran, pero lo he hecho a su costa —reveló con tal frustración que se acarició las sienes—. *¿Quién está bajo las letras de Bluebell?* ¿No te parece un buen titular?

Gilbert suspiró.

—Todo Londres sabe que tu reputación está manchada por Asher Ward —dijo su tío intentando llegar a ella para que dejara de caminar de un lado a otro del despacho—. Solo has fomentado que todos tus escritos tengan una parte de él, como si cada historia no fuera de tus protagonistas, sino tuyas propias. ¿Eso era lo que deseabas?

—No.

—Entonces ¿qué es lo que buscas, Addie? —Él sostuvo su muñeca y dio un pequeño tirón para aferrarla entre sus brazos—. Porque tu idea solo te invita a que vuelvas a Dashford y vivas allí para siempre. Nuestro hogar, ahora que yo me quedaré, pasa a ser tuyo por completo.

—La casa es tuya.

—Nuestra —respondió con suavidad dedicándole tiempo a cada sílaba—, y eso no cambiará. Solo te pido que me respondas a algo.

Ella se aferró a él, escondiendo el rostro en su pecho mientras disfrutaba del olor a almizcle de su traje.

—Lo que me pidas.

—Si el dolor te consume ante su silencio, ¿por qué no has ido a buscarlo?

Adeline guardó silencio durante unos instantes, intentaba dar con las palabras correctas para contarle a su tío qué era lo que tanto la torturaba, pero conforme más indagaba en su interior sentía cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos hasta deslizarse con lentitud por su rostro y caer por su barbilla.

—Porque todo comenzó con una proposición —reveló con las mejillas sonrojadas—. Una en la que debía afianzar mi nombre en las librerías mientras él solo encontraba la excusa para volver a casa. Todo se me fue de las manos cuando cada momento se convirtió en inspiración y... ¿qué es el amor, tío? ¿Cómo sé que lo que me causa dolor en el corazón lo es?

Gilbert depositó un fugaz beso en su coronilla. Desde que Addie era muy joven había hecho lo posible para que su felicidad no se viera mermada al vivir en el campo. Solventó cada una de sus necesidades para que jamás se sintiera inferior y la animó a alzar sus alas, incluso si en más de una ocasión le provocaba un quebradero de cabeza. Pero se había convertido en su niña consentida a la que no deseaba que le faltase ni un mísero detalle y eso no cambiaría aun siendo una mujer adulta.

—El amor es un matiz de claroscuros dentro de un cuadro —comenzó a decir con suavidad mientras la mecía entre sus brazos—. Es felicidad tras una conversación, o alivio tras un día duro. Es pasión cuando dos almas se tocan y dolor cuando parece que se marcha sin motivo aparente. Dime, Addie, ¿por qué alguien no puede ser inspiración y el protagonista de tu vida?

—Porque supone que el interés en ella solo es por el bien de la historia.

—¿Entonces has llegado al final de la tuya y ha dejado de

interesarte? —preguntó Gilbert por curiosidad—. Porque si es así, tu capricho por Asher Ward habría desaparecido. Puede que encuentres interés en alguien que es ajeno a todo lo estipulado, pero si no sintieras admiración por su manera de encontrar la libertad no anhelarías su presencia. ¿No es cierto?

Addie tragó saliva. Su propio miedo la hacía temblar como una hoja en los brazos de su tío. No estaba acostumbrada a querer de una manera que no fuera fraternal; conocía el amor a través de la literatura, pero no de una forma real.

—Estoy seguro de que todo esto ha sido una sorpresa para ti —continuó Gilbert limpiando el rastro de lágrimas que aún conservaba su rostro—. La creatividad te ha protegido y maravillado a partes iguales, pero ya no eres una niña. Has volado como has deseado siempre. Ahora es el momento de hacerte esa pregunta: ¿deseas no volver a verlo ahora que tienes lo que tanto deseabas?

Ella suspiró.

—No tengo lo que anhelaba —dijo en un susurro—. Porque lo que más echo de menos de la presencia de Asher Ward es lo sencillo que es estar a su lado. No hay diferencia de clases. No hay rencillas entre familias. Tan solo somos un hombre y una mujer que se complementan.

—Entonces, si tan segura estás de ello, ¿por qué sigues aquí?

Adeline parpadeó sorprendida. Estaba tan ensimismada en los recuerdos de aquel verano que ni siquiera se había percatado de que lo que más añoraba era su presencia y no fomentar su fama como escritora. Asher había entrado en su corazón sin previo aviso, permaneció dentro de él entre su continua lucha de mejorar en sus escritos y creer que la soledad era lo único que necesitaba en la vida. Pero durante su estancia en Dashford había besado sus labios, escrito unas líneas, dormido entre sus brazos y alzado la voz solo

con la intención de llevar la razón.

Y era justo lo que necesitaba.

A él.

Con su actitud pícara y cada una de sus debilidades.

Asher se había ocultado durante las últimas semanas en su pequeño cuadrilátero de confianza para mitigar sus pensamientos. No importaba si la madrugada traía consigo noches de lluvia en las que terminaba empapado y amonestado por su hermana menor. Era la primera vez en su vida que su cuerpo funcionaba de manera automática: no sentía el deseo de nublar sus emociones en el placer, tampoco quería ataviarse una máscara de picardía sobre el rostro para lidiar con el rechazo de Adeline.

Cada vez que lo pensaba apretaba los puños con fuerza, golpeaba con rabia el saco de arena y daba círculos por el *ring* intentando contener los latidos de su corazón. No tenía adversario, el mundo se había puesto en su contra tras exponerse delante de todo Londres y nadie se atrevía a ser visto con él. Por eso golpeaba, permitía que los gruñidos escaparan de sus cuerdas vocales y, cuando rasgaban su garganta, recordaba que no importaba cuánto protestara, volvería a ser invisible.

«He permitido que mi corazón sea suyo y no sé lidiar con ello. Porque solo quiero ir a buscarla para exigirle que esté a mi lado», engurruñó la nariz con molestia.

Asher juntó los guantes para volver a recobrar la templanza que siempre lo acompañaba cuando boxeaba, propinó un nuevo golpe sobre el saco. Después otro y otro más, hasta que la capa de sudor que perlaba su frente le advirtió que la mezcla de sentimientos no se desanudaría así como así.

—¿Qué demonios me pasa? —preguntó al aire con tanta rabia

que su tono de voz fue mucho más grave que de costumbre.

—No tienes un adversario con quien solventar tu frustración.

La voz sabionda de Adeline le provocó un respingo. Aquel lugar se utilizaba de manera clandestina para lidiar con el enfado, la ira o tan solo para tener una mera conversación poco ortodoxa entre caballeros: no era un lugar para damas. Y menos para ella.

—¿Qué está haciendo aquí, lady Hearthry? —preguntó sin quitarle los ojos de encima—. ¿Sabe que es un lugar exclusivo para caballeros?

—Entiendo —Addie asintió levantando con suavidad su vestido—, hemos vuelto a nuestra cordialidad previa. Me importa poco si no soy bien recibida, he venido a luchar; a luchar por usted.

Asher enarcó una de sus cejas sin entender muy bien a qué se refería.

—¿Qué está diciendo? Debe marcharse de manera inmediata de...

Las palabras no tardaron en quedar atascadas en su garganta, Addie se encontraba fuera del cuadrilátero; tiró de las mangas de su vestido y permitió que la tela cayera al suelo. Lo único que ataviaba su cuerpo eran unos pololos que ocultaban su intimidad y una camisola para ocultar sus pechos.

—¿No me ha oído? Yo seré su oponente.

Él soltó una risotada.

—Usted y cuántos más.

Adeline resopló ofendida, levantó una de las cuerdas para hacerse paso sobre la superficie; sacudió la tela blanquecina que ocultaba su desnudez y lo observaba decidida a ganar.

—Creo que teme perder, señor Ward.

—Fui derrotado cuando me convertí en mero objeto de investigación para sus libros, milady. —Asher se quitó los guantes,

los tiró al aire esperando que ella los cogiera—. No los necesito en este combate.

Addie bufó, molesta.

—Es usted un prepotente.

—Tan solo soy realista.

Ambos se miraron con una expresión retadora en el rostro. Adeline disfrutó del aspecto burlón que asomaba por los iris ámbar de su contrincante; agradecía que su aspecto más burlesco no hubiera desaparecido para siempre. No tuvo reparo en ponerse los guantes, quizá en un tercer intento al comprobar que no podía ponérselos a sí misma y que no estaba dispuesta a pedirle ayuda.

Asher disfrutó de su torpeza. No se movió, tan solo se empapó de los sonidos toscos de los guantes al caer al suelo; de los chasquidos de Adeline al tener que agacharse y de la visión de sus blanquecinos pechos cada vez que lo hacía. Nervioso, tragó saliva intentando no perder la compostura. Se reprendió a sí mismo al notar cómo su corazón latía desbocado en su pecho. Podía estar molesto por haber leído algunas escenas en su último libro que le recordaban a él, pero era imposible que su mente la olvidara como hacía con todas las demás.

—¿Va a propinarme un golpe para que vuelva a sus brazos, lady Hearthry? —Su voz fue mucho más grave, como si sintiera dolor ante aquella posibilidad—. Porque le aseguro que nunca me he sentido tan ofendido.

Addie apoyó los guantes cerca de su pecho para protegerse en una improvisada pose, lo observó con el ceño fruncido esperando a dar el primer golpe. Asher retrocedió unos pasos dejando que su puño apenas lo rozara, no estaba dispuesto a pegarle a una mujer. Tan solo se defendería en aquel desconocido vals que nunca había bailado con nadie. Después de todo, ninguna mujer se atrevería a

subir al cuadrilátero con tal de obtener su perdón.

De eso estaba completamente seguro.

—Cuando comenzamos con nuestro trato —empezó a decir Addie, jadeante—, no pensé que podría convertirse en mi inspiración. Me asombraba que su punto de vista despertara por completo mi creatividad y me dejé llevar por ese gusanillo, hasta que me di cuenta de que todo lo que habíamos vivido era la esencia de mi nuevo libro.

Asher dio un golpe provocando que ella retrocediera. No era fuerte ni tampoco decidido, tan solo deseaba verla mover los pies. Si estaba dispuesta a ganar una batalla al menos le permitiría perder la compostura. Es más, era gratificante ver cómo los mechones rubios de su pelo se deslizaban fuera de su recogido. Estaba hermosa, tanto que sin querer humedecía sus labios.

—Eso no explica si todo lo vivido fue una mentira —contestó mordaz—. Quizá mis intenciones no fueran las más apropiadas cuando tomé la decisión de seducirla, pero jamás escondí mi propósito. Al menos no del todo.

Addie suspiró. Su espalda quedó pegada a las cuerdas del *ring*. Estaba exhausta y no entendía la diversión que veían los hombres en dar golpes a diestro y siniestro. Pero no iba a marcharse dándose por derrotada, se abalanzó sobre él con el impulso suficiente para tocar su piel.

No fue suficiente.

Asher dio por finalizado el baile antes de que sus jadeos fueran los últimos acordes de la melodía que los envolvía. Su diestra tomó una de sus manos impidiéndole que escapara de él. Adeline lo fulminó con la mirada de lo más ofendida, si había iniciado aquella batalla estaba dispuesta a terminarla, pero era incapaz de moverse.

—Dejemos los juegos, Adeline. Estoy cansado de cada uno de

ellos. —Hizo una pausa—. ¿Has encontrado la respuesta que te pedí?

Ella suspiró nerviosa.

—Si no es así deberías marcharte. Los canallas como yo no permitimos que nos roben el corazón y, una vez perdido, no somos capaces de seguir adelante. Soy un hombre torturado y embelesado por tu cercanía. No me hagas sufrir de esta manera.

Addie dejó que uno de sus guantes impactara contra el suelo, no estaba suficientemente sujeto a su muñeca y tampoco había podido apretarlo demasiado con sus propias manos. Aprovechó la desnudez de su mano para alcanzar una de sus mejillas. Su intención estaba muy lejos de hacerle daño. No era una mujer que se enorgulleciera de hacer débil a un caballero, ni jamás disfrutaría de ello.

—Durante toda mi vida he aprendido a ser fuerte —comenzó a decir sin apartarse de él—. El único amor que he disfrutado ha sido el cariño paternal de mi tío. Cada una de las inquietudes o carencias que he tenido las he ocultado tras una línea de escritura, una historia o un pequeño párrafo. No he aprendido a querer sin verterlo en un papel, o quizá nunca tuve motivos para aprender a hacerlo. Por eso pensé que me emocionaba estar a tu lado, porque eras lo que jamás tuve a mi alrededor. Y eso no es inspiración, Asher Ward, es amor. Uno que germina en el momento que menos esperas. Porque te complementa. Te hace fuerte y no te avergüenza. Ruego que me permitas permanecer a tu lado para mi mente asimile que el amor se construye cada día, que emociona, enfada y te arrastra de nuevo hacia esa persona que te arranca más de un suspiro.

Asher sintió que su pecho se caldeaba de un sentimiento que jamás había sentido. Estaba acostumbrado a que las damas que pululaban a su alrededor solo se centraran en su posición, pero nunca en cómo podían complementarle.

—Me has hecho daño.

—Y lo lamento —respondió con sinceridad, dejándose acariciar por su mano—. ¿Me permites luchar por nuestra historia un poco más?

La sonrisa que se dibujó en los labios de Asher no fue burlona ni tampoco reflejaba una doble intención. Era sincera, cálida y repleta de un amor que jamás había regalado a nadie. Desesperado la apretó contra su cuerpo, olisqueó su aroma a petunias que tanto le gustaba y suspiró de alivio.

—¿Ya no te asusta mi hermano?

Ella soltó una pequeña carcajada mientras se aferraba a él.

—Poco importa. Ahora somos dos desterrados que no tienen historia en el corazón de la ciudad —respondió con tal simpleza mientras elevaba su mentón con orgullo—. Donde comienza nuestra vida, Dominic Ward no tiene ningún tipo de poder. Sus manos no romperán las hojas de nuestra crónica ni tampoco la narrativa de nuestras hazañas. Somos libres de hacer todo cuanto deseemos.

Los miedos que abrazaban la parte más aniñada de Asher Ward fueron desdibujándose en su corazón. Siempre había considerado que ser el tercero en discordia supondría no tener la atención suficiente de Dominic. Jamás conocería sus debilidades, inquietudes y las roturas de su alma. Pero, aunque creía que necesitaba su aprobación para ser feliz, se dio cuenta de que estaba de lo más equivocado. Lo que siempre había deseado con todas sus fuerzas era ser mirado, no como un hombre que no tenía remedio, sino como alguien independiente de los Ward que tenía un sitio al que volver. No como tercer hijo, sino como padre, esposo, amigo y confidente. Y sabía que al lado de Adeline Hearthry podría ser todo eso.

—¿Te quedarás conmigo? —La voz de Addie fue más una súplica

que una pregunta.

Asher suspiró aliviado, se permitió cerrar los ojos para disfrutar de aquella fragancia a hogar que le habían traído cada una de esas noches de verano.

—Hasta el día que tu pluma pierda toda su tinta, Bluebell.

Agradecimientos

Cuando comencé a escribir sobre los Ward hice hincapié en que cada uno de ellos tuviera no solo sus carencias afectivas, sino también que su personalidad se afianzara alrededor de un pecado capital. En esta segunda entrega hago mucho más hincapié en esta relación dejando claro lo siguiente: Dominic Ward destaca por su poca paciencia y relación con el enfado, es decir, sería la ira.

Landon Ward, a pesar de su poca aparición desde la novela anterior, se caracteriza por la envidia.

Asher, como ya sabéis, es la lujuria hecha persona.

Susan Ward, a pesar de sus debilidades, destaca por el orgullo que disminuye por completo su campo de visión.

Entonces, si dejo claro que los cuatro hermanos se ajustan bien a cada vicio, ¿cuál creéis que es el más acorde a la inocente Ireth Ward?

Estaré encantada de leer vuestras teorías.

Ha sido un privilegio salir una vez más de la zona de confort para escribir la historia de Adeline y Asher. Porque estaba acostumbrada a lidiar con un tema un poco más cálido, donde los protagonistas masculinos no eran tan... ¿intensos? Sí, quizá en *Los Ward* es la

mejor definición que se les ajusta. Y he disfrutado mucho de contar con protagonistas femeninas libres, solteronas, capaces de volar solo por su fuerte personalidad. En la entrega anterior teníamos a Willow y su deseo de regentar Featherville. Ahora tenemos a una escritora bajo un seudónimo que pierde los papeles en los brazos de un caballero. Sin duda estoy disfrutando mucho de este viaje.

Por último, quería agradecer a Lola, mi editora, por dar luz a estos cinco hermanos con sus dudas, miedos e incertidumbres.

A Chris, por confiar en los Ward tanto como yo lo estoy haciendo este año.

A Alba (@lospatitosleos), por permanecer a mi lado incluso cuando siento que me faltan minutos en el día y desaparezco angustiada de no poder seguir adelante. Eres la mejor *partner* del mundo.

A Beca y María Moreno, por ser parte de mis escritos siempre que tienen la oportunidad.

Y a ti, lector, por apostar de nuevo por los Ward. Espero que disfrutes de la historia de Adeline y Asher. Es para ti. Un abrazo.

Si los caballeros que Addie narraba en sus historias eran los únicos que respiraban a su alrededor, Asher se encargaría de ser el protagonista de cada uno de sus suspiros.



Asher Ward está acostumbrado a vivir sin límites. Poco importa su reputación al no ser el primogénito de la familia. Por eso disfruta de los vicios propios de todo caballero… hasta que se **encapricha** con alguien.

Adeline Hearthry está lejos de seguir las normas. Ajena a la vida en la capital londinense disfruta de sus noches de verano en la mansión de campo en la que vive con su tío. No solo destaca por su gran desinterés en la temporada, sino que su diminuta nariz siempre se encuentra **tras las líneas de un nuevo escrito**.

Bajo el pseudónimo de *Bluebell* se embelesa contando historias que Asher considera insípidas y poco creíbles. **Y, ¿quién mejor que él para mostrarle de primera mano cómo son de verdad?**

Mar Poldark nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.



Edición en formato digital: junio de 2026

© 2026, Mar Poldark
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-70-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Noches de verano para seducir a lady Hearthry
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Mar Poldark
Créditos